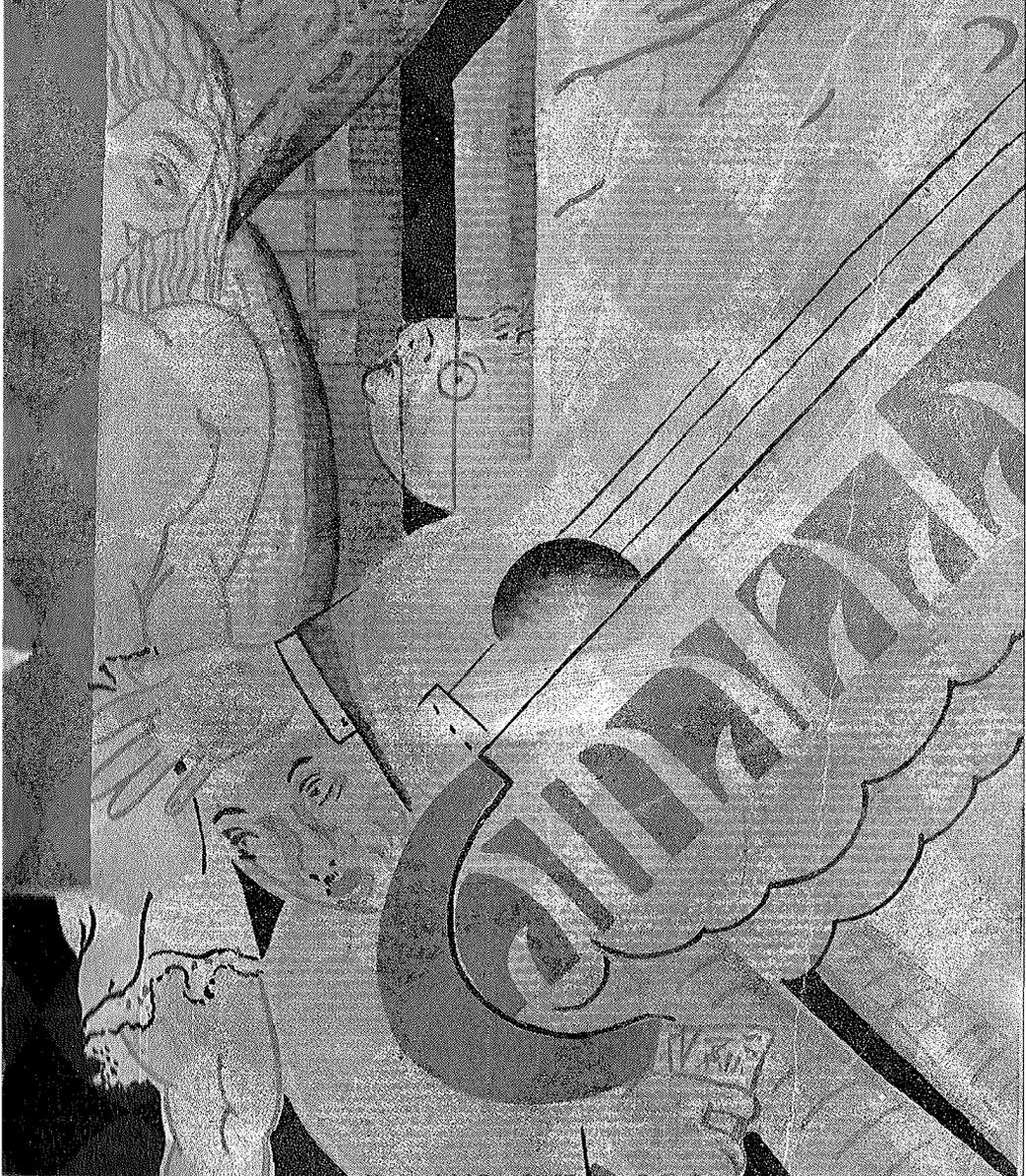




# HUMBERTO SALVADOR





..

c a m a r a d a

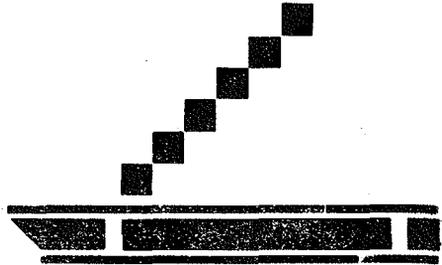
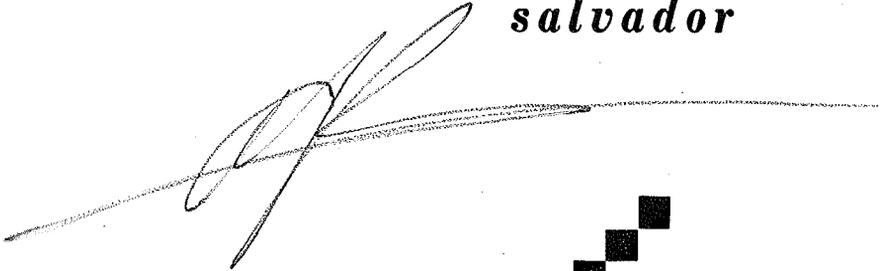
Para Gonzalo Maldonado  
J., agradeciéndole su  
colaboración en este libro  
y como prueba de fran-  
quicia de

Alberto

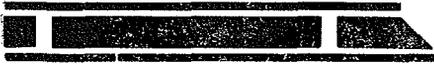
**apuntes de un hombre sin trabajo**



*humberto  
salvador*



*c a m a r a d a*



*quito  
1933*



para



R  
o  
s  
a

A  
r  
c  
i  
n  
i  
e  
g  
a





*parte primera*



Compañero: tuya es la tierra.

Un pliego de papel. Lo abro tembloroso. Está firmado por el Ministro. Me comunica que el gobierno me ha destituido del cargo que ocupaba.

Arrojado estoy a la calle. ¿Por qué? La única causa ha sido la urgencia de dar ocupación a un pariente del subsecretario.

Ahora me encuentro casi en la miseria. Cuento apenas con los pocos ahorros que pude hacer mientras tuve sueldo.

Serán quinientos sucres. Tengo para vivir cinco meses.

Cien sucres apenas alcanza para mantenerse.

Antes comía en un hotel, por cincuenta sucres mensuales. Hoy tendré que buscar una pensión de veinte y cinco.

Me trasladaré a una pieza más barata. Pasaré largo tiempo usando vestidos remendados.

—¡Alberto!

Es la hija del dueño de casa. Bonita, fresca. Su mamá tenía el deseo secreto de casarla conmigo. Pero su amor ingenuo quedará suspendido en el preludio.

Debo huir. Pude ser dichoso con ella. El espectro de la miseria ha cortado esta transparente ilusión mía.

—¿Se va usted?— pregunta.

—Si.

—¿Por qué?

Hemos callado. Una lágrima suya se diluye en el interior de sus ojos.

Es ya difícil el silencio.

—¿Vendrá a vernos?,— pregunta.

—Siempre.

No he dicho la verdad. Yo quisiera estar a su lado todas las horas. Pero después de poco, la ropa usada que tengo estará vieja. ¿Cómo podré entonces visitar a Fanny?

Tiembla su mano en mi mano.

Es inútil querer un poco de dicha. ¡Cuántos factores hay que nos impiden! Un monstruo, sobre todo, la fortuna, macera la carne de la humanidad.

Tome usted un trozo de pan, compañero. Si le encuentra duro, el ácido de su dolor lo humedecerá.



La pieza confortable que tuve, se transforma en una habitación pequeña, húmeda. Huye de ella el sol.

Hay apenas sitio para la cama, una mesa y tres sillas. En un rincón se acomoda el armarito, que guarda el puñado de libros que he podido conservar. Sus trémulas siluetas serán la sangre de mi espíritu.

La habitación me sugiere la imagen de Gloria. Ella me la recomendó.

Fue Gloria la primera mujer que cruzó en mi vida.

Si hubiera conocido a mi madre, su evocación fuera mi recuerdo femenino más lejano. Como no tengo ni una vaga noción de ella, la sustituye Gloria.

Para mí Gloria fue el despertar del sexo combinado con la ternura.

Soy mayor que ella, pero ella fue mi pequeña mamá.

Más allá de la conciencia, superando a la razón, las entrañas de la madre y la imagen de la novia, forman una prodigiosa síntesis de vida.

¡Mujeres, mujeres! La naturaleza ignora nuestra ética y gobierno, los dogmas que crearon cerebros alucinados. Para ella sólo hay óvulos fecundos y gonadas estériles. Animales que mueren y animales que nacen.

¡Qué le importa a la naturaleza nuestra mezquina civilización! Ella es suprema, maravillosa madre. También ella se tortura las entrañas para alimentar a los hijos de su amor. Ella también sufre, lucha, agoniza y resucita.

¡Salve Naturaleza!



Siento frío.

Viene hacia mí el corredor empapado de sol.

He aquí que ante la cámara de mis ojos, desfila la casa que guardará mi vida gris.

Es paradójal. Se ha parado en el barrio de san Blas. Es la Alameda quien la tiene aprisionada entre su red de árboles.

Mi casa está desconcertada. La tocó vivir en un barrio rico, siendo ella humilde.

A la derecha de mi casa, está la regia mansión de un millonario. A la izquierda, un edificio en construcción.

¡Sí como las casas pudiéramos destruirnos a golpes para superar a la personalidad sobre los escombros del pasado!

Huye por el viento un rugido de sol. A su paso adquieren vida todos los seres.

Tres pisos se agrupan. Cada uno guarda un racimo de piezas.

Veo entrecruzarse hombres. Aparecer y esfumarse talles de mujeres.

Ante el dolor de los años muertos, ha encanecido la casa.

Parece que en el regazo de esta abuela, la vida será tranquila.

La ventana pequeñita que se asoma al patio, arroja una cabeza de mujer.

Es Gloria, a quien el piso segundo ofrece habitación.

—¡Sube!

—¡Voy!

Ahora me la envía hacia mí una puerta. El corredor siente el beso de sus zapatos. La escalera asciende.

Ella sonríe:

—¿Estás contento?

—Si. La pieza es cómoda. Estoy cerca de tí.

—¿Te gusto de veras?

Pude haberle contestado que le quiero, pero sólo estrecho su mano.

—Para tí,— dice Gloria.

Es un ramo.

—Espera,—añade,— lo pondré sobre tu mesa.

Se ilumina la habitación cuando recibe a Gloria. Ella busca algo que pueda parecerse a un florero. Le desagrada no encontrar. Una ráfaga de tristeza fuga a través de sus facciones.

Reacciona. Ríe.

Ha visto dos tinteros a medio llenar. Vacía el contenido del uno en el otro.

—Vuelvo,— grita.

Corre. ¿Será cierto que es mío su cariño? Debo esperar que así lo sea, para no tener la oscura sensación de estar completamente solo.

En el corredor del frente se abre una puerta. La habitación lanza a un hombre extraño.

Tiene destrozadas las piernas. El tórax extraordinariamente desarrollado. Gruesas las facciones. Desordenado el cabello.

Viste traje obrero. Se arrastra para vencer a la distancia. Nota que lo observo. Me arroja una mirada ardiente, síntesis de orgullo y desdén.

Ha vuelto Gloria. Lleva en la mano el frasco limpio lleno de agua.

En la pieza, sujeta los claveles en su florero.

—¿Quién es?— le pregunto recordando al hombre extraño.

—¡Pobrecito!— contesta.— Tiene mucho talento. Lee y escribe todo el día. Cada semana publica un periódico llamado "La Hoz". Ya te lo presentaré. Te gustará. Es muy interesante.

Mientras habla, arregla la cama.

—¡Qué duro está el colchón!— dice.

—No importa. Estoy acostumbrado a él.

—Debe dolerte el cuerpo. Si tu madre viviera, lloraría al tocarlo.

Lo ha dicho tiernamente. Acaso, en lo más hondo de su yo, el deseo se identifica con la ternura. Sus entrañas deben haber vibrado en secreto.

Se inclina. Siento el mordisco de un fragmento de su pierna.

El instinto la desnuda.

.... Y cruzan por mi espíritu siluetas de mujeres. La naturaleza las creó difíciles. Saturadas están de enigmas. ¡Qué tragedia tan profunda ha sido para el hombre el amor! En las capas más hondas del yo, en los huesos del instinto, tiene su trono el sexo.

Desde ahí brota su grito. Se alimenta de sangre, porque la sangre es espíritu y en la sangre vierte su poder. El es el tigre que nos devora las entrañas.

Hay la ilusión de haberlo vencido. Pero es más complicado de lo que somos capaces de creer. Cuando guillotinamos a una de sus cabezas, surge otra más potente que la anterior.

A él, a nuestro enemigo espectral, debemos cuanto somos. Por él pensamos, por obra de él sentimos, por gracia suya somos artistas.

Nuestro tirano está sujeto socialmente a un monstruo más poderoso. Se llama capital. Y todo nos es dado cuando lo tenemos.

¡Proletarios del mundo! Somos los hijos huérfanos. Nuestra vida es gris. Para nosotros sólo existe el invierno. El pan que comemos tiene la levadura de dolor. Si besamos una boca, sentimos la amargura de la miseria que destrozará con su zarpa la alcoba de nuestro amor.

Tú, camarada japonés; tú, compañero alemán; tú, proletario francés; tú, desocupado de Nueva York; tú, intelectual pobre; tú, obrero de Quito, todos somos compañeros. No importa la raza; nada significa el fantasma de la nacionalidad.

Una cadena de miseria nos une. Esta pieza mía y tu buhardilla, trabajador de Berlín, son una misma habitación. ¡Qué significa que nos separe el mar, que hablemos idiomas distintos, que seas tú rubio y yo moreno, si nuestra carne está macerada por el mismo suplicio!

Hombres fuimos creados. Perteneceemos a la especie más perfecta y torturada de la constelación zoológica.

Pero somos animales al fin. Únicamente animales, embellecidos por el arte, espiritualizados por el querer, enaltecidos por la ciencia. Sujetos, fundamentalmente, a las supremas leyes que la naturaleza creó, sin excepción, para los seres vivos.

Sistema nutritivo y sistema de reproducción.

El hombre ha desfigurado su pureza. Hizo una caricatura trágica del fenómeno económico, llamada capital.

Y otra deformación sangrienta del fenómeno sexual, a la que nuestros antepasados incultos dieron el nombre de moral. Es

la ética cristiana que nos enseñaron en la escuela y que encarna alta traición del hombre para su madre la naturaleza.

Dos hombres, poderosos como montañas, han comprendido el ritmo íntimo de nuestra madre. Sobre la base de sus doctrinas se formará la humanidad del futuro.

Son Carlos Marx y Segismundo Freud. Estúdielos, ámalos compañero. Son guías y apóstoles.

Sólo podemos comprender al hombre a través del fenómeno sexual. Sólo comprenderemos a la sociedad interpretando su evolución por el fenómeno económico.

Segismundo Freud y Carlos Marx.

Gloria ha terminado de arreglar mi habitación.

En el aire flotan los besos de ella.

Limpia, espiritual, está la pieza.

—Acompáñame ahora donde el chiquitín,— dice.

—¿Cuál?

—Un muchachito enfermo.

Bajamos.

—No quisiera que me vea contigo tu madre.

—No importa. Ya sé que te odia. Es por la familia a la que perteneces.

Cuando se aleja la pausa, añade:

—Se irá acostumbrando. Sabe que te quiero. ¿Por qué puede quitarme el amor?

Aparece en la ventana la cabeza de la madre. Saludo. No contesta. Siento como latigazo su mirada.

Pero hemos llegado ya a la habitación del niño.

Está situada al nivel del patio. Es húmeda y oscura.

En el suelo, sobre un viejo colchón de paja, está acostada una mujer. Cubren su cuerpo un par de frazadas rotas y una sábana hecha jirones.

A su lado llora un niño. En ambas caras se retuercen las huellas del hambre.

—Ya debe estar tibia la leche,— dice Gloria.

—No sé cómo pagarle todas sus bondades,— contesta la mujer.

Me siento sobre un cajón. Puedo entonces observar la pieza.

De pie, en un rincón, está la mesa abuela. La cubren remedios y utensillos de cocina hechos de barro.

En otro rincón juega al columpio una hamaca. Trapos se agrupan en el ángulo tercero.

Detalle interesante: dentro de la misma pieza está el fogón, de donde brota una plegaria de vida: la sopa, que llevará un manojo de energía a este diminuto hogar.

Tiene hambre el niño. Llora.

—¿Qué edad tiene?— pregunto.

—Un año,— contesta la madre.

—¿Está enfermo?

—No he tenido cómo alimentarle. Es debilidad. No tengo leche. Y tampoco puedo comprarla.

(Disociación.

He aquí una escena. Me asaltó sorpresivamente.

Dan vueltas los meses.

Estoy en el salón de un Ministro. Charla el rico con un alto empleado.

Se queja aquel de la crisis económica que ha herido su fortuna. Dice:

—A un hermano mío le confié la administración de una de mis haciendas. Quería darle porvenir.

Sonríe el empleado. En su espalda se esboza una reverencia.

—La hacienda es productora de leche, pero faltaban compradores. Tenía mi hermano una gran cantidad que se estaba dañando. No sabía qué hacer con ella. Un sobrino mío, —¡son tan traviosos los niños!,— tuvo un día la ocurrencia de romper los barriles. Caprichosamente, corrieron ríos de leche. El muchacho se encantó, porque tiene temperamento de artista. Será un gran poeta.

—¡Qué delicadeza de espíritu!— contesta el empleado.— ¡Romper los barriles para que corran ríos blancos! ¡Es un gesto digno de los creadores de paraísos!

—Tiene genio, ¿verdad?, —continúa el burgués—. Ese muchacho con su extraordinaria inteligencia, llegará lejos. ¡Ríos de leche!

...Y ríe. Su lengua sale a la ventana. Tiemblan los dientes. Se retuerce su abdomen dichoso).

Huída de evocación, se perfila enérgica la realidad.

Llora la madre:

—¡Leche todos los días! Imposible. Estoy en la miseria desde que él se casó.

—¿No le pasa una pensión?

—Nada. Dice que apenas le alcanza lo que gana. ¡Debería matarla a esa perdida que me lo quitó!

Su garganta ahoga un sollozo.

—¡Porque yo le quiero!, —exclama—. ¡Me ha hecho sufrir tanto, que no podré olvidarle nunca! ¡Qué caro pagamos las mujeres el querer!

—Demasiado caro, —dice Gloria—. Nunca deberíamos amar.

.... Y se agrupan dolores silenciosos.

— • —

En la boca de la madre se despedaza la tos. De sus dientes saltan ruidos afilados.

Se prolonga el sonido. Es un serpiente larga, larga.

—La tisis, — dice calladamente Gloria.

—Acabaré por morirme, —llora la mujer—. Irán a la calle mis hijos, porque quedarán solos, solos.

Millones de piesecitos se esfuman.

Ruedan vacilantes, ciegos, en la maquinaria de la vida.

Son huérfanos. Hijos prohibidos. Ilegítimos, incestuosos, adúlterinos. ¿Por qué tanto dolor? El hombre es el único animal que cruelmente clasifica a los hijos. Las demás especies no suelen hacerlo.

A millones de niños condena el hombre a la miseria, al fracaso, sólo por su moral siniestra, dando una bofetada a la ciencia, a la razón.

El niño que en este tugurio llora de hambre, se agita en mi interior. Adquiere valor de símbolo. Representa una clase social. Es el diminuto camarada del huérfano mexicano, del ilegítimo de Argentina.

—Ya sanará usted, — digo con la esperanza de enviarle alivio.

—No, —contesta. Ondula la angustia en su garganta—. ¿Có-

mo puedo mejorar, si no tengo medicamentos y no puedo siquiera ir al hospital? Mi vida no me importa, pero sí la de mi hijo, que no tiene leche, que está muriéndose de debilidad. ¡No puedo más!

Brotan burbujas de lágrimas.

Silencio.



Penetra primero un grito. Se ha vuelto sonoro el sol.

Ya está aquí el hijo primero.

Ocho años. Una mariposa rubia en la cabeza. En las facciones ríe un comprimido de verano.

El traje multiplica su vitalidad. Telas de colores incompatibles se agrupan caprichosamente.

Ventanas son los agujeros. A través de ellos mira la carne el exterior.

Los zapatos huyeron de los pies. No hubo medias para este niño.

Se sorprende al verme. Le acaricio.

Pero este chiquitín ya es un hombre. No le interesan los halagos. Comprende a la vida a través del prisma gris de sus necesidades.

Me ofrece un número de lotería.

Insiste en que lo compre.

—No molestes,— dice la madre.

El no se convence. Me determino. Le tomo un quinto.

Satisfecho de su pequeño negocio, el niño abraza a la mamá. Pide algo para comer. En casa sólo hay la leche del hermanito.

También él la quiere. Lloro.

Tísicamente, la mujer:

—¡No seas bruto! ¡Es para el bebé!

Quiere pegarle. Gloria le defiende. Grita el muchacho.

En vano trató de superar a su edad. Aún es caprichoso. Pero sufre, trabaja, se esfuerza por llevar un girón de energía al hogar.

Ve de frente a la vida: en las calles deja jirones de sus entrañas.

•

Calló el muchacho.

Guarda ahora su tristeza.

Dice la madre:

—¡Figúrese usted, qué dura es la vida para mí! No tengo sino lo que gana Pepito vendiendo periódicos y lotería. Sólo de vez en cuando mi hermano me manda una ayuda.

—¿Va Pepe a la escuela?— pregunto.

—No ha vuelto desde el año pasado. ¿Quién va a pagarle la educación? Eso es para los acomodados. El tiene que ganar para su casa.

—¿Aprendió a leer?

—Apenas.

El muchacho me mira. Por sus ojos cruza una profunda ráfaga de inteligencia. Siento como si me dijera:

—¿Por qué tú has estudiado y yo soy analfabeto? ¿Por qué usas tú zapatos y camino yo descalzo? ¿Por qué mientras tú lees tengo yo que vender lotería?

¡Perdón pequeño camarada! Tú habrías podido ser un pensador un político, un artista, pero te ahorcó la vida.

La gloria no es para nosotros compañero.

Silencioso es nuestro dolor. Oscura será nuestra muerte.

Ahora la madre sonríe. Una tonalidad rosa estremece su tez pálida.

Ha dicho Gloria:

—Las mujeres sólo piensan en casarse. Es una vulgaridad. No me gusta el matrimonio.

— De veras?,— le pregunto con asombro.

—Si, —contesta muy seria—.  Acaso una está segura de amar a un hombre toda la vida?  Tener que soportar su cuerpo y sus caprichos hasta la muerte! No me casar .

Dudo de la sinceridad de ella. Seguramente quiere parecer interesante.

—No piensa usted bien señorita, —dice la madre—. Vea usted lo que ha pasado conmigo.

— Pobres de nosotras!, —replica Gloria—.  Es que no podemos servir para otra cosa, sino para arreglar cuartos y criar hijos?  No podemos estudiar, tener una profesión, ganarnos la vida?  Cu ntos hombres he conocido que ocupaban altos cargos y eran menos inteligentes que muchas mujeres!

La madre suspira. Contesta:

—Cierto, pero tenemos que resignarnos.  C mo puede luchar una mujer en Quito? Si le dan un empleo, le exigen que sea amante del jefe. Si trabaja en un almacén o una fábrica, el patrón le persigue y si ella no accede le arroja a la calle.

— S lo ven en nosotras a la hembra,— añade Gloria;— tengo asco de los hombres!

Intervengo:

—La vieja moral ha prostituido el sexo. Nuestro mayor problema colectivo es dar independencia económica a la mujer; declarar en la teoría y en la práctica, su completa igualdad social y política respecto del otro sexo, de tal manera que cuando ella se una al hombre, sea sólo por amor.

—Ahora sucede lo contrario,— dice Gloria.—Lo que la mujer busca en el matrimonio es un porvenir. Si yo fuera hombre, cuando una muchacha me correspondiera, le preguntaría: —“¿Es que me quiere o es que busca usted marido?”

—Las mujeres tienen razón, —digo.— ¿Acaso son ellas responsables de la desigualdad social? Lo único extraño es que ellas, a quienes más conviene la revolución moral y económica, sean fatídicamente reaccionarias. Atacan sin tregua a los que quieren redimirlas. Ellas son el arma más poderosa de los conservadores, que todavía existen a centenares, para vergüenza de la especie humana.

—Es que las muchachas no comprenden,—dice Gloria.

—Sí. Tampoco de esto tienen la culpa, porque no las hemos educado.

Ahora el pequeño camarada viene a mí. Brevemente ha olvidado que es un trabajador. Se transforma en niño.

Está acomodado en mis rodillas. Sonríe.

Su imagen y la de la madre se compenetran en mi espíritu.

Son seres anónimos. Carne que sufre oscuramente, como sufren millones de hambrientos en todos los países.

Una moral inhumana los declaró culpables. ¡Qué profunda es la necesidad de crear una nueva ética, basada en la ciencia y en la realidad!

Pero, con amargura pienso:

—La revolución moral, sólo puede cristalizarse después de que se haya efectuado la revolución económica. Todo lo demás es ilusión.

Ha sido una sorpresa para mí lo que dijo Gloria.

¿Así lo siente en verdad?

La vida me ha unido de nuevo a ella. Cuando nos conocimos,  
éramos niños los dos.

Termina ella su labor. Se despide. Toma mi mano.

De alegría nos baña el sol.

Mi padre murió a los pocos meses de haber nacido yo.

Era mi madre enferma del corazón. Debía haberme querido mucho. Sin duda sentía un placer inmenso al acariciarme. Acaso sus senos se estremecieron cuando los chupaba yo.

Habría visto el palpitante fruto de sus entrañas. Un diminuto sexo masculino, que surgió del milagro de su sexo femenino.

También yo debía haber gozado intensamente con su querer. Sentiría como un simulacro de espasmo sus besos. Anfora de gozo sería su pecho para mi boca.

No tengo recuerdo de ella. Pero es extraño, nunca puedo dissociar en la mujer, a la amada de la madre.

Una muchacha bonita me sugiere asociaciones maternas.

Cuando por fortuna me quiso una mujer, tuve la tentación de pedirle me adormeciera en su regazo. Las canciones de cuna que saltan de la boca de las chicas, retuercen violentamente mis entrañas. Me emociono cuando una niña juega a madre con su muñeca.

La naturaleza, profundamente, sólo ha creado un género de amor: el sexual, que es su fuerza creadora.

Todos los amores tienen un jirón de sexo. Sólo que este aspecto suele estar oculto en la subconsciencia, cuando la sociedad señala como prohibido a un querer.

— • —

Estoy en el corredor, en compañía de Gloria.

La calle hace a la casa una inyección de belleza: dos mujeres. Es la una rubia. La otra, morena, tiene un cuerpo maravilloso.

—¿Quiénes son?, —pregunto a Gloria.

—No sé, —contesta.

Se queda pensativa. Mira a una pieza baja.

Van a ese cuarto, —dice.— Ahí vive una muchacha.

—¿Sola?

—Con una vieja.—Luego, añade: —Es misterioso. Todos los días viene esta pareja en busca de la otra. Salen las tres a medio día y regresan a la madrugada. Siempre van solas.

—¿Te intriga?

—Sí, —contesta riendo. Pero después de una breve pausa, se entristece. Añade: —La otra tarde, oí que la vieja le decía a la muchacha llorando: —“Tú no puedes seguir en esta vida. Si tu padre supiera, me mataría. Tengo vergüenza. ¿Cuál va a ser tu porvenir?” Y la muchacha contestó: —“Si no saliera las noches, no tendríamos con qué comer”.

Calla. Acaso siente necesidad de estar sola.

—Ahora me voy, —dice riendo.— Debe estar colérica mamá.

El dinamismo sexual de su cuerpo, estremece de deseo al viento.



Murió mi madre. No recuerdo su agonía.

El único pariente que me quedaba era un hermano de ella.

Mi tío fué siempre empleado de Gobierno. Desde muchacho comenzó a beber.

El, siempre borracho, no se dió cuenta de cuándo expiró mi madre. Los cardiacos desaparecen sorpresivamente.

En la miseria murió mamá. Acaso el hambre precipitó su muerte.

Desde el entierro de papá, había quedado nuestro hogar formado por ella, una antigua criada de la casa y yo.

También la criada había tenido un niño. Nos dió de mamar a su hijo y a mí, para compensar la poca cantidad de leche que tenía mamá.

A veces venía a vernos el tío borracho, según me ha contado la vieja criada. Entonces hablaba atropelladamente. Se ponía furioso. Cuando el alcohol le había trastornado la cabeza, mandaba a traer cerveza y me regalaba un sucre.

Si mamá no quería beber se sentía despreciado y salía sin despedirse, jurando no regresar nunca.

La vieja criada llora, siempre que recuerda aquella época gris. No había alimentación ni abrigo. Con frecuencia, mi madre se acostaba sólo con una taza de chocolate en todo el día.

Dice la vieja, que mamá agonizante me tomó entre sus brazos. Y que, llorando desesperada, decía una, dos, cien veces:

—¡Te quedas solo, solo!

Quizá, íntimamente, sentía arrepentimiento de haberme dado a luz. Tal vez, en esos momentos angustiosos, hubiera querido que mi cuerpo, cuando fué feto, se petrificara en el útero suyo, llevando una vida de parásito monstruoso.

Nunca podremos decifrar claramente el enigma del parto, que está más allá de la fisiología. ¿Es psicológicamente un dolor o un placer para la madre? O bien, y acaso esta conjetura sea la más humana, ¿es el parto una extraña combinación de gozo y de tortura para la mujer?

Ella siente una alegría compleja, al ver fuera de su vientre a una animalito que fué parte del cuerpo suyo. Pero, al mismo tiempo, ¿no es cierto que en la subconsciencia de las madres palpita la rara emoción de que hubiera sido muy bello tener siempre, hasta la muerte, al hijo en sus genitales internos?

Este fenómeno adquiere mayor intensidad cuando ha nacido un niño. Será una tortura para la madre el que el hijo llegue a hombre, sea seductor y busque el querer. Una tragedia íntima que la abandone a ella por la amante. Siempre la madre llorará en el día de la boda de su hijo. Y durante la noche sentirá estremecimientos extraños. Tendrán sus sueños un simbolismo profundo. El conjunto de estos fenómenos es un hondo dolor sexual.

Recíprocamente, la imagen de la madre tiene vida intensa en la subconsciencia del hombre a través de la vida. Es el recuerdo primero y la última emoción. En las evocaciones de los ancianos

nos moribundos, aparecen los senos de sus madres con enérgica realidad.

El hombre es el animal donde el instinto adquiere mayor fuerza.

Hizo la vieja que yo cerrara los ojos a mi madre muerta.

Dolorosamente quiero recordar cómo habrían sido las facciones de ella, pero no puedo.

Sin duda la imagen de mi madre muerta, vive vigorosa en los abismos más entrañables de mi yo. Seguramente, es más poderosa que mi conciencia y superior a mi razón. Es por esto, acaso, que tengo tanto terror a la muerte.

Mi vida es anónima y vulgar. Desconoce la fortuna, la gloria. Lejos están placeres y amor. Sin embargo, mi carne lanza una protesta formidable, cuando siente cruzar la salvaje carcajada de la muerte.

Me enloquece el galope de la metralla. Puñales y navajas producen escalofrío en mí. La silueta del veneno es una espina que llevo incrustada en el cerebro.

Se opera en mí un fenómeno desconcertante: cuando asisto a un duelo o veo un cadáver, siento ganas invencibles de reír, sonora, grotescamente. Es como si a la fuerza me hiciera prisionero una alegría desbocada. Tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para dominarme.

Comprendo que la muerte no es sino el tributo que la naturaleza nos obliga a pagar a cambio del amor. El momento en que apareció la reproducción, surgió, como consecuencia lógica, la muerte. A la naturaleza sólo le importa destruir a los animales viejos y crear animales jóvenes. Ella misma es una desaparición y una resurrección siempre repetida.

El coito, la agonía. ¿No será paradójicamente análoga la emoción de macho y hembra unidos, a la de ver un cadáver? El do-

lor supremo y el máximo placer. Cantando a la vida los genitales. La carne putrefacta de un animal que fué hombre, cantando también, sordamente, a la vida.

Y esta sugerencia obsesionante me tortura. Por la noche, antes del sueño, aparece en mí la imagen de la muerte que, angustiosamente, la veo más cerca cada día.

Pero lo más absurdo es, que cuando estoy cerca de la comunión sexual, siento un terror análogo al que se produjera ante la tumba. Es una ráfaga instantánea, pero violenta. Y luego, reacciona mi cuerpo; la sangre explota en mí.

Ante una bella boca de mujer, recuerdo a una calavera. Su talle me evoca un esqueleto.

Voy al amor a través de la muerte.

Sombra. Frío.

La agonía de un beso.



En uno de los departamentos bajos de casa, hay un restaurante.

Treinta sucres mensuales me cobran por la comida en él.

Son las siete de la noche.

En la escalera encuentro a una criada que sube la merienda para Gloria.

Tres piezas forman el restaurante.

La primera es cantina: puñados de botellas. Mostrador. Fósforos y cigarrillos, están encadenados en prisiones celulares. Haciendo piruetas huye de la vitrola un fox.

Comedor es la pieza segunda. Seis mesas de pie. Las abrazan manteles sucios, que a través de los agujeros dejan escapar el grito de la madera.

Cansadas están las sillas. A fuerza de sostener cuerpos contradictorios todos los días, perdieron su buen humor.

En el centro de cada mesa hay un esbozo de aceitera. Se

agrupan también trozos de trapo que pueden recordar a una servilleta.

Huye el gato del perro.  
Un muchacho tuerto y una "chola" guapa entran y salen.  
Llevan y traen platos.  
La dueña se siente una gran señora.  
Cucharas, tenedores, cuchillos forman un coro de jazz.



El plato primero es sopa. ¡La siento tan rica, a pesar de su mal olor!

En la mesa vecina a la mía, están dos muchachos.

El uno es rubio. Debe tener veinte años.

El otro de mayor edad, escucha al primero.

Curiosidad. Al principio es callada la voz. El chico rubio se emociona después y su voz tiene temblores íntimamente humanos.

Dice:

—Ya sé que es una solución macabra. Mi vieja enloquecería. Pero, ¿qué pueda hacer?

—Es horrible, —contesta el otro.— ¡Un crimen!

—¡Calla!, interrumpe el rubio. Vuelve la cabeza hacia mí. Aparento indiferencia. Se tranquiliza él.

Bajan de nuevo la voz. Hago esfuerzos por oír. Imposible.

Terminó la sopa.

La "chola" viene. El plato es agarrado por su mano.

Va riendo. Suenan a gozo sus espléndidas caderas.

He aquí que en mi oído se refugian otras frases del muchacho rubio.

—¡Tú sabes que le amo!

Pero ya está aquí el plato segundo. Filete con arroz. Me acaricia una emoción agradable.

—Es una situación insostenible,— dice el chico rubio.  
—Tú exageras,—contesta el otro.  
—Aún no te he contado lo más grave. Anoche, a las doce....  
Le habla al oído. La cara del compañero se desfigura. Parece que siente terror.  
Entonces, el rubio:  
—¿Comprendes ahora?  
—¡No, eso nunca!  
—¡Si, calla!  
Bruscamente, añade:  
—Vamos.  
....Y se marchan dejándome desconcertado

En otra mesa están una muchacha y una vieja.  
La chica debe tener apenas quince años.  
Más allá de las facciones lleva la vieja una máscara de dolor.  
Me trae la "chola" el plato tercero. Es un pastel.  
Desnudo mentalmente a la criada. Un estremecimiento sacude mi cuerpo.  
Un fragmento del frito está ya en mi boca. Otra vez ondulan junto a mí las piernas de ella.  
Es un detalle desgarrador. La vieja y la niña de la vecina mesa, parece que han pedido una sola merienda para las dos. Se la dividen tiernamente.  
¿A dónde irán con su hambre insatisfecha?

El plato final está hecho a base de patatas.  
El muchacho que sirve rompe un plato. Es como si quisiera

lorar. Le descontarán el doble del valor del objeto, de su mísero salario.

La patrona le lanza un puñado de insultos. El sirve más rápido. Con su mano seca las lágrimas.

En otra mesa riñen los borrachos.

Una diminuta taza de café, finaliza la merienda.

A mi habitación me llama la soledad.

Del silencio surgirán fantasmas.

Esta pequeña pieza mía es un mundo breve. Soy una célula social aprisionada en ella.

Podría ser mi cuerpo el campo de un microscopio humano. El genio poderoso de Lenin vería al animal humano a solas con su miseria.

Repitiendo experiencias análogas a lo largo de las ciudades, brotaría una generalización filosófica, una doctrina económica, en cuyas entrañas estuviera ardiendo la bomba de la revolución.

¡Tantos millones de hombres con su miseria a solas!

En el aire se precisa la imagen de una pistola. Adquiere el fenómeno caracteres de alucinación.

Vuelvo a ver el cadáver del compañero suicida.

Su carne estará ya podrida. Destrozada por gusanos horrendos, pero insensible, helada.

En cambio mi carne vive, tiene un dinamismo ilógico. Crea y devora energía.

Amo mi pobreza, siento voluptuosidad de la propia miseria. Mi sexo se agarra ansioso a las siluetas de mujeres lejanas.

¡Aleluya por la vida!

Al día siguiente de la muerte de mi madre, vinieron unos hombres.

Eran individuos de policía. Registraron la casa. Hicieron un inventario.

Dieron conmigo. Averiguaron a quien podía interesear yo. Supieron que estaba solo.

Me destinaron al orfanato. El jefe de ellos ordenó que me cogieran.

Es extraño.

De todos los episodios de mi vida, ninguno recuerdo con tanta precisión, de manera tan clara, como éste.

Riendo, me persiguieron dos pesquisas, que me parecieron demonios.

Corrí. Lloré. Quise buscar unos brazos amigos que me salvaran.

Ya se acercan los hombres siniestros. Uno de ellos levanta la mano. Descarga un puñetazo sobre mí.

Angustia. Grito:

—¡Mamá, mamá!

Soy un pequeño animal indefenso.

Cuando van a tomarme prisionero, asoma la vieja criada.

—No, no, —dice la buena mujer.— Yo me hago cargo del niño. Además, tiene un tío que le protegerá.

Me refugia entre sus faldas. Yo me abrazo a ella desesperadamente. La beso en las mejillas arrugadas, en los ojos marchitos, en la boca sin dientes. Ella siente en su lengua el sabor de mis lágrimas.

Los hombres discuten. Hay uno que se obstina en llevarme.

—¿Cómo va a sostener al muchacho esa vieja desgraciada?, —dice.— ¡No tiene ni para ella!

Pero el jefe se apiada. Ordena que me dejen tranquilo.

Una ruleta de sollozos.

Los hombres se van.

Amo profundamente a los niños abandonados.

Me emociona ver sus cuerpos temblorosos, su traje hechos girones, sus caras hambrientas.

Intensamente humillado me siento, cuando los veo desfilir por las calles.

Todos tienen uniforme igual. Sus piescitos ruedan humildemente.

Pero, ¿qué les importa a los ricos, esta tragedia anónima? Piensan que los huérfanos no son hombres.

Sin embargo, también ellos se acuerdan a veces de que en unas casas horribles, están los niños solos, muchos de los cuales son hijos suyos, adquiridos fuera de matrimonio.

Entonces organizan ligas de caridad y sociedades protectoras de la infancia.

Dan veladas a beneficio de los orfanatos.

Un grupo de viejas, recoge los fondos. Pero antes hay que agasajar a las damas que tomaron parte en la fiesta.

Se da un baile o se organiza un paseo a un balneario. Naturalmente, con fondos de la velada. Los señoritos pueden entonces transformarse en tenorios grotescos y lucir su guapeza. Las muchachas reparten besos. Las viejas nobles recuerdan por millonésima vez a sus antepasados.

Después, es preciso obsequiar una joya a una virgen, a fin de que puedan hacer un buen negocio los frailes.

Por último, la velada ha costado un dineral. Con lo caros que son los trajes, no es posible que las damas que han prestado su cooperación, gasten la "misse en escena".

¿Qué queda para los niños? Un sucio mendrugo de pan, arrojado con desprecio. Insultos y humillaciones.

Pero los retratos de las "caritativas damas" aparece en la primera página de los diarios. Son modelos de bondad y de vir-

tud, que todos deben imitar. Las condecoran los municipios.

Ellas son también grandes artistas. La velada reveló su genialidad. Listos están los poetas de salón, los intelectualoides reaccionarios, para elogiar su refinamiento y belleza.

¿No habéis pensado jamás, señoras, en lo profundamente inmoral que es dar un mendrugo al huérfano, en forma de limosna? El pequeño del asilo, aunque no queráis creerlo, es un hombre. ¿Qué procesos psicológicos se desarrollarán en él, cuando ve vuestras manos llenas de joyas, tenderse hacia su miseria? Lo que hacéis en realidad es satisfacer vuestro orgullo, a costa de las humillaciones de un grupo de niños hambrientos.

¿Qué puede esperar la sociedad de un hombre a quien desde la infancia se le miró como a un ser inferior, como si él no tuviera derecho a la vida? Si ese hombre resulta más tarde ladrón o asesino; si asalta a vuestros palacios, os arrebatara la riqueza o con el puñal os amenaza, será doloroso, pero habrá que darle la razón.

A una personalidad humana, no se le humilla en vano.

Ese pueblo "bajo" que vosotras miráis con desprecio, es la gran masa que piensa y trabaja. Ella es la sal de la tierra; el cerebro y el músculo de la humanidad.

De esos grupos doloridos y anónimos, surgen los hombres de ciencia, los políticos creadores, los grandes artistas. De allí brota el símbolo glorioso del obrero.

Por eso, señoras, me irritan vuestras ligas de caridad, vuestras veladas y fiestas de beneficencia.

Porque amo a los niños huérfanos, odio el que hayáis establecido orfanatos.

Al niño hay que enseñarle que tiene absoluto derecho para que la sociedad le alimente y le eduque. El pan que come, es el que le corresponde. Ante la naturaleza, ante la razón, todos somos animales de la misma especie.

Una botella de aguardiente.

Ella es la señora de casa. Forman dos copas su cortejo.

En el cristal se perfila una cara. Tiene roja la punta de la nariz. Hundidos están los ojos. Guardan las pupilas jirones de sangre. Se han caído algunos dientes. Fugó el cabello de la cabeza. Unos ligeros mechones se refugiaron en el labio superior, para organizar la colonia de un bigote caído.

Es pequeño el hombre. Delgados brazos y piernas. Ancha la espalda. Cansados están los vestidos.

La habitación ha tomado prisioneros a los muebles indispensables.



Fue la vieja a casa del tío Juan.

Dió la amable casualidad, —según su relato,— de que la noche que me llevó, el tío estaba arrollado por una borrachera integral, a la que se le ocurrió manifestarse por el sentimiento.

Apenas nos vió, fue presa de una crisis de dolor.

Se levantó a grandes esfuerzos. Abrazó a la vieja. Hizo su ascenso desde el pantalón hasta los ojos, un pañuelo roto, que bebió con voluptuosidad las lágrimas del tío.

—Debiste venir antes, Rosario,— dijo.

—Le busqué ayer, pero no estuvo usted aquí.

—¡Mi pobre hermana! ¡Una segunda madre para mí! Yo no supe su muerte, porque ese día me llevaron unos amigos al campo.

—La pobrecita le recordó, le llamó a usted muchas veces.

El tío se pone furioso.

—¡Carajo!, grita—. Ella que tenía a quien hacer falta se va y yo sigo viviendo. ¡Maldita sea!

Emocionado, me abraza con fuerza.

—Pero tú mi hijito, no vas a sufrir, —añade—. Para eso me tienes a mí, que te quiero como si yo te hubiera parido.

—¡Hágalo por caridad!, —llora la vieja—. ¡El niño sólo le tiene a usted!

—¡Claro! Para él trabajaré. ¡No faltaba más, que el hijo de mi hermana pase necesidades!

—Le iban a llevar donde los huérfanos.

—¡Atrevidos! ¡Si los veo, los mato!

El tío no sabe a quién debe matar, pero es todo emoción.  
Llama:

—¡Rosa!

Pausa.

—¡Estúpida! ¿Dónde se habrá metido? ¡Rosa!

Entra una criadita.

—¿No oíste que te llamaba?

—Estaba acostándome, — dice la chica frotándose los ojos.

—Sólo piensas en comer y dormir—. Transición. Me pregunta: —¿Tienes hambre?— No espera respuesta: Si, tiene hambre. Anda Rosa a comprar pan y queso para el chico.

Diez centavos.

Insiste la vieja:

—Yo hubiera querido mantenerle, darle todo lo necesario, para que no le moleste a usted. Su pobre madre me lo dejó a mí. Pero ahora no tengo ni lo necesario. Hoy no he merendado. Hasta que no encuentre una cocina, estoy en la calle.

—¿Para qué sirvo yo? ¿Dices que no has merendado? ¡Rosa, Rosa!

—Se fue a la tienda.

—¡Qué bruta! ¿Para qué iría?

—Pero si usted le mandó.

—¡Ah, sí! Tome cinco reales para que vaya a comer un bocado.

Vuelve Rosa. Siento alegría.

El tío está más amoroso que nunca. Acariciándome, dice entre sollozos:

—Yo seré tu papá.

Una ola de alcohol abraza el aire que respiro y se mezcla con la tierna dureza del pan.

Ya tengo hogar.



Hay entonces un vacío en mi vida.

Son esos primeros años brumosos, que no podemos recordar. Época de pureza, período asexual, según creían nuestros padres.

Pero es exactamente lo contrario.

“El desarrollo ontogenético es una síntesis del desarrollo filogenético”. Esta poderosa ley fundamental explica el misterio.

El hombre, abreviadamente, atraviesa en su vida, las etapas por las que cruzó la humanidad.

Su existencia es un esquema de las experiencias de los antepasados.

La infancia es al hombre lo que la época de los pueblos primitivos es a la especie.

Durante la niñez, el sujeto está guiado únicamente por sus instintos. La linterna de la razón, no ilumina aún a la carretera del espacio ni a la ruleta del tiempo.

En la infancia está el germen de nuestras torturas más hondas.

Las escenas sexuales llegan al niño. Hieren a este indefenso animalito de pocos años. Se introducen en lo más profundo de su espíritu. Clavan ahí sus garras.

Cuando el niño se ha transformado en hombre, esos monstruos que él no conoce, le torturan. Y el hombre desconoce la causa de su dolor.

En la infancia está el origen de tremendas neurosis, de trágicos desvíos sexuales. Para el niño, no existen sino dos necesidades fundamentales: la nutrición, que es un hecho claro, preciso, y el sexo, que está oscuro aún. Esfumado aparece. Se diluye lo sexual en actos que, como el chupeteo, se confunden con el fenómeno anterior.

Una cruel hipocresía tuvieron con el niño las generaciones pasadas. Nunca lo analizaron seriamente, no quisieron comprenderle nunca. El dogma cristiano, transformó al bebé en un ídolo falso.

Era el chiquitín un jirón de paraíso. Angeles rodeaban su cuna. Una diáfana claridad descendía hasta él, desde un ridículo cielo.

El pequeño ignoraba el dolor. Desconocía los espectros internos que flagelan a las personas mayores.

Pero el niño sufre, lucha y es prisionero de la angustia. Entre su embrión de personalidad y el mundo exterior, se produce un choque violento.

Ama a su madre. Siente un impulso vigoroso, que no comprende. Tiene celos del padre. Quisiera ser como él.

A través de su cuerpo, vibra emotiva la onda del deseo, sexualmente indefinido aún. Tiene de hombre y de mujer, aunque predomine la mujer o el hombre.

La educación del niño tiene que ser, —y así será cuando la sagrada religión de la ciencia haya penetrado en todos los hogares,— una obra maestra de comprensión, delicadeza y cultura.

Desaparecerá esa horrenda escuela confesional, que crea millones de sádicos y homosexuales. Esos castigos dolorosos, dados en las zonas erógenas, tan cerca de los genitales, que originan sombríos masoquismos.

Sin escrúpulo alguno nuestra pobre civilización, nuestros padres, nos han hecho víctimas de sus prejuicios, de su fe, de su ignorancia.

Cuando a solas siento terror de los espectros que maceran mi espíritu; cuando me desgarran los zarpazos de las fieras que deben estar ocultas en extrañas encrucijadas de mi yo, pienso que las raíces del suplicio deben estar en este paréntesis de mi vida, que no recuerdo.

¡Qué aterrados quedaríamos los hombres, si nos fuera dado conocer desnuda a la verdad de nuestra infancia! Se produciría una rara combinación de ingenuidad y terror. Brotaría una pregunta desconcertante:

—¿Es posible que este pequeño monstruo haya sido yo?

Sin embargo, todos fuimos pequeños monstruos. Primero en el útero, cuando nos desarrollamos rodeados de orinas y excrementos, porque la matriz está situada entre la vejiga y el intestino.

Después en la cuna, porque los instintos de la especie fueron en realidad fantasmas que torturaron nuestra infancia. El mundo externo nos dió un bofetón cada día. Los ángeles que debían cuidarnos, sólo existieron en la mentalidad primitiva de las abuelas y en verdad, tuvimos demonios humanos a nuestro alrededor.

Por último, monstruos somos a través de la vida. Estamos disfrazados con la civilización, que ha llegado apenas a la corteza de yo, pero no ha penetrado hasta lo profundo de nuestra personalidad.

Porque somos aún monstruos amamos la vieja moral, la riqueza y la patria.

Porque somos monstruos preferimos el dogma a la ciencia, el puñetazo al microscopio y la metralla al libro. Por eso hemos dividido a los hijos en legítimos e ilegítimos y a las mujeres en esposas y amantes.

El hombre es, en el fondo, un animal feroz. Acaso más envenenado que las víboras y más cruel que los tigres. El deseo de matar, profundamente unido a su instinto sexual, está siem-

pre latente en él. Pero lo llama heroísmo y eleva estatuas a hombres que fueron asesinos. El deseo siempre grande matar, hace que el hombre cree himnos nacionales, pabellones y fronteras.

En realidad, hace apenas quince días que he visto a Gloria, después de muchos años de separación.

Son las siete de la mañana.

Me arreglo para ir a la oficina.

Llega una pariente.

Saludos. Recuerdos.

Ella sonríe.

—Ayer estuve con su antigua novia,— dice.

—¿Gloria?

—Sí; preguntó por usted. Se interesó mucho. Creo que todavía le quiere.

—¿Cierto? No es posible.

—Las mujeres no nos equivocamos.

Estoy asombrado. Después de todo lo ocurrido, ¿cómo es posible que Gloria me quiera aún?

—¿Dónde vive?—, pregunto.

Ya están anotadas las señas de su casa.

—Vaya a verle, —añade—. Ella quedará encantada.

Toda la mañana estuve inquieto. El sólo nombre de Gloria, creaba una inmensidad de imágenes en mi.

Once gritos brotan del reloj.

No puedo contenerme. Pido permiso al jefe y voy en busca de la casa de Gloria.

Calles, calles. Desfila lenta la ciudad de Quito.

Ha llegado por fin su barrio. Aquel en el que yo vivo ahora.

Pero no tengo quién pregunte por ella. La evocación de la mamá impide que lo haga yo.

Espero. Descubro por fin un muchacho, que se ofrece por diez centavos.

Inquietud. Regresa.

—No está aquí,— dice.

Alegría. Pronto llegará ella, porque cerca está el mediodía.

Otro cuarto de hora agoniza.

Del grupo se destaca una silueta femenina. ¡Es ella!

Si, ella, pero no la misma que fue novia mía.

No tiene la elegancia de entonces. Está pálida, delgada. En sus facciones ha dejado intensa huella el dolor.

Saludo.

Se asombra. Corre la sangre a sus mejillas.

—¿Usted Alberto?

Le tiendo la mano. La suya tiembla.

Vacila. Se decide; pregunta:

—¿Qué hace usted aquí?

—Le esperaba a usted.

—¿A mi?

Ríe. Cree que es una broma. Insisto, con seriedad:

—A usted. He aguardado media hora.

Su asombro crece.

—No. Debe interesarle por aquí alguna muchacha. Ha venido por ella.

—Tengo una. Es usted.

Ante su máxima sorpresa, se pregunta, sin duda, a sí misma:

—¿Puede quererme, puede buscarme todavía?

Pero idéntico enigma vaga en mi interior:

—¿Es posible que ella me haya querido y que aún ahora se interese por mi?

Ella coge mi brazo.

Grupos de recuerdos se han apretado en nuestras almas. Tenemos tanto que decirnos, que no sabemos cómo empezar.

De la emoción brota una cita para la noche.



Se hace en mi la claridad de la razón.

En conjunto, no puedo reconstruir mi infancia. Es ésta en mi espíritu un conjunto de escenas incoherentes.

En casa de mi tío.

Han dado las diez.

Siento frío.

No he tenido qué merendar.

Con frecuencia el viejo se pierde hasta dos días. Solo en casa, no se cómo buscarme la vida.

En un frasco agoniza la bujía.

Tengo la tortura del hambre, pero me da vergüenza ir donde una vecina a pedir algo.

Casi todos los días me protegen los de casa. Ya deben estar cansados de mi.

La tibia humedad de las lágrimas me humedece la cara.

Se acaba la vela. Oscura es la noche.

Abro la puerta del cuarto, para que me acompañe la claridad del corredor. Pero ha cerrado los ojos la lámpara eléctrica. En casa economizan la luz.

Tengo miedo. Un terror impotente de muchacho solo, perdido en la sombra, oprimido por el hambre, aniquilado por el frío.

Creo ver fantasmas. Voy temblando al humilde nido de mis noches.

No tengo cama. Arrinconado sobre el suelo está un colchón. Fuga la paja por sus agujeros.

Hay una sábana vieja, dos cobijas abuelas y una almohada dura.

Sufro, sufro.

Como gusano, me arrollo indefenso.

Los espectros cierran con lentitud mis ojos.

Huyen las cosas.

Está lejana la pálida pierna de la aurora.

Un ruido brusco me despierta.  
Se dividieron las puertas con escándalo.  
—¡Muchacho!  
Es el tío.  
—Se ha dormido el bruto,— dice.  
—Estoy recuerdo,— contesto.  
—¡Carajo!, —grita—. ¿Por qué no enciendes la luz?  
—Se acabó la vela.  
—¡Se acabó! Estúpido, ¿por qué has gastado la vela? Ya te enseñaré a no botar la plata. Anda a comprar otra, ¡pronto!  
Cojo mis zapatos viejos, mis medias hechas astillas.  
—¡La vela!,— grita.  
—Ya voy.  
—¡Imbécil! —Transición—. Pero, ¿dónde estás? ¡Sal del hueco!  
Me busca. Da conmigo. Tira con fuerza de mis orejas.  
—¡No vayas a llorar, carajo! Han de decir que te maltrato.  
Con el pantalón cayéndose y en camisa, llego hasta la puerta.  
—¿Qué esperas idiota?  
—Para la vela.  
—Si, toma.  
Registra sus bolsillos. Besa mi mano una moneda.  
Salgo. Avanzo a tientas por el corredor.  
Ladra un perro. Tengo miedo de que me muerda.  
Bajo temblando la escalera.  
Al llegar al zaguán, corro.  
Ha oído el perro. Corre también.  
Ya en la calle, paro. Se abalanza el perro. Desesperado, quiero defenderme.  
Es tarde. Me ha mordido la pierna.  
Lloro. No puedo andar. Quisiera quedarme sentado en la

acera toda la noche. Pero recuerdo que el tío espera. Enjugo mis lágrimas, hago un esfuerzo. Llego a la tienda próxima.

Un manojo de borrachos se divierten. Les acompañan destrozadas mujeres. Espirales de música da a luz el cigarro de la vitrola.

Es de diez centavos la moneda que me ha dado el tío. Veo pan en la vitrina. Resucita imperiosa el hambre. Es el instinto más violento que la cólera de Juan. Pido:

—Una vela de a medio y medio de pan.

Acomodada sobre un cajón, canta, llora, una mujer. Está borracha. Un pedazo de pierna se asoma a la ventana de su traje roto.

Comiendo el pan, vuelvo de prisa.

El tío está furioso.

—¡Pronto!,— grita.

—Ya voy,— digo temblando.

—¿Por qué te has demorado?

—Me mordió el perro.

—¡Ojalá te hubiera muerto, imbécil!

Pausa.

—¡Enciende la vela!

—No tengo fósforos.

—Debías haber traído prendida de la tienda. Hay que decirte todo. ¿A quién has salido tan bruto? Ninguno de la familia ha sido como tú.

Siento rabia contra mí. Me oigo llamar bruto tantas veces, que estoy convencido ya de mi estupidez. Pero no tengo la culpa de haber nacido tonto.

—Yo debo tener fósforos,— dice Juan.

Vacilante, busca en sus bolsillos. Enciende una cerilla. Cuando brota la llama del pebetero blanco de la vela, el tío me ve echar a la boca un pedazo de pan.

—¿Qué comes idiota?

Callo. Piensa. Estalla.

—¡Si! Has comprado solo una vela de a medio y el otro medio te has tragado tú ladrón. ¡Toma!

Descarga un puñetazo sobre mi. Desde la boca se precipita al suelo el tibio bolo del pan.

—¿Crees que tengo plata para tus golosinas? Voy a darte una paliza para que sepas ser honrado.

Lleva su mano a la cintura. Ya se lo que significa esa actitud. Saldrá la ancha correa con que sujeta sus pantalones.

Aterrado, me refugio en el rincón de mi cama. Soy el ratoncito que se despeña al agujero, huyendo de los puñales del gato.

—¡Perdóneme tío!,— grito.

—¡Puerco, glotón!

—No he merendado nada,— lloro.

—¿Y a mí qué me importa? ¡Ojalá te murieras de hambre!

—Me duele el estómago.

—Con una paliza te curarás. ¿Con qué derecho te voy a mantener? ¡Yo no te he parido!

¡Por qué, por qué es tan dura la vida para mí! A nadie he dado motivo. Nacer ha sido mi única culpa. Y sufro, sufro cruelmente, estando en la edad en que debía tener un padre que me eduque y una madre que me acaricie.

En la calle he visto a otros niños, que deben tener mi misma edad. Van elegantes. Tienen lindos juguetes. Hay personas que los cuidan.

He sabido que ellos son ricos. Muy malo debió ser aquel que dividió a los niños en ricos y pobres.

Parece que se calmó el tío.

De uno de sus bolsillos saca la botella. Estoy familiarizado ya con el olor del aguardiente. Si no lo sintiera me haría falta.

El aguardiente es mi enemigo. El vuelve furioso al tío. El se roba el dinero con que deberíamos comer todos los días. Quisiera hacer pedazos a todas las botellas que existen en la ciudad.

De la mesa salta la copa a la boca de Juan, apoyándose en la palanca del brazo.

La hija del dueño de casa, era una trémula morena de veinte años. Se llamaba Lucrecia.

Cariñosa conmigo, de vez en cuando me regalaba alguna golosina.

A cambio de sus obsequios, exigía de mi cosas extraordinarias. Lo que ella hacía me daba miedo, pero también me producía placer.

Trabajaba ardiente mi fantasía, tratando de explicar qué era lo que ansiaba.

No podía comprender sino a medias sus anhelos.

—Te regalo estos caramelos Albertito, si me das diez besos,— decía.

Antes de que pudiera llevar a la boca un solo dulce, ya estaba ella sobre mí.

Cogía mi cabeza entre sus manos, me besaba locamente, hundía su lengua en mi boca. Una vez me mordió con fuerza el labio. Yo lloré.

—¡Qué bruto eres!,— dijo al ver que no callaba.

Fué a su cuarto. Trajo chocolates envueltos en bonitos papeles de color. Me dió seis. Jamás había sido tan generosa conmigo.

Hubo un silencio.

Hace frío.

—Vamos a mi cuarto,—dice ella.

Me arrastra hasta la pieza suya.

—¡Acuéstate pronto!, —grita desde la habitación vecina el

padre de Lucrecia. Es un abogado viejo, que se cree gran político. Tiene la manía de que el gobierno le teme. No sale de casa para evitar que le tomen preso.

—Ya voy papá,— contesta ella.

Apaga la luz. Me desviste. También ella se desnuda.

—No hagas ruido,— añade.

Estoy en la cama de ella. Siento una tibieza agradable, pero tengo miedo.

Como una madre me acaricia Lucrecia.

En mi boca se multiplican sus besos.

Lentamente se transforma. Está ahora agitada. Tiembla su carne. Es guillotinado el grito en su garganta.

—¡Abrázame con fuerza!, —ordena.

Toca su mano el ángulo de mis piernas. Ingenuamente, la imito, creyendo encontrar en su cuerpo, algo semejante a lo que hay en el mío.

Siento angustia. ¡Ella no lo tiene!

—¿Te han cortado?, —le pregunto.

—¡Calla estúpido!, —contesta ella.—Añade: —¡Aplástame!

Entonces palpo un nido de cabellos. Tengo curiosidad y temor.

—Más abajo, —dice ella.

¡Terror! Entre las piernas de Lucrecia hay una herida abierta.

—¿Te has lastimado con el cuchillo?,— pregunto temblando de miedo.

—¡Imbécil!, —responde.

Agarra los dedos míos y quiere introducirlos en su herida. Asombrado, pregunto:

—¿No te duele?

—¡No, no!

A cada momento comprendo menos. Temo que venga el padre de Lucrecia, vea mis dedos dentro de la herida de ella y crea que he sido yo quien ha lastimado a su hija. Quiero llorar.

—¡Cállate!

Pero ya el sollozo voló de mi garganta.

—¡Si no te callas te mato!, —dice ella apretando mi cuello.

Hago un esfuerzo para tranquilizarme, pero mi cuerpo tiembla. Se entenece Lucrecia.

—Yo te quiero mucho Albertito,— exclama con ternura.— Yo seré tu mamá. Mañana voy a invitarte a almorzar con nosotros. ¡Verás que ricas cosas te doy! Vas a llenarte tanto, que no tendrás hambre tres días. Pero ahora dame gusto. Bésame, abrázame. No tengas miedo, porque no te pasará nada.

Crece su ardor. Es presa de temblores extraños.

No satisfecha, besa con loca rabia todos, cada uno, de los rincones de mi cuerpo.

Me aprisiona entre sus piernas. Hace de mi curvas y líneas rectas. Me maneja como a un muñeco de trapo.

Ruedo de un lado a otro de la cama. Soy un fantoche descountado.

Lucrecia me hace daño. Tengo ganas de llorar. Comprende ella y dice con terrible crueldad:

—¡Si lloras te clavo las horquillas en los ojos!

Yo me encojo en el rincón de la cama como un gatito. Mi insignificancia, el temblor de mi pequeño cuerpo, parece que le inspiran piedad.

Tiernamente me abraza. Son finos sus besos ahora. Por mi cabello nada silenciosa su mano.

En una de las montañas de mi espíritu hay una gruta entrañable. Ahí vive la imagen de usted Lucrecia.

Usted, la bella transparencia del amanecer.

Ahora recita un cuento.

Pero cuando creo que está buena, resucita de nuevo su furor.

Esta vez me estruja, me pega.

¡Su mano, su mano!

En la culminación de su cólera, me arroja lejos, gritando casi:

—¡Imbécil, anda a tu cuarto! ¡No sirves para nada!

Me visto.

Parece que siguiera devorando mi cuerpo la mano de Lucrecia.

Es raro. De mis recuerdos de niño, el más intenso es el de la mano de Lucrecia. La veo en mi espíritu, emotiva y real, como un símbolo eterno de placer.

Y siempre asocio la silueta de la mano a la evocación del querer. Más aún, la mano es para mí la corporeidad del amor. Creo que ella no es sino la representación exterior de sexo. Me sugiere el pensar que representa la mano a los genitales estilizados.

Queda Lucrecia retorciéndose en la cama.

Salgo calladamente.

En el corredor, me asusta el gato que corre tras una gata.

Mi tío está borracho como siempre.

Me mira perplejo:

—¿De dónde vienes?, —pregunta.

—Lucrecia me contaba cuentos, —respondo.

—Si, —añade,— esa mujer te está dañando. ¡Es una bandida! No quiero que vayas a su cuarto, ¿entiendes? Ahora te perdono, pero la próxima vez que sepa que has estado con ella de noche, te daré una paliza.

El tío que suele ser tan feroz, es ahora amable. Sus últimas palabras tuvieron un acento próximo a la bondad.

Está pensativo.

Dice, después de una larga pausa:

—¡Muchacho, los dos somos unos desgraciados!

Es en mi la sorpresa. Flota la interrogación. Mayor es aún mi desconcierto, cuando el tío me explica confidencialmente:

—Figúrate que la mujer de Carlos acaba de heredar una fortuna. ¡Ahora él tendrá lujo, mientras nosotros estamos en la miseria!

Y para ahogar la pena, me manda a comprar una botella de aguardiente.

Dos palabras me crucifican: riqueza; miseria.

No comprendo.



Carlos: primo del tío Juan.

Tenía de él una idea oscura. Muchas veces vino embriagado a casa.

Discutía con Juan toda la noche. Su charla terminaba en sollozos o maldiciones.

En ocasiones se amanecían jugando a las cartas. Se ganaban partida tras partida, entre copa y copa.

Total: para mi era imposible dormir.

Carlos me daba golpes y monedas de cinco centavos. En ocasiones decía que yo era un animal y otras me elogiaba.

Se enamoró Carlos de una mujer que estaba encerrada en un colegio de monjas. La sacó para casarse con ella.

Los primeros años de matrimonio fueron de taciturna pobreza.

En sus borracheras, Carlos renegaba de su matrimonio. Cuando huyeron las primeras series de coitos, su mujer le pare-

a también mayor que él con ocho años. ¡Demasiada diferencia en su concepto!

Pero murió una vieja tía de su mujer y Carlos quedó rico.

El golpe fué duro para Juan.

Había perdido a su primo, el compañero de juegos y orgías.

Lo creyó definitivamente lejano.

Sin embargo no pudo separarse Carlos de Juan. Este era su confidente, su íntimo y el dinero no iba a ser causa para dejar de quererle.

Si bien sus encuentros no eran tan frecuentes como antes, se reunían en las grandes ocasiones: pascuas, cumpleaños, borracheras extraordinarias.

Después me reveló al vida, que Carlos tenía un motivo secreto para buscar a Juan.

El padre de Lucrecia tiene un criado.

Se llama Antonio. Cuando lo veo, tiemblo porque me inspira miedo.

Antonio es cojo. Las viruelas fabricaron hoyos diminutos en su cara. Tiene colgado el labio inferior y la baba se precipita de él grotescamente.

Han dado las cuatro.

¿Dónde estará Lucrecia? ¡Ojalá quiera jugar conmigo!

El padre duerme la siesta. Ella no está en su cuarto. Habrá ido a la despensa del tercer patio, para hacer alguna golosina. Corro.

No hay nadie en el corredor. Esta sección de la casa es más sola.

La puerta está cerrada. Cuando voy a llamar, oigo la voz de Lucrecia. Dice:

—No tan duro. Me duele.

Siento grande curiosidad. Me paro sobre unas vigas que hay en el corredor y miro por la ventana.

Un estremecimiento helado vuela a través de mi cuerpo.

¡Que cruel fué la vida conmigo al revelarme de un modo tan brutal, el más bello de sus secretos!

Lucrecia, semidesnuda, está tendida en el suelo. Se ha vuelto roja su tez morena. Palpita la carne. Súplicas arrojan sus ojos. En la nariz, en la boca, se atropella el aire.

Antonio, el paje monstruoso, está de rodillas junto a ella. Jirones de trapos sucios, que deben ser pantalones, su saco, se acurrucan en un rincón. Llamadas vomitan sus ojos. Cae la baba de su boca.

—Ahora patrona,—dice.

Se inclina. Oprime el viento su carne inmunda.

La boca deforme de él, se une a la fina boca de ella.

Una cosa como puñal, sale del cuerpo de él y se clava entre las piernas de ella.

¿Qué hace? ¡Quiere matarle!

Voy a gritar, voy a pedir auxilio, cuando veo que ella le abraza.

Pero debe también hacerle daño, porque Lucrecia se queja, repite que le duele.

Entonces él se levanta. Ejecuta con "aquello" una maniobra oscura. Instintiva, inconscientemente, vuela al mismo sitio mi mano.

Se lanza sobre ella. Hace fuerza, como si quisiera extrangularla. Lucrecia se retuerce, vibra, llora.

El sigue empeñado en esta obra sombría que no comprendo, pero que me cautiva y destroza.

Hay una lucha terrible, que no sé cuánto tiempo dura.

—¡Ya, patrona, ya!, —chilla él.

Hace un esfuerzo poderoso. Grita ella. El le tapa la boca. La sacude y golpea.

—¡Carajo!, —dice con voz sorda.—¡Si usted grita vendrá el patrón!

Este argumento parece convencerla, porque ella ruega que la perdone.

—Me dolió mucho,— son sus palabras últimas.

—Ya pasó,— añade él.

Una tregua.

Se abrazan entonces los dos cuerpos. La masa grotesca de Antonio y las adorables formas de Lucrecia, se han confundido. Los dos son ahora un solo ser.

Se mueven frenéticamente. Respiran con locura. Se muerden las bocas.

Por fin, lanzan los dos un grito salvaje. Salta el cuerpo de ella. El de él rueda por el suelo. Quedan como si estuvieran muertos.

Siento terror: Hay en el suelo un charco de sangre.



¡Cuánto daño me hizo esta escena atroz!

Fugé con pánico de mi escondite. Corrí a refugiarme en el rincón donde estaba amontonada mi pobre cama.

Tuve un deseo loco de llorar. Lágrimas, lágrimas brotaron de mis ojos.

Sentí remordimiento como si hubiera cometido un crimen. El deseo ardiente de que alguien me protegiera, de que me consolara alguien, surgió imperioso.

En medio de mi dolor llamé a mi madre.

Hasta hubiera querido que venga borracho el tío y me de azotes, antes que estar hundido en esta terrible soledad.

Angustia, angustia. Pero, ¿que fué lo que sentí en realidad? ¿Fué celos, fué querer, fué dolor? No podría explicarlo. Desnudas se combinaron en mi todas las pasiones del animal humano.

Tampoco se cuánto tiempo estuve llorando.

Pero agotado, me había quedado dormido.

Era ya de noche, cuando mi tío, estúpidamente embriagado, me despertó dando en mi cuerpo un tremendo puntapié.



Aquella tarde influyó profundamente en mi vida.

Era un secreto extraordinario, algo que conocía a medias, que mi intuición quería adivinar, pero la inteligencia no alcanzaba a comprender.

Largo tiempo estuve obsesionado.

... Y ese horrible cuadro me impresiona aún después de tantos años.

Algo de la sangre brotada del sexo de Lucrecia penetró en mi sangre.

El ala del querer me recuerda la emoción de la sangre.

¡Lucrecia!

Hace cuatro años recibí su parte de matrimonio. Su noche nupcial debía ser cruelmente contradictoria. Mientras entregaba su cuerpo al esposo, debió torturarle la silueta de Antonio.

¡Que ilógico capricho de la naturaleza en éste de la virginidad! Cuando después de la revolución, triunfe la nueva moral del sexo, la virginidad será un ídolo roto.

¡Mujeres, mujeres! El hombre del pasado os considera pro-

riedad suya. Es egoísta con vosotras. Quiere aniquilar la personalidad que tenéis.

La superioridad del hombre es una farsa grosera. Los sexos, no son superior el uno al otro, sino que, simplemente, son distintos. Representan valores equipotenciales.

¡Proletarias de todos los países! Mujeres que leváis una vida oscura; compañeras destinadas a prostitutas; muchachas sin porvenir, luchad todas por vuestra redención económica y social.

Vosotras sois capaces de hacer todo lo que ha hecho el hombre. La política os llama. El arte aguarda el prodigio de la emotividad que os fue dada. La ciencia espera vuestra cooperación.

Redimíos por el trabajo. Despreciable es el señorito elegante, que opina que no se debe hablaros la verdad. Es preciso que todas vosotras aprendáis a ganaros la vida.

Si vuestras finas manos se estropean en el trabajo, si vuestro cerebro se cansa con el estudio, no importa. Fatigadas, seréis más bellas que aburridas.

Se aproxima una gran revolución. Se crearán de nuevo ciencia y política; arte y moral. Vosotras tenéis que ayudar al hombre en la ejecución de la formidable obra.

Dijo el cristianismo: "la mujer es la puerta del infierno, la madre del pecado".

Nosotros os decimos: "Compañeras: si el pasado quiso esclavizaros, el porvenir os ofrece todas las aspiraciones que hasta ahora sólo han sido para el hombre".

A la lucha, compañeras.

¡Cuánto tiempo nos habíamos amado!

Ardió el querer superando lejanías y tragedias.

La segunda época del amor, diluido hasta llegar casi al olvido, brotó vigorosa aquella noche.

Aún tenía trabajo.

Desde la oficina hasta la calle, a las cuatro de la tarde.

Diez centavos. Al extremo de la ciudad me acompaña el tranvía. Atados quedan manojos de edificios.

El barrio de "La Carolina" construyó su nido al extremo norte de la ciudad de Quito.

Es su nervio un racimo de villas. Los jardines le ponen flores en el hojal. Bosques le ofrecen abrigo. La vaca le dan leche en la taza de la aurora. Le tejen las ovejas un mantón para el invierno.

Bellas muchachas forman para su cuello un collar de piernas. La tierra es en su cuerpo ánfora de sol.



La pequeña casa pintada de azul, tiene un "estanco".

Entre frazadas de aguardiente y ternuras de guitarra, los borrachos duermen ahí la noche del sábado.

Tiene cuarenta años la dueña. Su cuerpo grita, llamando al placer desde los balcones de los ojos.

Esconde la casa una pieza coquetona. Es alegre en su simplicidad.

En el rincón, la cama de madera, es una vieja alcahueta. Le contemplan dos sillas. El ropero desnuda a los amantes. La mesa solterona, guarda flores para los besos ajenos.

La dueña de casa arrienda esta pieza a las parejas furtivas. Son ahí los amores discretos.

Cuando el marido está en la oficina o el padre exprime a los

negocios, las piernas de la muchacha aparecen en la hoja pálida de las sábanas.

Ahora el cuarto será sólo mío. He arrendado para un mes este refugio.

Son las ocho.

El auto cerrado nos abraza a Gloria y a mí hasta el norte de la ciudad.

Ambos en el discreto rincón.

—Sólo queriendo mucho a un hombre se puede hacer esto,— dice Gloria.

—Es que tienes confianza en mí.

—¡He soñado tanto en tu cariño!

Me abraza. Lloro.

—¿Por qué?

—¡Me parece una ilusión estar entre tus brazos! ¡Te creía perdido para siempre y ahora eres mío!

Le doy un beso. Ella reacciona.

—¡Mío!, añade.— ¿Para mí? ¡Qué disparate! Esta será la única noche que nos veamos.

Me sorprendo.

Insiste con lentitud:

—La última.

Tengo la sensación de que se derrumba el luminoso fantasma de su amor.

—¿Es un capricho?,—pregunto.

—No soy una niña,—responde.

—Entonces ¿por qué?

—No eres el mismo,—dice con pena.

—Yo no tuve la culpa de que haya terminado nuestro amor.

—Cierto. Te desprecié yo. Pero te quería.

Río.

—No me crees, ¿verdad? Fué sin embargo así. Mi padre quiso engañarte, hacer una víctima de tí. Yo no podía consentirlo. Te quería demasiado para ser tuya.

—¿Te entregaste a otro porque me querías?

—Sí,—contesta con la más grande seriedad.

Estoy desconcertado. Añado:

—Quieres disculparte ahora.

—Eso piensas tú. Pero lo que yo te digo es la verdad.

—¿Cómo puede explicarse tan rara contradicción?

—No puedo explicarte, pero te ruego que me creas.

—Fuiste de él. Por él abandonaste la casa de tu padre. Tienes un hijo suyo.

—Todo es cierto, pero nunca le he querido.

—Una mujer se entrega por dinero o por amor. Por dinero, no podía ser porque tú eras rica. Tuvo que haber sido por cariño.

—¡Qué modo tan fácil tienes de explicar la vida! Sigues siendo un niño. ¿Crees que no habrán otros motivos poderosos para que una mujer se entregue? ¿No podrá una muchacha pertenecer a un hombre por miedo?

Encuentro humorística su última frase. Digo riendo:

—¿Te ofreció matarte? Pondría una pistola en tus sienes o te lastimaría el pecho con un puñal.

—Lo tomas a broma. Nada sabes del corazón de la mujer. ¡No era miedo a él, sino miedo a tí!

No es ya cómico, sino ridículo.

—¿Miedo a mí? ¡Pero si entonces yo era un inofensivo muchacho de veinte años!

—Sí. ¡Qué bueno eras! Pero era precisamente tu bondad la que me inspiraba terror.

—Es una broma.

—¡Ojalá lo fuera!

Lo ha dicho con profundo acento de verdad. Desconcertado, es lenta mi voz:

—No te comprendo.

—Jamás ha podido comprenderme un hombre.

Calla. Rueda una lágrima. Me abraza.

—¡No te esfuerces por comprenderme, sería inútil! Amame como soy. Si no te gusto ahora, has como si fuera la otra, la colegiala que fué tu novia. ¿No la recuerdas?

—Siempre la he recordado con cariño.

—Pero yo no soy “aquella” mujer. Todas las tardes pasabas por mi calle tú. ¡Cómo ardía mi sangre! El único placer de mi vida era verte.

—¿El único? Imposible. Tenías fortuna. Habrás gozado mucho entonces.

—No. Vivía prisionera del lujo, con un terrible enemigo cerca de mí. Un monstruo que envenenaba mi vida y me prohibía quererte.

—¿Esto soñando tal vez? ¿Qué quiere decir ella?

—Un monstruo,—repito.— ¿Quién?

—No, nadie.

—Tú acabas de decirlo.

—No me creas, ¡estoy loca!

—¿Ni ahora puedes tener confianza conmigo?

—No es nada,—grita con ansia. Y repite lentamente:—  
¡nada!

—Algo me ocultas tú.

—¿Qué importa? Lo sabrás algún día o no lo sabrás nunca. ¿Para qué? Te quiero mucho y cuando ama una mujer, siempre gusta ocultar algo. ¡Es una necesidad tan imperiosa tener un misterio! Sólo así es interesante una muchacha. Las que nada tienen, lo inventan.

—¿Lo estás haciendo tú?

—Así lo crees y es mejor. ¡Sí, invento! Te ruego creas que todo ha sido una invención.

—Entonces, ¿por qué me dejaste?

—Luego no fue todo invención,—dice riendo.

—No fué,—repito perplejo.

—¿Me negarás la coquetería de ocultarte? Este fragmento de mi vida no lo conocerás, como no quisiera que conozcas todo mi cuerpo.

—Me tienes ansioso.

—¡Calla!

Su voz es autoritaria ahora. Para aliviar mi duda, me besa.

Suavemente, van nuestros cuerpos hasta la cama. Inicio ardientes caricias. Toca mi mano su pierna. De un salto vuela hasta los senos. Mi carne se agarra desesperadamente a este cuerpo que amé tantos años.

La acaricio con verdadera locura.

Pero sucede algo extraño. Mientras soy desgarrado yo por el tigre del deseo, ella permanece fría. ¿Fría? No es eso, no. Está tierna conmigo. Me acaricia, me besa. Tiene para mí las delicadezas que tuviera con un niño, pero no siente hambre sexual.

Recuerdo vagamente que el espasmo es lento en la mujer y rápido en el hombre. Que la muchacha debe estar "preparada" para sentir el milagro de su propio cuerpo.

Doblo mis caricias. Hago esfuerzos extraordinarios para que el fuego surja en su cuerpo. Ensayando todos los recursos posibles, supéro dolorosamente a mis inútiles facultades de amante.

Pero no obtengo resultado alguno.

Me ahoga una ráfaga de angustia. Veo que soy incapaz de dominarla.

Sufro. Quisiera arrinconarme a llorar, como hacía cuando mi tío me daba puntapiés.

Flagelada está mi carne.

Me mira ella con piedad.

Comprende lo que sucede en mí. Dice:

—Es inútil.

—Soy un estúpido,— añadido con dolor.

—No es torpeza tuya, —contesta ella—. Soy siempre así. Jamás sentí deseo. Me sorprende que “eso” guste a las mujeres. A mí me produce asco.

—Entonces, ¿por qué te entregaste a él?

—¿A Guillermo?

—Sí.

—Ah, es otra cosa.

—¿Le querías mucho?

—Le he odiado siempre.

—¿Es posible?

—Verás. ¿Recuerdas a Lara, ese borracho amigo de mi padre?

—Sí.

—¿A su mujer?

—También.

—Guillermo era amante de la esposa de Lara. Cansado de ella, comenzó a enamorarse de mí, pero yo lo despreciaba.

—Mucho, —contesto—. Y, cuando lleno de ilusión pasé un día por tu calle, detrás de la ventana te besaste con Guillermo.

—Al besarle pensaba en tí,— contesta con la más grande seriedad.

—Naturalmente, pensabas en herirme.

—Ese beso fue para tí. Te quería.

Pierdo la paciencia. ¿Qué sucede con esta mujer? ¿Está volviéndose loca? O simplemente, ¿juega conmigo, hace de mí un muñeco suyo?

—Basta Gloria, —ruego,— no te rías más.

—Ingrato, —contesta—. De todo puedo reirme, menos de tí. Es peor todavía. Nada puedo explicarme. Debo ser víctima de una pesadilla.

Parece que la pieza galana fuera una guarida de espectros.



Muy abrazada a mí, ella sigue hablando. Sus palabras me destrozan las entrañas.

—Despreciaba a Guillermo. El repetía: —“Yo consigo siempre lo que quiero. Hasta ahora, ninguna mujer se ha escapado de mí”—. ¡Qué asco, que rabia sentía al oír sus amenazas! ¡Hubiera querido escupirle en la cara! Un día tuvimos un paseo al campo él, la esposa de Lara y yo. Cerca de un pueblo, bajó ella del auto, para comprar galletas. Cuando se había alejado, él ordenó al chófer partir. El carro voló. Desesperada, pregunté a dónde íbamos. El sonrió. Dijo:—“A buscar a un amigo que vive cerca”. Seguía el auto su carrera loca. Pronto el pueblo quedó lejos. Entonces, él habló en secreto con el chófer. Rápidamente, éste bajó y Guillermo ocupó su puesto, obligándome a ir a su lado. Puso el carro, en marcha. Me dijo: —“Le quiero Gloria!”— No supe qué contestar. El continuó:—“Hoy será usted mía”. Entonces surgió en mi cuerpo una protesta terrible: —“¡No, nunca!”—, grité. Pero él no se inmutó siquiera. Su respuesta fue: —“O usted es mía esta tarde o la llevo a Esmeraldas”—. Sorprendida: —“¿Cuándo?”— —“Hoy. He previsto todo. Escoja entre volver a Quito o ir a la montaña”—. Sentí entonces terror. Pensé en mi padre, ¡había salido sin permiso suyo! Luchamos horribilmente. Acudí al ruego, a la amenaza. Lloré. Todo fue inútil. ¡Y tenía entonces diecisiete años! Comenzó a llover. Refugiados en el auto, en medio de un aguacero violento, él atacaba, yo me defendía. ¡Hubiera querido morir o matar aquella tarde! No podría explicarte cuántas cosas

sentí. Fue como si hubiera vuelto a vivir toda mi vida. Al fin, él venció.

El relato emociona a Gloria. Me abraza, llora. No sé qué contestarle. Huyen de mí las palabras. Hacen de mí su presa reacciones espirituales contradictorias. Continúa ella con lentitud:

—Fué terrible. Aquello con lo que yo había soñado tanto, resultó ser una cosa sucia y dolorosa. Desde entonces me producen asco los hombres.

—¡Calla!, —digo besándole en la cosa—. ¡No es así el amor!

Ahora está ella recostada.

—Tengo sed,— dice.

—Voy a buscarte algo, contesto.

De la tienda, vuelvo trayendo soda.

Gloria mira fijamente las pequeñas botellas. Tiene una irase extraña:

—Has hecho bien. Eres un hombre delicado.

—¿Por qué?

—Si se te hubiera ocurrido traer cerveza, te arrojaba las botellas a la cara.

Es una broma. Sonríe. Pero ella añade muy seria:

—Todos los hombres cursis, lo primero que ofrecen a una muchacha es un vaso de cerveza.

Cambia su expresión. Dice sombría:

—El me dió cerveza aquella tarde.

Pienso en el relato de Gloria. Ella no ha podido convencerme. A pesar de las circunstancias raras que ha descrito, de su edad, es difícil que haya estado ausente el amor.

—¿No le querías un poco siquiera?,— pregunto.

—No me has creído, —contesta—. Me ví obligada a despre-

ciarte, porque ya había pertenecido a él. De todas las cosas que podían pasarme, acaso ésta era la menos grave.

Luego, en voz baja, como hablando consigo misma, añade:

—Lo "otro" hubiera sido trágico.

—¿Qué es lo "otro"?

Le sorprende mi pregunta. Adquiere una expresión sombría, como si hubiera olvidado que está conmigo.

—Nada, —replica—. No sé lo que digo.

Pero estoy intrigado. Insisto:

—Te referiste a algo concreto.

—Tenía terror. —Su voz cambia:— Era una locura, ¿sabes? Pero te ruego que no me preguntes más. Puedes no creer lo que te he dicho, dudar de mi amor para tí. Tal vez no comprendas nada, porque no sabes todo.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—¡No puedo! ¿No quieres tener un poco de piedad conmigo? Gloria rompe a llorar.



Me acerco a ella.

Le acaricio.

El deseo resucita.

Ella comprende. Dice:

—Escoge. Si quieres, soy tuya esta noche, pero no volveremos a vernos nunca. Si no, te casas conmigo.

¡Qué extraña es su actitud!

Me esfuerzo por darle explicaciones. Quiero convencerle de lo difícil que es su dilema.

Ella insiste.

Surge una larga discusión. Es una serpiente encendida que vuela de uno a otro cuerpo.

Pero lo doloroso es que mientras yo me retuerzo de fiebre, ella está cariñosa, pero fría.

La carne no le conmueve. Es suya una vigorosa frigidéz.  
... Y Gloria, al verme trastornado, ríe. Se burla de mis ansias. Le parece grotesca mi locura.

Siempre seremos payasos los hombres, cuando estamos agrarados por la zarpa de nuestro cuerpo.

¡Qué ridículo debí parecerle aquella noche!



Nos separamos diciéndonos adiós.

Pero dos días después iba a buscarla a su casa.

Volvió ella a salir conmigo.

Envenenaba nuestro amor el frío de ella.

Gloria sufría en el acto sexual. Era un sacrificio para ella entregarse a mí. ¡Y reía, reía siempre, cuando el deseo me apriionaba!

Entonces brotó en mi cerebro una tortura termenda. ¿Cuál sería la causa de su frialdad? ¿Por qué era Gloria víctima de aquella anormalidad terrible?

Este ardiente afán que tenemos los hombres de averiguarlo todo, crea dolor. Momento absurdo aquel en que se me ocurrió investigar la causa del desvío de Gloria.

La obsesión me condujo a capas de su espíritu, que no hubiera querido conocer nunca.

Cuando se presentan en el ser humano fenómenos psicológicos desconcertantes, hay que analizar la vida sexual, para llegar hasta las raíces de las reacciones oscuras. El sexo da la solución de los procesos más misteriosos del hombre.

Trágico es conocer a la verdad desnuda. Pero huir de ella, es ridículo.

Esta mañana me presentó Gloria al ser extraño del corredor del frente.

Desconfió al principio de mí. Pude insinuarme hábilmente. Entonces él estuvo amable.

Me regaló algunos números del periódico que él dirige. Se llama "La hoz". Tiene legítima filiación revolucionaria.

Desde la breve charla de esta mañana, Gonzalo me interesó. Ofrecí ir a verle por la noche.



Desde la pieza mía, el corredor me lleva al departamento de Gonzalo.

Está formado por dos cuartos. Ambos son pequeños.

En el uno se ha parado la mesa de madera tosca, que sirve de escritorio a este pensador. Hay tres sillas y dos camas.

La otra, más pequeña aún, oscura, es el dormitorio de la madre y hermanos de Gonzalo.

Son seis. Los catres de madera se agrupan difícilmente. La ropa remendada cuelga de sogas. Hay un montón de utensilios de cocina junto a la pared.

Aquí, en este diminuto departamento, viven apretadas siete personas. Falta aire, luz, sol. Muy cerca de aquí hay un palacio, que tiene numerosos salones. No sabría decirse cuál de ellos es el más lujoso. En la espléndida mansión habitan dos mujeres.

No hay lógica, no hay razón en estos fenómenos.



Gonzalo me recibe cordial.

Descansa en un sillón grande, que misericordiosamente cubre su cuerpo destrozado.

Recuerdo a José Carlos Mariátegui. ¡Que alto vuela el espíritu cuando un cerebro genial está encerrado en un cuerpo deforme!

Viste Gonzalo como un obrero. Lleva pantalón azul, hecho con tela del país. Zapatos viejos. Camisa de trabajo.

Me enseña un montón de libros. Predomina la producción rusa. Hay grandes novelas del obrero alemán, del proletario inglés. Obras de política económica y revistas de combate.

—Todo es prestado, —dice Gonzalo riendo.—¡Yo no puedo comprar un libro!

Charlamos de arte, de política. ¡Grande placer el mío al comprender que pensamos de manera igual!

—Es muy interesante su periódico, —digo.—He leído algunos números esta tarde.

—Luchamos compañero, —contesta.— Desde hoy usted será uno de los nuestros. Aquí, en esta pieza humilde, funciona una célula del partido.

Después de una pausa, añade con tristeza:

—La juventud rehuye colaborar con nosotros. Es natural. Como la mayor parte de los muchachos tienen cargos de gobierno, necesitan ser fieles a éste. Los poderosos, compañero, están ante un espléndido festín. Arrojan un hueso a la juventud para contentarla. Tascando un hueso,— el empleo,— se liquidan nuestras generaciones.

—¿Cómo sería posible unirnos?

—Es muy difícil. Mientras nosotros nos despedazamos, el enemigo está disciplinado y fuerte.

—Entonces, ¿cree usted que la revolución está lejana?

—Al contrario compañero. Está más próxima de lo que nosotros podemos suponer. Parece contradictorio, pero es así. La crisis económica producirá la revolución, con la fría lógica de los hechos. Se trata de un problema que no admite otra solución.

—Cierto, —contesto.—¿El partido es muy numeroso ahora?

—Somos aún pocos, compañero. Es muy difícil ser un verdadero luchador social. Nos falta abnegación y cultura. Pesa sobre nosotros una montaña de prejuicios morales y económicos. Amamos el confort, el egoísmo, y como estamos dispersos, nos tratan a puntapiés. Cada uno piensa sólo en si mismo y combate a los demás. Nuestra juventud es envenenada, compañero. ¡Qué ridículo es que agotemos nuestra energía devorándonos los unos a los otros! ¡Es tan fácil encontrar defectos, cuando se tiene el deseo de hallarlos! Mientras en las filas contrarias se toleran, se perdonan, nosotros somos inflexibles. No perdemos ocasión para atacar a un camarada. Si publica un libro, lo encontramos estúpido. Si da una conferencia, nos parece que se aparta de la línea política. Si organiza un grupo, le llamamos arribista. Somos inhumanos y fanáticos.

Llora un niño. Se contrae dolorosamente Gonzalo.

—¿Qué sucede?, —pregunto.

—Tiene hambre, —contesta.—Yo no ayudo a mis hermanos. Soy una carga para los míos. No puedo ganarme la vida. ¡No sabe usted lo terrible que es asistir todos los días a una cruel tragedia de hambre!

—También yo estoy sin trabajo, compañero.

—Pero usted es solo. Lo aterrador no es sentir la miseria, sino comprender que la sienten las personas a quienes se ama.

Entra una niña. La palidez estiliza su belleza.

Corre hacia Gonzalo. Le abraza. Busca en sus bolsillos.

—No hay nada, —dice él angustiosamente.

Entonces saltan diez centavos del bolsillo hasta mi mano. Voy a darle a la niña, pero tengo miedo. ¿Cómo es posible que también yo humilde a esta delicada muñeca? Mi limosna será un dolor para Gonzalo.

Me inclino y dejo sobre el suelo la moneda. ¡Ojalá la niña la encuentre!

Afuera canta la noche.

Pero en uno de los palacios cercanos se da una fiesta. Danzan a lo lejos los salones iluminados. Crean caprichos en el aire las espirales de música.

El ritmo del baile y la locura del hambre forman una armonía sola.

He aquí la madre de Gonzalo.

Es una viejecita amable y discreta.

—No molestes a tu hermano, —dice acariciando a la niña.

Se dirige a mí. Hace derroche de atención. Sufre porque no puede ofrecerme nada. Pero su bondad es para mí la ofrenda mejor.

El espíritu se purifica en la pobreza. Tiene la privación en su crueldad, el don inefable de humanizar a los corazones.

Detrás de los trajes rotos de la necesidad, se oculta la emoción creadora. Sólo el pobre comprende la abnegación, el sacrificio, el amor. Nuestros abuelos los siglos nos han enseñado cómo los grandes espíritus se forjaron en medio de la miseria.

¡Qué contraste tan violento forma la emotividad del humilde con la frialdad del poderoso! El lujo mata la espiritualidad. No hay en los salones inquietud científica ni sentido estético.

Un muñeco pasa horas ante el espejo, estudiando la manera de ponerse el frac, traje que fué elegante en el pasado, pero que es ahora ridículo. Supongamos que todos los hombres imitaran al muñeco. ¡Que asco sentiríamos de la humanidad!

Tú señorito, apareces en mi espíritu. Te veo fastidiando con tu estupidez a las muchachas. Estás atormentado por el color de la corbata que debes llevar a un té. Duermes hasta mediodía.

Tú, señorito, eres "de lo mejor de Quito". Pronto serás Secretario de una Legación. Estás destinado a servir de perrito faldero a las señoras. Algún día serás Plenipotenciario y un

montón de condecoraciones volverán grotesco tu traje de etiqueta.

Como ignoras las nociones fundamentales de la biología, dirás que tu sangre es azul. Tus hijos, —si llegas a tener alguno tuyo,— serán raquíuticos y tontos. Pero tú te creerás grande hombre, uno de esos aterradores hombres célebres, que surgen a centenares en nuestro pobre país.

¡Qué vulgar, qué inútil, qué putrefacta es tu vida, muñeco de salón! Debería avergonzarse la naturaleza de haberte creado.

El tipo internacional de señorito guapo, es la llaga más repugnante de nuestra civilización en ruinas.

tesco sombrero. Compara mis medias rotas, con las tuyas de seda. Ríe. Yo me pongo colorado.

Juan, que inesperadamente ha asumido las funciones de padre, se siente herido.

—Albertito es un gran muchacho,—dice.—A todos llama la atención su inteligencia.

Intimamente recuerdo los millones de veces que mi tío me ha llamado imbécil. Ahora miente, pero son agradables para mí sus palabras.

También Carlos sonrío cordial. Solo la vieja permanece impasible.

Gloria me tiende su manecita. No sé si debo darle yo la mía. Vacilo horriblemente. Tengo en este instante la sensación de que mi mano está sucia. Me la limpio en el pantalón y hundo los dedos en un agujero de mi ropa.

Gloria ve. Ríe. Estoy desconcertado.

Pero sucede algo peor. Al cerrar la puerta del auto, me agarro un dedo.

Grito. Quisiera llorar. Me fastidia terriblemente estar aquí, en este sitio que no me corresponde. Recuerdo el rincón de mi cuarto, donde me refugio del mundo. Allí estoy tan a gusto mío, como la rata en su agujero.

Ha partido el auto. Vamos de nuevo a la regia casa.

En el salón, Carlos hace girar un extraordinario aparato que dice se llama electrola. Me parece un milagro que este lindo mueble cante.

Gloria me mira.

Siento una emoción maravillosa.

Entran dos muchachas y un hombre.

En la presentación, oigo los nombres de ellas: Laura, Carmela.

¡Que bellas son!

No reparan en mi. Al pasar por mi lado, se sorprenden.

Un momento después, el caballero brinda cigarrillos. Dirigiéndose a mi, dice:

—Pasa el cenicero.

Me ha tomado por un paje. Me dolió la equivocación. Pero ahora pienso que era natural. Paje era yo entonces, era lógico que lo fuera. ¡Que importaba que estuviera entre mi familia, si ellos eran ricos! Los vínculos de la sangre son muy débiles cuando existen diferencias económicas.

Bailan. No comprendo cómo pueden hacer para dar tan bonitos pasos.

Giran rítmicamente unidos un hombre y una muchacha. Yo recuerdo a Lucrecia y Antonio, unidos también. El baile se parece mucho a "aquello".

Carlos se acerca a Gloria.

—Tú, ¿no bailas?,— dice.

Ella se pone roja.

—¿No te han enseñado a bailar en el colegio?,— insiste.

Y todos gritan:

—¡Qué baile!

Tímidamente, ella sale a bailar. Mueve el cuerpecito. Sus piernas juegan malabares con la música.

¡Gloria, Gloria! ¡Como pudieras volver tu vida! Ser de nuevo esa bella colegiala, que creó de la tarde un fox.



—La mesa está servida, —dice la criada.

Mis apuros llegan a su grado máximo.

Estoy ante un festín espléndido. Jamás había visto algo semejante.

Acostumbrado a comer en un rincón de mi cuarto, sobre un cajón, con una cuchara vieja, utilizando un periódico como servilleta, el té de ahora me deslumbra.

Hay sobre la mesa muchos objetos extraños que ni siquiera sé para qué sirven.

Una entrada de jamón.

Tengo mucha hambre, pero siento un miedo atroz de comer. Me da mucha vergüenza de Gloria, que me mira fijamente.

Son rudimentarios mis conocimientos sobre el manejo del tenedor. Los utilizo lo mejor que puedo.

Un perro que me mira atentamente, aumenta mi confusión.

¡Qué difícil es cortar el jamón! Voy a cogerlo con los dedos, cuando siento que por debajo de la mesa, mi tío me da un puntapié.

Ahora no puedo llorar.



Han pasado dos meses desde que me botaron de la oficina.

Veo con terror que mi pequeño capital decrece.

¡Trabajo, trabajo! Para trabajar nacimos y sólo comprenden a la vida aquellos que llevan en su sangre el instinto de la producción.

Pero en mi ciudad no hay como trabajar. Sobra energía, buena voluntad, pero faltan centros de acción.

El único que puede dar trabajo es el Estado. Aquí está la grande, la silenciosa tragedia de nuestra juventud.

Estoy solo en mi pieza.

No he visto a Gloria en todo el día.

Fluyen a la conciencia complejos subconscientes.

He caído en sopor.

Imágenes de mujeres surgen brumosas.

Veo un caprichoso remolino de senos, talles, piernas.

Adquieren las sugerencias caracteres de alucinación.

Para evadirme de esta cruel tortura salgo a la calle.

Salvaje ha brotado el hambre sexual.

Doy vueltas, vueltas, para hacerla callar.

Es inútil. Ahora solo pienso en un refugio clandestino. A pesar de mi pobreza estoy resuelto ha hacer un derroche.

Recuerdo a Fanny.



Vive en el barrio de San Juan.

Hay que trepar una cuesta difícil.

La casa es de tipo colonial. Sucia, incómoda.

Al ir a golpear la puerta, oigo un escándalo. Ruido de golpes, de botellas que se hacen trizas, de maldiciones, Habrá que esperar que la tormenta pase.

Me refugio en un zaguán cercano.



Fanny es morena.

El pálido sol del cine debió haber besado las mejillas de las morenas de Quito. Por su carne cruza el estremecimiento de una emoción transparente.

—La mesa está servida, —dice la criada.

Mis apuros llegan a su grado máximo.

Estoy ante un festín espléndido. Jamás había visto algo semejante.

Acostumbrado a comer en un rincón de mi cuarto, sobre un cajón, con una cuchara vieja, utilizando un periódico como servilleta, el té de ahora me deslumbra.

Hay sobre la mesa muchos objetos extraños que ni siquiera sé para qué sirven.

Una entrada de jamón.

Tengo mucha hambre, pero siento un miedo atroz de comer. Me da mucha vergüenza de Gloria, que me mira fijamente.

Son rudimentarios mis conocimientos sobre el manejo del tenedor. Los utilizo lo mejor que puedo.

Un perro que me mira atentamente, aumenta mi confusión.

¡Qué difícil es cortar el jamón! Voy a cogerlo con los dedos, cuando siento que por debajo de la mesa, mi tío me da un puntapié.

Ahora no puedo llorar.

Han pasado dos meses desde que me botaron de la oficina.

Veo con terror que mi pequeño capital decrece.

¡Trabajo, trabajo! Para trabajar nacimos y sólo comprenden a la vida aquellos que llevan en su sangre el instinto de la producción.

Pero en mi ciudad no hay como trabajar. Sobra energía, buena voluntad, pero faltan centros de acción.

El único que puede dar trabajo es el Estado. Aquí está la grande, la silenciosa tragedia de nuestra juventud.

Estoy solo en mi pieza.

No he visto a Gloria en todo el día.

Fluyen a la conciencia complejos subconscientes.

He caído en sopor.

Imágenes de mujeres surgen brumosas.

Veo un caprichoso remolino de senos, talles, piernas.

Adquieren las sugerencias caracteres de alucinación.

Para evadirme de esta cruel tortura salgo a la calle.

Salvaje ha brotado el hambre sexual.

Doy vueltas, vueltas, para hacerla callar.

Es inútil. Ahora solo pienso en un refugio clandestino. A pesar de mi pobreza estoy resuelto ha hacer un derroche.

Recuerdo a Fanny.

Vive en el barrio de San Juan.

Hay que trepar una cuesta difícil.

La casa es de tipo colonial. Sucia, incómoda.

Aí ir a golpear la puerta, oigo un escándalo. Ruido de golpes, de botellas que se hacen trizas, de maldiciones, Habrá que esperar que la tormenta pase.

Me refugio en un zaguán cercano.

Fanny es morena.

El pálido sol del cine debió haber besado las mejillas de las morenas de Quito. Por su carne cruza el estremecimiento de una emoción transparente.

—No tan duro, —grita Fanny— ¡Que grosero es, pero que lindo!

También el otro niño se sienta sobre la cama.

—No me dejan en paz—, dice Fanny.

Olvido donde estoy. El cuadro emotivo me produce una sensación de confianza.

—Ven a conocerlos—, exclama ella suavemente.

Y los muñecos me tienden sus manos.

Aquí esta la dueña de casa.

Es una vieja cuadrada. Huele mal. Sin duda no se bañó en toda su vida.

Tiene facciones duras. Una sonrisa burlona desgarrá suciamente su cara.

Me llama.

—¿Va a “estarse” con la Fanny?, —pregunta.

—Sí.

—Le avisaré que tengo una oculta. No es de la vida. Es una formalita que solo se está con los buenos amigos como usted. Pero, no avise esto a nadie. ¿Quiere?

—Me contento con Fanny,— respondo.

—¡Que tonto! Si le conoce se enamora. Los que le ven en la calle le van siguiendo. Recién la perdieron. Ahora está encargada donde mí. La hago en mi cuarto. Venga a verla.

—¿Quién le encargó a usted?

—¡Quien ha de ser! El que la perdió. Es casado y tiene miedo de que su mujer le haga “chivo”. Pero eso si, ¡nada menos de diez sucres!

—Ahora no tengo dinero,— contesto.

Desanimada, pregunta:

—¿Y cuánto le van a dar a la Fanny?

Muy mujer es Fanny. Su pieza es una coquetería de la tarde. Me recibe cariñosa.

—¿Qué sucedió?, —pregunto.

—Son unos imbécies, —contesta.— ¿Hasta cuándo aprenderán a ser delicados los hombres? Creen que hay que tratarla a una como a perro, porque se ha dado a la vida.

Llora. Siento en toda su crueldad el dolor de esta mujer.

—¿Por qué lo haces?

Me mira. Su mano señala la cama. En ella duermen dos niños.

—Es por ellos, —dice. ¿Cómo pudiera mantenerlos, si no fuera por lo que gano? Para mí, el único modo de hacer dinero es éste. Si no tiro, no como. Dime tú, ¿dónde podría trabajar?

—También yo busco empleo, Fanny.

—¿Tienes alguna esperanza?

—Ninguna.

—No hay como vivir. Si no fuera por los chicos, te juro que me mataría.

—Ya mejorará tu suerte. Eres joven, guapa. Serías una buena mujercita.

—¿Quién va a cargar conmigo? Cuando una se ha dado a la vida, ya no hay remedio. No queda sino joderse más.

—Ten confianza. La vida cambia.

—¡Ya he esperado mucho! ¡Siento envidia y odio de las muchachas honradas! Ellas nos miran con desprecio. ¡Pero que mérito es ser honrada, cuando se tiene padres que le dan a una todo lo necesario! Le pusiera a una de ellas en mi situación, para ver lo que le pasa. ¿No te parece así?

—Tienen razón Fanny,— contesto.

..—Si,— añade—. Para que le consideran a una, no hace falta sino tener marido. Se le pone cuernos y sin embargo una sigue siendo señora.

El menor de los niños despierta. A él se acerca Fanny y le da el seno. El chiquitín lo muerde con placer animal.

—Lo de siempre. Cinco.

—Bueno, traiga,— dice.

Coge el billete. Le entrega tres suces a la muchacha.

—Vendrá otra noche, —termina—. Todavía estará conmigo unos ocho días.

Sale. Fanny le mira con odio.

—¡Vieja puerca!, —grita—. ¡Cobra dos suces por la cama!

—¿Por qué no te sales de esta casa?

—Estoy pensando hacerlo. Pero tengo que avisar a los amigos. Todos saben que vivo aquí y si me fuera a otro barrio, no supieran donde encontrarme. Yo te avisaré cuando me cambie.

—No te olvides.

—Pierde cuidado. Hay que hacerlo con tino, porque esta vieja es bandida. Cuando una se sale, dice a todos los hombres que una está enferma, para que nadie vaya.

—¿Sigues yendo a la sanidad?

—Sí, me toca el turno todos los martes. Pero es difícil que le atiendan. ¡Hay tantas! Cada semana van más. Yo no sé de donde salen tantas mujeres. Los médicos se aburren.

—¿Alcanzan a curar a todas?

—Creo que no.

Otra vez entra la vieja.

—¿Por qué no vienen?,— dice.

—Nos quedemos aquí,— insinúa.

—¡No delante de los niños!,— contesta ansiosamente Fanny. Pasamos a otro cuarto.

Este tiene apariencia terrible. Parece el sitio donde estuviera velándose el cadáver de un asesino.

Es pequeño. Está alumbrado por una débil lámpara.

De pie, en un rincón, está la cama. Es de madera. La cubre una colcha, negra ya de suciedad. Hay una almohada a medio destripar.

Delante de la cama, colgada de una soga, está la sábana que la cubre.

Una silla tiene el encargo de recibir la ropa.

En el suelo descansa una jofaina vieja. Le acompaña la sinistra botella de permanganato. El irrigador se ahorca en un clavo.

No falta el eterno detalle de esta clase de cuartos. Sobre una repisa está la imagen de la virgen, alumbrada por una vela de cebo. La pobrecita señora se está borrando ya de tanto ver hombres, hombres...

¡Cuantos hombres habrán pasado por esta pieza! La cama podría hacernos una síntesis de humanidad.

El busgués opina "que la prostitución es necesaria, porque ella protege a nuestras madres, hijas y esposas".

Tú, Fanny, compañera a quien la miseria arrojó al vicio. Te obligaron a vender tu cuerpo, así como a nosotros nos obligan a acanallar el espíritu.

Somos los vencidos, compañera.

¿Qué puedes tú opinar del amor, si el cariño te arrojó al lodo? Nuestra juventud fue como tu pureza, compañera. Ambas están destrozadas .

Tú no puede querer. Nosotros no podemos pensar.

Se apagó la luz.

Cuando están unidos nuestros cuerpos, la vieja golpea la puerta.

—Desocúpese pronto, —grita,— ¡necesito la cama!

Hay que acabar de cualquier manera.

La vieja me espera en la puerta. Un hombre está en el corredor. Al verme, se tapa la cara.

—Venga a conocerla,— dice. Y dirigiéndose al otro, añade:—  
Pase.

La nueva pareja se hunde en el terrible cuarto.

A su dormitorio me lleva la dueña.

Hay cuatro mujeres que están tendidas con indolencia. Ríen al verme. Sus caras tienen una mueca horrenda. Están bárbaramente pintadas. Huelen a licor y a hospital.

De un rincón sale la chica "reservada". Es una niña. Debe tener apenas quince años. Después de ocho, habrá desaparecido su juventud. Será vieja a los veintidós o veinticinco años. Estará macerado su corazón y podrido su cuerpo.

La niña me sonrío. En sus labios hay profunda tristeza. Parece que sus ojos llaman desesperadamente al amor.

—Venga por ella mañana,— dice la vieja.

—Sí, ojalá pueda,— contesto.

Me despido. La noche me ofrece un cocktail húmedo.

Gloria continuaba en el colegio.

Me había dejado una huella intensa esta fina muchacha.

La creía inalcanzable. Ella estaba saturada de riqueza y yo hundido en la miseria. Era cuestión de clase.

Mi tío no lo comprendía así. Se empeñaba en que Gloria fuera mi novia.

Los domingos, en compañía de un amigo, iba a ver a las muchachas del colegio que salían de paseo por los prados vecinos.

La tarde nos daba entonces una lluvia de sol. Pletóricos de energía, nos subíamos a los árboles, huyendo de los perros que sobre nosotros lanzaban las monjas.

Para nuestra fatiga, era la hierba una alcoba de esmeralda.

Ha fugado el tiempo.

Sale Gloria del colegio. También lo he terminado yo.

Pasaba por su casa todas las tardes. Ella aparecía instantáneamente en la ventana.

Llegaron hasta mi rumores de que la fortuna de Gloria decrecía.

Se habían hipotecado las casas. El lujo estaba desapareciendo.



En la pieza, lejos de la ciudad, está Gloria conmigo.

Recordamos la primera época de nuestro amor.

—¿Cómo explicas tan extraño fenómeno?— digo

—Mi mayor prueba de cariño fué no corresponder al tuyo,—  
contesta.

—¿Es una broma?

—Te lo digo en serio. Hubieran querido que te casaras conmigo.

—¡Que alegría para mí!

—No. El matrimonio es siempre un sacrificio. Más aún para

el hombre. ¡Yo quisiera que no te cases nunca! Sería un fracaso.

—¿Lo pensabas así entonces?

—No. Hubiera querido que siempre fueras mío. ¡Acaricié tantos años esa ilusión!

—¿Por qué te opusiste a ella?

—Mi familia quiso sacrificarte. Jugar con tu vida y tu corazón. ¡Y yo no podía consentirlo nunca! Hay razón para que no comprendas, porque tú no sabes toda la verdad.

—Sí, es oscuro lo que dice. ¿Dónde estaba el sacrificio?

—Era terrible.

Surge en ella una profunda tristeza. Me abraza, me mira profundamente.

—Sí, —añade;— eras demasiado bueno para hacerte cómplice de una infamia.

Me intriga más.

—¿Cuestiones de dinero?

—Algo más grave.

—Te ruego que me lo digas.

Ella llora. Pedazos de sus entrañas se precipitan desde sus ojos en forma de lágrimas. Siento su tibieza, la trémula humedad que de ellas brota.

Se ha transfigurado Gloria. Está desnuda junto a mi y sin embargo es como si hubiera muerto mi sexo.

Gloria no es una mujer en este momento, porque adquiere los caracteres de un símbolo de dolor.

Por esta humilde pieza, perdida en un arrabal de la ciudad, en temblorosa sugerencia, desfilan envueltas en bruma, maravillosas siluetas de las mujeres que fueron apuñaladas por el amor.

Tiene el beso caracteres de sepulcro. Los labios están rígidos, helados. Es la lengua un diminuto cadáver que ha comprimido la angustia del querer.

Si pudiéramos pensar después de haber muerto, sólo entonces llegaríamos hasta la íntima esencia del amor. Si posible fuera, cuando la vida huyó, apretar en la mano nuestras entrañas más ocultas, ellas nos dirían hasta dónde sufrieron, por qué crearon tantos fantasmas en el espíritu.

Cuando, macabramente llega la agonía, nuestro yo destrozado grita al espectro del amor. Por obra suya quiere redimirse, superar a la carne, comprimir a la energía en un esfuerzo supremo.

Pero el triunfo del amor está en la muerte, porque devora para crear. Agonizando siempre, siempre triunfante, nos asesina en el momento mismo en que sus profundos secretos nos son revelados. A la nada nos arroja por haberlo conocido. Con nuestra vida pagamos el haber llegado hasta sus plantas.

Apenas un trémulo jirón de nosotros mismos, —los gameos genitales que en una ceremonia loca depositamos en el santuario del útero,— continúan viviendo en nuestros descendientes, sin que nosotros nos demos cuenta siquiera de ese palpitante retazo del yo que fue perdido.

Los hombres pasamos por la vida sin habernos conocido nunca.

Gloria llora.

Son inútiles cuantos esfuerzos hago para consolarla. Dice:

—Tanto te quiero que voy a contarte todo, a pesar de que hubiera querido que no lo sepas nunca.

Adquiere sangrienta expresión de dolor su boca. Extraña es su voz:

—No me casé contigo, porque lo impidió mi padre.

La sorpresa es en mí:

—El estaba interesado en nuestro matrimonio.

—Si, pero ponía una condición terrible.

—¿Cuál?

—Que fuera al mismo tiempo amante de él.

He sentido como si hubieran descargado un hachazo sobre mi cabeza. El terror me impide contestar.

—Te odiaba, —continúa ella—. Al principio me juraba que te asesinaría antes que consentir que me una a tí. ¿Crees que no lo hiciera al vernos ahora juntos? El impedía que saliera a verte por la tarde, cuando pasabas por casa. Después comprendió que te quería y fuí víctima de su odio feroz. ¿Quién ha dicho que los padres se sacrifican por los hijos? ¡Qué estupidez! El odio de mi padre me envenenó la vida.

—La tuya es una excepción dolorosa, Gloria. En los padres hay abnegación con frecuencia mayor.

—¡Cállate! Mi madre comprendió lo que sucedía y también se volvió mi enemiga. Figúrate que horrible situación la mía, al verme en medio de dos seres, que eran mis padres y estaban tan lejos el uno del otro. No sabría decirte cuál de los dos me inspiraba más terror. Odiaba la casa. Prefería vivir en el colegio.

Recordando, digo:

—Me sorprendió que tú permanecieras encerrada tantos años.

—El internado era mi única salvación. Ahí pasaba pobremente, comiendo mal, siempre con hambre, llevando un uniforme feo, pero no estaba perseguida por el deseo de mi padre. Repetí dos años. Quise continuar indefinidamente de interna, pero él no me dejó. Me obligaron a volver a casa.

—¡Y yo me sentí dichoso, al saber que iba a verte todos los días!

—También era mi ilusión.

Hay una pausa. Con voz opaca, continúa:

—Colocó mi cama en el dormitorio matrimonial. ¡Imagínate mi dolor y mi vergüenza, al tener que desnudarme delante de él! A veces, cuando mi madre no había sospechado aún la terrible verdad, se levantaba temprano. Entonces mi padre pa-

saba a la cama mía. Llorando me suplicaba que le entregara mi cuerpo.

Pero ya no puedo oírle más. Ha sido tan tremendo el golpe recibido en esta noche, que mi pobre carne siente como si estuviera en la agonía. Le ruego:

—¡Calla!

Ella contesta con lentitud aterradora:

—¿Tienes miedo a la verdad? Tú te empeñaste en conocerla.

—Nunca creí que fuera tan brutal.

—Como todos los hombres, tú sólo quisieras oírme cosas agradables. Ustedes son muy egoístas. Creen que la mujer sólo tiene alegrías. ¡Qué saben ustedes de nuestras torturas, de las tragedias íntimas que nos destrozan! Compréndelo bien: no somos como ustedes se imaginan.

—Nunca lo he creído,— contesto.

—Y ahora no quieres saber más de mi dolor,— añade con suave reproche.

—Bien, continúa.

—“Nadie puede quererte como yo”,— decía mi padre. Y ahí, en el dormitorio donde me había engendrado, lloraba, se retorció, implorando mi cuerpo. Parecía un tigre.

—¿Por qué no le pediste a tu madre otra habitación?

—Lo hice, pero no consintió mi padre. Cuando más sufría era en los días en que estaba enferma. La furia de mi padre crecía entonces, como si la sangre aumentara su deseo.

Tengo la sensación de que se solidifica el aire. Se vuelve difícil la respiración. Húmedos están mis ojos. Multitud de ideas ilógicas, absurdas, se dan puñetazos en mi cabeza. Todas quieren salir, cristalizarse en frases, pero es como si estuviera paralizada mi lengua.

La voz de Gloria parece que viniera de lejos:

—Al verse derrotado mi padre, optó por torturarme con el hambre. Prohibía que me dieran de comer y la cocinera, a escondidas, me alimentaba como podía. Tenía que comer en el

zaguán, en la escalera. No me daba ropa y andaba con batas remendadas y zapatos rotos. Tú, ajeno a mi dolor, pasabas por la calle de mi casa todas las tardes, sonriente, fumando un cigarrillo. ¡Si me hubieras pedido entonces que me fugara contigo! ¡Tuya, tuya, con todo mi cuerpo y alma hubiera sido! ¡No me encontrarías destrozada, triste, envejecida, como me tienes ahora!

En mi interior está gonizante la imagen de Gloria. En su sexo se ha hundido un puñal.



Calla.

Se produce en mi una reacción extraña. Es primero piedad. Este jirón trémulo, suave acaso, que puede tener color blanco, gira en el espíritu vertiginosamente. Se condensa. Va cambiando de color.

Se ha transfigurado en odio. Es furia salvaje, grito rojo, contra ese espectro siniestro del padre que asesinó nuestro querer.

También el odio tiene movimiento de rotación. Besos, sangre, lágrimas surgen de sus entrañas.

Adquiere apariencia viril y el deseo brota. Forja mi alma la quimera de que una profunda unión en esta noche ardiente, redimirá a Gloria ante mi, purificará su carne y será como si hubiera resucitado diáfananamente nuestro amor.

Y para realizar esta fantasía loca, me obsesiona el deseo de que Gloria goce conmigo. Quiero que ella comprenda que el sexo es una bienaventuranza limpia, saturada de alegría.

Desesperado, supero mi capacidad y mi fuerza, para que ella sienta el estremecimiento del querer.

Pero fracaso una vez más.

Entonces, con la rara claridad de lo inesperado, se levanta en mi espíritu una hipótesis: acaso, —pienso,— la frigidéz de

Gloria se deba a la persecución del padre. Quizá el complejo incestuoso hizo de Gloria una mujer incompleta.

Y, por paradoja, recuerdo a Matilde, la sugerente rubia que se enloquecía en las noches de amor.

Afuera está dormida la noche.

Fue para mí una sorpresa conocer a Olga.

Mi abuela la había tenido con un amigo de su esposo.

El adulterio constituye la tragedia sexual típicamente burguesa. Cuando el hombre piensa en casarse, le asalta la posibilidad de que le haga compañía en su alcoba el fantasma cornudo, y tiene miedo al matrimonio.

La aparición de Olga fué un dolor en el pretérito hogar del abuelo. Se entregó la niña a una criada vieja.

Olga es una linda chica. Tiene ojos oscuros, melena eléctrica, piernas armónicas.

De ella se ha enamorado el padre de Gloria. Por eso intima con el tío Juan, que hace en estos amores el amable papel del alcahuete.

—¡Hoy por mí, mañana por tí, qué importa!,— ha dicho Carlos.

Y el tío ríe, aprueba, se toma un trago. Acaso este borracho viejo, en sus intimidades envidia lo dichoso que es Carlos. En su carne de solterón medio impotente, culebrea el deseo al evocar el fresco vientre de Olga. Se consuela pensando que nadie sabe el parentesco que une a Olga con Carlos.

Para todos la muchacha es hija de la criada. Los pecados dejan de serlo cuando se los ignora.



Crean que estoy dormido. Lo estuve, pero el ruido de botellas me despertó.

La boca de Carlos se mueve. Está cerrada la de Olga, pero sus ojos hablan.

El imán de la pierna atrae a la mano de él.

—Mi mujer es una vieja imbécil,— dice Carlos.—No sirve para la cama. Le hicieron una operación sucia que le convirtió en medio hombre. No puede parir.

Ella está distraída. Contesta a media voz:

—Le tengo miedo.

—¿No ves lo que te quiero? Todo lo que tengo es para que gastes tú. ¿Crees que puedo hacerte algún daño? Ya se ha de morir la vieja puerca de mi mujer y entonces me casaré contigo.

La mano avanza.

—¡Linda, qué ricas piernas!

Olga mira hacia donde está el tío Juan. Tiembla.

—No te preocupes,—dice Carlos.—No oye. Está dormido, ¿no es cierto?

Como obedeciendo una orden, el tío se pone a roncar.

La violencia de la escena asciende en progresión geométrica.

Vuelvo a sentir el terror salvaje que tuve cuando vi brotar sangre del cuerpo de Lucrecia.

Con nitidez maravillosa surge en el interior mío la imagen de Gloria.

Pienso: ¿también ella será así? ¿También de su cuerpo saltará sangre?

Me imagino ver a un monstruo haciendo esa cosa oscura a Gloria, que es tan delicada, tan bonita.

El ser extraño adquiere mi cuerpo, mis facciones. Tiene los zapatos rotos que llevo yo, el mismo sombrero torcido, mi pantalón remendado, que quiere quitárselo ahora.

Carlos ha llevado a Gloria hasta un rincón. Duplica Juan su ronquido. El levanta la falda. Asoma su cabeza el grito en la ventana de la boca de Olga, pero asustado huye a la alcoba de la garganta.

También este monstruo raro que se parece a mi, sin que lo comprenda yo por qué, levanta la falda de Gloria. La niña llora. Tiende hasta mi su mano, buscando protección.

Pero el monstruo se arroja sobre ella.

Siento que me ahogo. La desesperación clava sus garas en mi. ¡Terror!

Grito.

Carlos se vuelve furioso. Tiene una terrible mirada de odio.

—¡Imbécil, canalla! ¡Afuera!

Se precipita hasta mi rincón. Me da un puntapié. Lloro.

Olga quiere defenderme. El está feroz.

Brutalmente me agarra de una oreja. Abre la puerta. Me lanza. Voy de bruces contra el corredor.

Está oscura la casa. Llorando de dolor, llego a un rincón.

Siento frío. Tengo miedo. Muerde mi estómago el hambre.

Hacen ruido los ratones. Se estrella contra mi un gato.

¡Gloria, Gloria! Te tiendo yo mi mano, para que me ayudes.

Dame un rincón para dormir en tu casa. Regálame un poco de esos pasteles ricos que das a los perros. Soy menos dichoso que ellos. La situación mía es la de un animalito al que se trata a puntapiés.

Angustia. Vértigo.

Corren los corredores. Sube el patio. Se precipitan los tejados. Vuelan los cuartos. Se dan puñetazos los pilares.

Millones de botellas ahorcan al tío Juan. Olga es un charco de sangre. El gato se saca los ojos. ¡Qué bella está Gloria! Los ratones se devoran. Carlos chillaba encerrado en la jaula de las paredes. Las puertas se revuelvan sobre los cristales.

La casa se ha vuelto loca.

Está roto mi zapato. Un maldito callo ha acelerado la aparición del agujero.

Asoma el dedo del pié. Afortunadamente un zapatero vive en el piso bajo. Iré en busca de él.

Es una pieza que sirve de taller, dormitorio y cocina.

Un cortinaje viejo divide la habitación en dos mitades. La una pública; doméstica la otra.

El zapatero está casado. Tiene cuatro hijos. El mayor no ha podido ir a la escuela porque tiene que ayudar al papá.

Son muy chiquitines los otros y no se les puede pedir que produzcan.

Cuando entro yo, la esposa dice al marido:

—Otra vez me cobró el arriendo la dueña de casa.

—¿No querrá esperar unos días?—contesta él.

—Me dijo que si no tienen para pagar, desocupen la pieza.

Parece que la discusión se prolongará indefinidamente, pero llora un niño.

Hacia él la madre va. Esta mujer está destruída, flaca, débil. De novia debió haber sido guapa, pero se ha vuelto fea. ¡Qué tremendas caricaturas sabe hacer la pobreza!

Me saco el zapato, procurando ocultar la media vieja.

—¿Qué tal el oficio?—pregunto.

—Mal, muy mal,—contesta.—No se puede ya vivir. Tengo que amanecerme trabajando y sin embargo apenas tengo para comer.

Recuerdo que muchas noches me ha quitado el sueño, el oír los golpes del martillo de este zapatero hasta la madrugada.

—Debo dos meses de arriendo,—continúa;—mis hijos visten andrajos. Ni siquiera he podido pagar la luz. Han cortado la corriente y tendré que trabajar con vela esta noche.

Es mediodía y la esposa hace cara de servir el almuerzo.

—Por mi no se preocupe,—digo;—también soy pobre.

La sinceridad que he puesto en mis palabras inspira confianza a la familia, porque el zapatero dice:

—Trae no más.

—Una mesita llena de instrumentos del oficio, se desocupa enseguida. Se pone sobre ella un periódico viejo y está improvisado el comedor.

Viene una sopa de patatas. Hay en ella coles y granos.

Dos de los chicos se pelean por coger una cuchara.

—Espera Luisito, que coma primero Jaime que es mayor que tú,—dice la madre.

Mientras almuerza, charla conmigo el zapatero.

—La vida está muy dura. Cada día más privaciones. Trabajamos como animales para que otros gocen. Vea usted. Estoy haciendo un par de zapatos de baile. Esta noche velaré hasta las cuatro de la mañana. Sentiré sueño, dolor de espalda, desesperación. ¡Y todo para que mañana se los ponga un señorito de frac, para ir a bailar en el club! Si no termino, me demandarán por incumplimiento de obra.

Ha terminado la sopa. Viene el chocolate. Una libra de harina de cebada hay sobre la mesa. En la taza de barro se produce la mezcla. Este segundo plato, de dulce, es el fuerte del almuerzo, el más nutritivo. Gozan los chicos con él.

La harina de cebada es el nervio del pueblo de Quito.

¡Qué breve ha sido el almuerzo! Con esta alimentación tan sencilla, el zapatero trabaja quince horas diarias.

Instantáneamente se derrumba el comedor. Vuelve la mesa a su actuación de auxiliadora.

El zapatero está triste.

—¿Qué tiene?,— le pregunto.

—Pienso en lo terrible que es la vida para nosotros,—con-  
testa.—Parece que no creyeran que somos hombres. Un perro  
faldero pasa mejor.

En este momento entra en la tienda un muchacho repartidor de volantes. Es una hoja que invita a los ciudadanos a agruparse para la formación de comités de defensa nacional.

El zapatero destroza con furia la hoja. Dirigiéndose a mi grita:

—¡La patria, la patria! ¡Ir al matadero a sacrificarse por intereses ajenos! Cuando haya justicia social, entonces amaremos a la patria, que será la humanidad.

Ya está remendado mi zapato.

Subo contento la escalera. Mi alegría aumentó cuando veo a Gloria en el corredor.

—Te esperaba,—dice.—Quiero que te diviertas esta noche.

—¿Dónde?

—Hoy es el santo de la vecina Rosario. Me ha dicho que vaya y que te invite.

—¡Que bien! Acompañame.

Entramos al cuarto. Ella está junto a mi. Con cálida ternura me da un beso.

Presté a Gloria el manuscrito de una novela mía. Habla de ella.

—¿Piensas publicarla?

—Lo quisiera, pero no tengo como hacerlo.

—Me ha hecho gracia tu libro,—dice.

—¿Por qué?

—Por la muchacha que en él pintas. Ya se que ella es mi antigua compañera Toya.

Recuerdo a la fina mujer, a quien los amigos llamaban confidencialmente Toya.

La conocí en un salón. Me sorprendió su rara belleza. Tuve ocasión de tratarla. Alucinado, forjé alrededor de su imagen una

novela. Candorosamente supuse que había penetrado en las intimidades del espíritu de Toya.

Pero Gloria debía despedazar mis pobres vanidades literarias y enseñarme un aspecto extraño de la vida.



—Te has equivocado al juzgar a Toya,—dice.—La presentas bella, distinguida, millonaria. Cierto que así es. Luego cuentas que ella tiene un numeroso grupo de hombres que le hacen el amor, más por su fortuna que por ella misma.

—Sí, pero Toya no quiere a ninguno.

—Su frialdad desconcierta a los hombres,—continúa Gloria.—Todos, aún los miembros de su familia tienen “recelo” de ella. El hecho de inspirar tanta desconfianza y tanto cariño, es “desagradable” para ella.

—Así me lo dijo la misma Toya,—añado disculpándome.

—No te contó toda la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Tu Toya dejó olvidado el amor en el colegio. Aquí es donde tú acertaste. No es que ella no quiera a los hombres como fruto de una lucha terrible entre si misma y el ambiente que la rodea, sino por lo otro, porque “dejó olvidado su amor en el colegio”.

Por mi espíritu cruza una ráfaga de desvío. Siento como si hubiera adivinado la verdad, pero no quiero creer que sea cierto lo que pienso.

—¿Qué sucedió con Toya en el Colegio?

—¿Está ella soltera todavía?

—Sí.

—Quién sabe si algún día se case. Si lo hace será por interés o conveniencia. Buscará un hombre muy rico, porque creo

que a fuerza de derroche la fortuna de ella anda mal. No irá al matrimonio por cariño.

—¿Por qué?

—No le interesan los hombres. ¿No te has fijado en lo fría, en lo orgullosa que es? Mira a todos como a seres inferiores.

Hay una pausa rápida. Riendo, continúa Gloria:

—Toya tiene carácter de hombre; desde el colegio fué un hombre.

—¿Entonces ella...?

—Sí, ¡qué niño eres! Todavía te sorprenden estas cosas. ¿No habías oído hablar de ellas?

—Pero no hubiera creído que Toya fuera así.

—Todo Quito lo sabe y lo ignoras tú; ¡es curioso!

Vuelve a reír. Estoy ansioso. Ruego:

—Cuéntame todo.

—¿Te interesa? Bueno, te daré gusto. Toya sólo es capaz de amar a una mujer. No puede remediarlo. Quizá en el fondo sufra, tal vez sea una tragedia para ella verse tan poco mujer, pero le es imposible modificar su naturaleza.

—¿Tuvo muchos amores en el colegio?

—Todas los tuvimos. En realidad, lo único que aprendimos ahí fué a querernos entre mujeres. Convéncete que toda muchacha que ha sido alumna de uno de nuestros internados, ha pasado por eso. Unas salen del colegio y olvidan sus aventuras, pero otras nunca pueden dejar el recuerdo de las primeras caricias que las hicieron gozar y conciben al amor en forma de una chica débil y bonita. Son frías con los hombres.

—¡Qué bárbaros son los internados!,—digo.

—Tienes razón,—contesta,—pero a los viejos y a las viejas esa educación les parece santa. ¡Pobre gente, nada sabe de la vida, a pesar de haber vivido setenta años!

—¿Era Toya apasionada?

—Loca. Hasta ahora lo es. ¿No te has fijado que anda siempre con una muchacha alta, morena?

- Si, Rebeca, soy amigo de ella.
- Es su amante actual.
- Abstraída, confiesa Gloria:
- También fué Toya enamorada mía.
- Desconcertado, pregunto:
- ¿Toya? ¿Ella amante tuya?
- Si, te hace gracia, ¿verdad? Ya sé por qué. Tu te enamoraste de ella.
- ¿Yo? No. ¿Cómo puedes suponerlo?
- No lo niegues. Una tarde me habló ella de tí.
- ¿Qué te dijo?
- ¿Para qué voy a repetirlo?
- Si no quieres, no lo digas.
- No te disgustes. En fin, eso ya pasó.
- ¿Llegaste a tener amores íntimos con Toya?
- No. Me choca porque es muy vanidosa. Quiso despreciarme, pero yo me anticipé. Además, quería a otra.
- ¿También tú?
- ¡Qué quieres! Era una obligación. Las monjas nos daban ejemplo. ¡Si tú supieras los escándalos que habían por rivalidades entre maestras y alumnas!
- Debía ser divertido aquello.
- Delicioso, pero también triste. El más grande amor de Toya fué Pepa, la hija del Ministro del Uruguay. ¿La conociste?
- Si, mucho.
- No puedes imaginarte lo que Toya le hizo sufrir. La pobre Pepa era una víctima. Toya tenía unos arranques terribles de celos, porque la madre Josefina estaba también enamorada de Pepa. Toya le pegaba a ella. Le insultaba brutalmente. Debe causarte sorpresa el saber que la muchacha refinada, culta, que conociste tú en los salones, sea en sus intimidades una celosa terrible, capaz de matar por defender su amor.

—Si, me sorprende todo lo que dices, sobre todo que haya pegado a Pepa.

—Era cruel con ella. Una vez le dió latigazos. Otra le sacó sangre de la boca. La pobrecita Pepa me inspiraba piedad. Me convertí en su protectora. Toya se hizo mi enemiga. Hasta ahora debe guardarme rencor.

—¿Es que no le quería Pepa?

—La quería apasionadamente.

—Entonces, ¿por qué se disgustaban tanto?

—Porque Toya le pidió a la muchacha una cosa extraña.

—¿Qué?

—¿No adivinas?

Me torturo por comprender, pero es inútil.

—No, —digo—. ¿Qué era?

—¿Sientes curiosidad?

—Si.

—Verás. Fue Pepa quien me lo contó. Las noches se pasaba Toya a la cama de ella. No es raro, porque todas hacíamos lo mismo con nuestras amantes. La manía de Toya era juntar los senos de ella a los de otra muchacha. Después venían otras caricias, que sólo ella sabía hacer. En este amor, Toya es una maestra. Toda su vida ha estado consagrada a él.

Una ráfaga de ensueño ilumina las facciones de Gloria. Parece que el colegio estuviera flotando en el aire y ella quisiera tomarlo en su mano. Siento una brumosa sensación de irrealidad.

Con voz ardiente, emotiva, habla Gloria. Su acento tiene la emoción de una caricia transparente.

—Una noche, —dice,— Toya estuvo locamente apasionada con Pepa. Recuerdo que la muchacha lloró cuando me lo contaba. Toya hizo que Pepa le jurara amor. Pero después se puso furiosa y dijo: —“¡Mientes, tú me olvidarás!”—. Pepa le besó en todo el cuerpo, queriéndole probar su sinceridad. Toya también lloró. Dijo: —“¡Te adoro! Si supiera que tú quie-

res a un hombre, ¡le mataría!". —"No, nunca",— contestó Pepa. Entonces Toya, continuó: —"Sólo estaré segura de tu amor, cuando me des la prueba que voy a pedirte". Y Pepa preguntó: —"¿Cuál?" Toya le dijo entre lágrimas:— "Yo no me casaré nunca, porque ya estoy casada contigo para siempre. Dame tu virginidad y yo te daré la mía, que hasta ahora la he guardado para tí. Nos amaremos siempre porque nuestro cariño estará consagrado por dolor y sangre".

Gloria calla.

No se dónde estoy. Es como si me rodearan fantasmas. Hu-ye la conciencia. Se diluye la realidad.

—¿Después?,— pregunto. Me sorprende oír mi propia voz. No la siento mía. Creo que brotó de un sepulcro y que, a la velocidad de la luz, ha venido a estrellarse contra mi boca.

—¿Después?,— repite Gloria. En un suspiro hondo estiliza su emoción. Añade con voz ahogada:—La vida de Pepa fue desde entonces un suplicio. Toya le exigía todos los días, todas las noches y ella lloraba, lloraba... Toya le llevó a pasar vacaciones en su hacienda, la que tú conoces, para lograr su deseo. Tres meses pasaron ahí.

—¿Consiguió vencer Toya?

Gloria me mira. Trágica es ahora su expresión.

—Si, contesta.

Se ha hecho una larga pausa.

Siento la necesidad entrañable de abrazar a Gloria, de besarle en los ojos y la boca. Quiero que mis caricias borren todo el horror del internado. Esta realidad, tan dolorosa y tan humana, que todos la conocen y nadie quiere decirla.

—¿Y cómo terminaron esos amores?,— pregunto.

Cuando Toya consiguió lo que quiso, dejó de interesarle Pepa. Entonces se enamoró de otra, la conquistó, hasta llegar

a lo mismo. Toya era una incansable seductora. ¡En seis años de colegio tuvo el amor de tantas!

Entonces Gloria enumera los nombres de las muchachas que fueron amantes de Toya.

Gloria me cuenta los amores de las chicas que fueron sus compañeras. Es una generación entera de Quito, la que desfila en mi espíritu.

Conozco a casi todas las muchachas de que habla Gloria. Soy amigo de muchas de ellas.

... Y es extraordinaria mi sorpresa, al saber la vida íntima de ellas, al conocer cómo se acariciaban, cuáles fueron sus amantes en el colegio.

Gloria comprende mi desconcierto. Dice:

—¿Te has asustado? La verdad produce siempre dolor, pero a pesar de que los hipócritas se escandalizan de ella, sigue siendo realidad.



Han desfilado vertiginosamente racimos de mujeres quiteñas, sorprendidas en sus más íntimos secretos.

Esta síntesis de humanidad me ha hecho daño. Siento dificultad de respirar, me duele la cabeza.

De mi tortura brota instantáneamente una ráfaga extraña que aumenta me desorientación.

Recuerdo que Gloria no siente placer con la unión sexual normal. Surge en mí una rara huella de luz.

Sugestionado por su resplandor, pregunto:

—Y tú, ¿sentías placer con esos amores?

Ella palidece. Añado:

—Dime la verdad.

En voz baja, Gloria contesta:

—Si, gozaba mucho, ¡perdóname!

Entonces, se levanta una hipótesis: el amor sáfico fue también causa del trastorno de Gloria. (Hice una conjetura análoga cuando ella me contó la persecución sexual de su padre).

Hay ahora dos factores importantísimos, que sumados, determinaron acaso la frigidez de Gloria.

También recuerdo a otras frías que fueron internas en un colegio.

De la vitrola vuela un fox. En sus espirales giran las botellas. Húmedos están los vasos. A las carreras juegan las copas.

Rosario, la santa, hunde su cuerpo relleno en un sillón.

Es el tipo de "chola" quiteña. Provocativa, guapa, debe sorber por su vientre toda la energía del amante. Será por eso que él está tan flaco.

Hay una docena de mujeres, inclusive las viejas.

Los hombres, como siempre, están en mayoría y es un triunfo conseguir pareja.

El buen humor lo reemplaza todo.

Las muchachas ríen, se menean. Los ojos de los hombres están clavados en sus piernas.



El compadre Manuel se acerca cariñoso.

—¿Por qué está triste?,— me pregunta.

No espera respuesta. Añade:

—No sea usted pendejo. Venga a bailar con la Rosa. Pero antes, péguese un trago.

La copa que me ha dado, está llena de fuerte. El insiste en que la termine. Tengo que darle gusto.

Vamos donde Rosa.

—¡Baila con este muchacho negro!,— dice el compadre. Dirigiéndose a mí:—¡Qué buena hembra es. Cuidado con enamorarla!

Ya tengo a Rosa en mis brazos. Siento el temblor de su carne. En lo mejor, me pongo colorado, porque ella me ha dado un pisotón.

—Perdone,— encarece.

Media docena de parejas bailan. Cuando están todos en lo más ferviente de la danza, calla la vitrola.

—¡Toquen una cosa de humor!, —dice el compadre Manuel—. ¡Una jota!

Y él mismo pone en ejecución su idea.

—¡Esa pieza es para el compadre, que baile!,— grita una muchacha.

Y todos repiten:

—¡Qué baile!

—¿Creen que yo me hago de rogar?,— responde Manuel y se dirige a una de las chicas.

La muchacha se ruboriza. Ruega:

—Perdone, no se bailar suelto.

Todos gritan:

—¡Qué baile!

—Ahora quiere hacerse la pretensiosa, —dice Arturo, que está al lado mío—. Yo le haré bailar.

Se acerca ella. Insiste.

Interviene la mamá de la muchacha:

—Baila Inesita.

Ella accede al fin. Saca el pañuelo del bolsillo del compadre y multiplica su cuerpo.

Los hombres nos agrupamos alrededor de la pareja.

Gritan unos:

—¡Viva el humor! ¡Ahora! ¡Con quitadas!

Inesita se emociona. Ríe. Suspira. Coquetea con todos.

El compadre se arrodilla ante ella.

—¡Bravo!

El entusiasmo es delirante.

—¡Viva la santa!

—¡Viva!

Todos aplauden.

Inesita va, viene, da media vuelta, gira, alza sus manos, levanta

ta las piernas, hace temblar los senos y menea el culo maravillosamente.

Su mamá se siente dichosa.

Estoy junto a una ardiente morena.

Se llama Concha.

Vienen a darle una copa.

—No tomo,— dice ella.

Interviene el compadre.

—¡Aquí tienen que tomar todos!, —ordena—. ¿Va usted a despreciar a la santa?

El argumento convence en apariencia a la muchacha. Toma la copa, pero ha guardado el aguardiente en su boca. Furtivamente lo arroja.

Ha visto el compadre. Grita:

—¡Pícaro; pido que se le fusile!

Y todos hacen coro:

—¡Que se le fusile!

Se agrupan alrededor de Concha.

La sientan en una silla, al centro de la sala. Le obligan a beber una gran copa.

—¿Cómo me llamo?,— pregunta el compadre.

Ella traga al fin.

—¡Que horror!, —añade;— ¡de aquí a la cama!

Todos ríen.

Una pareja se ha quedado en el rincón. El quiere tocarle las piernas.

—¡Qué bruto!, —exclama ella—. Van a vernos.

—¡Bueno, entonces anda a tu cuarto! Yo te sigo, sin que nadie lo note.

La chica se escurre. Cuando ha llegado a la puerta, pregunta una vieja:

—¿A dónde vas hijita?

—A cambiarme de bata. Estoy sudando. Vuelvo enseguida mamá.

Sale. Un minuto después, huye el galán.



El minuterero del reloj, ha girado un cuarto de hora.

La muchacha vuelve. Está colorada.

Le invito a bailar.

Tiembla.

—¿Qué tiene?,— pregunto.

—Me duele la cabeza.

Pero su cuerpo ondula. A través de su traje, siento en su vientre palpar la vida del otro sexo.

He aquí que cuando hierve el humor, surge de un agujero la rata del escándalo.

El vecino del piso bajo insulta a su mujer.

—¡Carajo, —le dice,— no soy ningún pendejo! ¡No consentiré que estés coqueteando con ese indio bestia!

El aludido quiere lanzarse como una fierra. Coge una botella el marido.

—¡Ven estúpido si eres hombre!

—¡A mí! ¡Te voy a dejar jodido!

—¡Ahora te voy a romper el hocico!

—¡Atrévete, animal!

Cuando parece que se despedazarán, intervienen los amigos.

—Evita chico, —dice uno;— este salvaje está borracho.

—¿Crees que le tengo miedo?

—No, claro, pero debes salir por respeto a la casa.

—¡Hágalo por mí!,— suplica Rosario.

—Ya ves. ¡Te lo pide la santa!

La botella sigue haciendo piruetas en el aire. Por fin, el muchacho accede a tanto ruego:

—Bueno, por ustedes.

—Sí, gracias, sea decente.

En la puerta grita él:

—No creas que te corro. Sólo me voy por dar gusto a la santa.

—Asomaste mañana, para entendernos de hombre a hombre,— contesta el otro.

—Cuando quieras.

Los amigos le empujan al corredor. El se va vociferando:

—¡Carajo, maldita sea! ¡Si no fuera por la santa!

Entonces el marido desahoga su ira:

—¡Tú tienes la culpa,—grita a la mujer,— te voy a dar una paliza!

—¡A ver, atrévete!,— contesta ella.

—¿Qué no? ¡Toma!,— y le da un puñetazo en el ojo.

—¡Bestia!,—grita ella—. ¡Cobarde, pegar a una mujer!

—¡Calla o te mato!

—¡Busca un coteja tuyo!

—Te digo que no me busques.

—¡Me da la gana!

—¡Te mato, carajo!

El borracho da un puntapié a la mujer y le tumba al suelo.

Me parece horrible el espectáculo. También yo estoy medio borracho y casi sin darme cuenta de lo que hago, salgo en defensa de ella.

—¡Usted no le pega más!,— digo.

—¡Le pegaré hasta cuando quiera!,— contesta.

—¡Se equivoca, porque voy a defenderla yo!

El otro ríe. Para provocarme da a su esposa otro puntapié.

Entonces, me lanzo. Instantáneamente, sin darle tiempo a que se defienda, le clavo un puñetazo en la cara.

El otro vacila, coge una botella y la lanza sobre mí. Logro hacer el quite. La botella se despedaza en la pared.

La mujer se levanta. Feroz se arroja sobre mí.

—¡Oiga bruto!, —grita;— ¿quién le manda a usted meterse en lo que no le importa?

—He querido defenderla,— digo desconcertado.

Pero la otra, llena de rabia, exclama:

—¡Es mi marido y puede hacer conmigo lo que le da la gana!  
¡Si usted vuelve a decirle algo, le doy un silletazo!

—¡Y yo le mato si usted le toca a él!,— dice Gloria.

—¡No, no!,— suplica la santa.

—¿Por qué se deja usted pegar?,— pregunto asombrado a ella. Bruscamente la esposa se vuelve sentimental.

—Si, que me pegue cuanto quiera, —exclama llorando—. Mientras me pegue, es porque me quiere. Cuando ya no me pegue, será porque me ha dejado de querer.

Y abrazando a su marido apasionadamente, besándole en la boca, añade:

—¡Pégame, pégame! ¡Para eso soy tuya!



—Ven conmigo,— dice Gloria.

Me saca de la sala.

Muy abrazados llegamos a mi cuarto.

Me besa en la boca.

—Hoy dormiré contigo, —añade,— aunque mañana me de una paliza la vieja de mi madre.

—¿También a tí te gustaría que te pegue yo?,— pregunto riendo.

Ella contesta con suave emoción:

—¡No que me pegues no! ¡Quisiera que me mates, para dejar de quererte!

Se quita el vestido. Queda en camisa. Semidesnuda, la siento entrañable, como si fuera mi propia vida.

Ella apaga la luz.

Abajo sigue la fiesta. Alcohol, lágrimas, risa, música y carne.

- • -

El sexo se transforma en locura.



*parte segunda*



Largo tiempo estuve de amanuense en el Ministerio de Previsión Social.

Fue una época dura, gris, pero tenía trabajo. Hoy siento al perro del hambre morder mi cuerpo.

Con la velocidad de la luz, retrocede el tiempo de mi vida.

Vertiginosamente vuelan hacia atrás las hojas del calendario.

La cortina se encoge.

En escena están ya los personajes.

Silencio.

(Se está velando el cadáver de mi juventud).

Del reloj brotan siete golpes de campana.

Pablo bosteza. Saca la mano izquierda que ha estado prisionera entre las cobijas y se rasca la cabeza.

De un lado a otro del dormitorio va Teresa, su mujer.

—¡Levántate vago!, —exclama—. Vas a llegar tarde al Ministerio.

—Hay tiempo,— contesta él tranquilamente.

Se sienta en la cama.

—¡Pásame un par de medias!,— grita.

—¿Por qué no te levantas a coger? ¿Crees que soy tu criada?

—¡Te digo que me pases!

—¡Ya no tengo vida con este hombre!

Pablo dobla la pierna.

—Trae también las tijeras.

—¿Qué más quieres?

—Nada.

—¡Por fin!

Ahora se encuentra empeñado en cortarse la uña del dedo gordo.

—Está torcida,— suspira.

Con la sábana se limpia los pies.

—¿Por qué no te lavas?,— pregunta Teresa.

—Mañana, hoy es tarde,— contesta él.

En calzoncillos hace una docena de flexiones junto a la cama.

Su mujer le mira con piedad.



Ya se ha puesto el pantalón.

—¿Dónde está el agua caliente?

—No hay. Se atrasó la cocinera.

—¡Ni siquiera eso pueden darle a uno!

—¡No molestes! ¡Lávate con agua fría!

Pablo suspira. Va al lavabo. Se enjabona manos y cara. Zambulle' su nariz en la jofaina.

—¡Que frío!, —chilla.

—No hagas bulla, va a recordarse Fina,— dice Teresa.

Pablo vuelve la cara a la cama pequeñita donde duerme su hija.

La mirada de Pablo parece la de un buey.



Está frente al espejo, la cara llena de espuma y con la máquina de afeitar prisionera de la mano.

Se raspa las mejillas. Las limpia luego con la toalla. Coquetea consigo misma ante el espejo y sonrío al ver que todavía es joven.

—Además, —piensa, —soy guapo. ¡Me querría cualquier mu-chacha si no fuera casado!

Pasa al lado suyo su mujer.

—Pero Teresa es bonita, —continúa pensando él.—¡Cualquiera sería dichoso con ella! Yo mismo lo fuí, pero ahora estoy cansado. ¡Tener que tirar millones de veces a una misma mujer!

Suspira.

No sabe qué hacer con la hoja de afeitar. Da vueltas por el cuarto.

—¿Qué buscas?, —pregunta Teresa.

—Donde guardar esto, —contesta Pablo.

—Deja sobre la mesa.

—Es peligroso. Puede lastimarse la niña.

—Entonces bótala.

—Cada hoja cuesta cinco reales.

Da otras dos vueltas y al fin se decide a colocarla sobre una repisa.

Fina despierta.

—¡Papá!

Pablo va hacia ella. Le da un beso.



La familia está en el comedor tomando el desayuno.

—Póngase la servilleta hijita, no se vaya a ensuciar.

La niña ríe.

Pablo lee el periódico. Su mirada es tranquila, pero sorprendentemente surge de ella una ráfaga de odio.

—¡Estos bandidos!

—¿Quiénes?, —pregunta asombrada su mujer.

—¡Los comunistas! —contesta Pablo.— Han lanzado una hoja contra el Ministro de Previsión. ¡Atreverse con el Ministro mío!

—¿Y a tí qué te importa?

—¿Cómo no me va a importar? ¡No seas tonta!

Piensa. La idea que brota es dicha a media voz:

—La ventaja es que le defenderán los socialistas.

—¿Al Ministro?

—¡Claro!

—¿Cómo es esto? ¡Le atacan los comunistas y le defienden los socialistas!

—¿No comprendes?

—Pero, ¿no son del mismo partido?

—¡Que han de ser! Se diferencian en . . . . .

Pablo corta la frase. No sabe cuál es la diferencia. Como no quiere darse por vencido, adquiere aire de importancia y dice con solemnidad:

—No puedo explicarte. Es muy difícil. Tendría que hablar mucho, ¡y ya es tarde!

—¡Para lo que me importa!, —replica agriamente su mujer.

- Hay que preocuparse de estas cosas, —contesta él.  
—¿Por qué?  
—Se relacionan íntimamente con los empleos.  
—Con que tú te portes bien el Ministerio . . . .  
—No basta. Es necesario meterse en política.  
—Pero, ¿te metes en política tú?  
—Si. Soy miembro del partido socialista.  
—¿Desde cuándo?  
—¿No te he contado? La otra noche di un discurso.  
Ríe su mujer. Pablo se ofende.  
—Si, —grita colérico, —ya sé que para tí no valgo nada.  
Otros son los que saben apreciar mis méritos.  
—También yo los aprecio, pero no veo la razón para que actúes en partidos.  
—¡Tú no ves nada! ¿Crees que lo hice de tonto? ¡El actual Ministro es socialista!  
Teresa está seria. Pablo sonrío triunfal.

Vive en un chalet de los alrededores de Quito.

Para no llegar tarde toma el tranvía.

Se encuentra con un amigo.

—¿Ha sabido usted que se convocará un Congreso Extraordinario por quince días?

A Pablo le parece un desastre. Pero el otro es hombre de influencia y no cabe decirle la verdad.

Llega al Ministerio en el preciso momento en que el reloj arroja ocho gritos.

Sobre la mesa del portero hay un enorme libro. En él firman los empleados y al que no ha firmado le restan del sueldo como falta. Diez minutos después el libro cierra. Se anota el número de minutos que se atrasó cada uno. El Subsecretario

rio hace después la suma de los retardos de cada empleado, para descontarle de la quincena. ¡Que asco! Es igual a lo que hacen las viejas avaras con las cocineras.

Hay una diferencia sustancial. La vieja defiende su miseria y en cambio los gobernantes luchan por los intereses del Estado.

¡Que grandes son estos hombres!

-     •     -

Pablo piensa que también él, puede llegar a ser un grande hombre.

¿Acaso no está capacitado para ser Mnistro? Otros que saben menos que él lo han sido.

Claro que él no es doctor, pero ¡qué importa! El es mejor que muchos doctores. Además, para ser Ministro no es necesario ser doctor. Si, él llegará.

Por lo pronto es Jefe de Sección. Después será Subsecretario . . . . .

Tiene bajo sus órdenes a cuatro empleados: ayudante y tres amanuenses. (Uno de éstos era yo.)

Cuando el Jefe entra, todos le saludan.

—Buenos días, señores, —contesta él con solemnidad.

Se acomoda en el sillón. Un cigarrillo salta desde la petaca hasta su boca. La caja de fósforos es una guarida de diminutos volcanes, prisionera en el chaleco.

Al frente está la mesa de trabajo del ayudante, a quien Pablo llama su "secretario".

—Señor Albornoz, ¿terminó ya el artículo?

—Esta mañana lo acabaré.

—¡Ya debía haber estado hecho!

—Ha salido largo, —añade el ayudante disculpándose.

—Es que yo debo corregirlo ahora, para que se publique mañana.

—Después de una hora estará listo.

Pablo no contesta. Se levanta. Va a un gran armario, que es el archivo de la oficina. Saca unos inmensos y sucios legajos de papelotes.

Abre las piolas.

Acomoda los papeles en orden de fechas. Una hora huye al pasado, mientras avanza esta labor.

Pablo cambia de opinión.

—No está bien, —piensa.— Todos los jefes de sección hacen así. Yo tengo que distinguirme de ellos. Mejor arreglaré los papeles según su procedencia.

Daña lo que había hecho, para ordenar “de acuerdo con su método”.

—Tengo que ingeniarme para arreglar de tal modo los papeles, que el archivo conozca solo yo. Así seré un hombre necesario, —se dice.

Su pensamiento vuela hacia el periódico:

—Mañana se publicará el artículo en primera página. Después de todo, no me cobrarán sino veinte o treinta sucres. Hablaré con el director para que no aparezca como “remitido”. ¡Y todos los empleados se quemarán de envidia! A ver, ¡que escriban ellos artículos en los diarios! No pueden.

Pablo siente un mordisco en sus entrañas.

—Tampoco los escribo yo, —se confiesa.— ¿Y si a Albornoz se le ocurriera decir a alguien que él es quien escribe mis artículos? ¡No se atreverá! Yo me porto bien con él. Le invito a pasear en auto, le doy permiso para que vaya a las clases de la Universidad. Bueno, después de todo, ¡qué carajo! Los artículos corrijo yo. Ahí pongo mi talento. ¿Qué fuera de mi si los dejara como él hace? ¡No los leería nadie! Si este pendejo de Albornoz se porta como un canalla y dice a alguien que él escribe mis artículos, ¡yo pido al Ministro que le bote!

Se cansa de molestar a los papeles.

Va a la pieza adjunta, que está bajo su dominio. En ella trabajan los amanuenses.

—Señor Jaramillo, ¿qué hace usted?

—Los oficios que me dió ayer.

—Páseme.

—Aquí los tiene.

Pablo toma un grupo de papeles. Grita:

—¡Ya le he dicho señor que no deje tanto margen! ¿No entiende usted lo que le mando?

—Señor, —contesta el empleado,— creo que no está mal así.

—Yo no discuto con mis empleados, —añade Pablo—. Usted no tiene sino que obedecer. Además, la fecha está al centro. Hay que ponerla hacia la izquierda. En este oficio, por ejemplo, la palabra "transferencia" está oscura. La puse la "n" encima de una "m". Cuando se equivoque, borre bien, de tal manera que no se note la corrección.

—Este oficio hice ayer a las seis, —replica humildemente el empleado—. Estaba muy oscura la oficina y como tengo tan mala vista...

—¡A usted nunca le falta un pretexto! ¡Todos estos oficios están mal hechos! Hay que rehacerlos.

—¡Todos de nuevo!,— exclama aterrado el amanuense.

—¡Si, todos!

—¡Son tantos!

—¡A mi que me importa! Tienen demasiado margen. Hágalos otra vez y no discuta. Lo mando yo.

El empleado calla. Se humedecen sus ojos. Una ráfaga de ira de asoma a la ventana de su cara, pero instantáneamente desaparece.

Tú amanuense de oficina, eres otra víctima de la vida. Humillaron tu dignidad de hombre. Te despreciaron, te trataron a puntapiés. Cuanto de generoso, de noble había en tí, fue desapareciendo lentamente, porque cada día pusieron una gota de veneno en tu espíritu.

Pablo va donde otro amanuense.

—¿Qué hace usted señor López?

—Termino el cuadro.

—Debía haberlo hecho ayer.

—No puede acabarlo porque tuve clase a las cinco.

—¿Por qué fue a la Universidad?

—No puedo faltar señor. Estamos cerca de exámenes.

—Usted no puede atender a las dos cosas a la vez. Tiene que decidirse entre ser empleado o ser estudiante.

—Tengo orden del Ministro para asistir a clases.

—Ya sé, pero el Ministro no conoce las necesidades de la oficina.

—Le diré así.

—Yo no le digo que vaya con chismes donde el Ministro. Soy responsable de esta sección y no puedo consentir que el trabajo esté atrasado.

—Pero si todo está al día.

—No señor, porque este cuadro debía estar terminado. Además, ¿hizo la copia de la minuta?

—Hace quince días que está hecha.

—Ya lo sé, pero le dije que hay que sacar otra copia. La primera puede perderse, puede necesitar el Subsecretario y nos quedamos sin copia. Por lo que ocurra, es mejor tener dos o tres.

—¡Es tan larga!

—¿Eso qué importa? Aquí estamos para trabajar. Soy demasiado bueno y los empleados abusan de mi.

—Yo hago todo lo que usted me manda.

—¡Siempre me está usted poniendo objeciones y no estoy dispuesto a consentir! ¿No soy el jefe? ¡Tiene que obedecerme! Y sea esta ocasión para decirle que le prohíbo terminan-

temente que vuelva usted a traer libros a la oficina. Es muy mal visto que los empleados se pongan a leer libros.

—Muy rara vez leo y cuando lo hago es porque está despachado todo.

—Cuando no tenga que hacer, avíseme. Me gustaría que en los momentos desocupados se ejercite a escribir a máquina, porque ahora lo hace despacio. ¿Qué manía es esta de leer libros? ¿Para qué le sirve a usted? ¡Tiempo perdido miserablemente!

Pausa.

—Con que ya sabe señor López, —termina Pablo,— la próxima vez que le vea leyendo libros, me veré en el caso de pedirle su renuncia.



El tercer amanuense de Pablo es un hombre de cincuenta años.

Usa bigote. Sus pantalones están lamentablemente arrugados. Los dientes se fugaron de su boca. Media docena de cabellos quedan aún en su cráneo. Lleva un saco que fue negro, es ahora verde y está adornado por una franja de grasa en el cuello.

—Señor Alvarez, —dice Pablo,— ¿hizo ya la nota para el Ministerio de Hacienda?

—Si señor, aquí está.

Pablo lee:

“En contestación a su atento oficio número 103, de 12 del actual, me es grato manifestarle que para que este Ministerio pueda informar sobre el asunto a que aquél se refiere, es necesario que el Departamento de su cargo envíe...”

La cara de Pablo se vuelve roja.

—No, esto no me gusta, —dice,— no está bien. Hay que poner “manifestar a usted” en lugar de “manifestarle”. Donde di-

ce "de su cargo", debe decir "de su digno cargo" porque el oficio está dirigido al Ministro de Hacienda.

—No he hecho sino copiar el borrador que me dió el señor Albornoz,— contesta el empleado. Tímida es su voz.

—¡Este Albornoz es un bruto! ¿Dónde está el borrador?

El viejo busca en el canasto de papeles.

—¡Cómo!, —grita Pablo irritado,— ¿lo ha perdido usted? ¡Nadie sabe trabajar en esta oficina! ¡Voy a pedir al Ministro que la reorganice!

—Señor, —contesta Alvarez,— como ya estaba hecho el oficio, no creí necesario conservar el borrador.

—¡Usted siempre cree lo que le conviene!

—Perdone usted

—¡Tengo que estarle perdonando todos los días sus estupideces!

Quiere el viejo contestar, pero las palabras se despedazan en sus labios.

Pablo continúa:

—¿Y el otro oficio, el del Ministerio de Obras Públicas?

—Ya le dí al portero para que vaya a dejarlo. Aquí está la copia.

Pablo lee:

"Me es grato acusar recibo de su atenta nota..."

—Está bien,— dice.

Pero ha visto algo que le sulfura.

—¡No, no puede ser!, —grita—. ¿Qué es esto? ¿Qué?

Sus dedos raspan el papel.

—¡Esta mal hecho!

—¿Por qué?

—¡El número, el número! Aquí dice "818" y este oficio debe ser "819". El 818 hizo el secretario ayer.

—Yo no sabía,— contesta Alvarez.

—¡Qué brutalidad! ¿No tiene boca para preguntar cuál es

el último número? ¡Ha ido el oficio al Ministerio con número distinto! ¡Este es una falta gravísima!

Pablo sufre. Su cara es la de un potro al que le hubieran clavado profundamente las espuelas.

Obsesionado repite:

—¡El número, el número!

El incidente adquiere en su espíritu proporciones de tragedia. Es como si la ciudad entera se derrumbara por el hecho monstruoso de haberse escrito "818" en lugar de "819".

—Y ahora, ¿qué hago?,— se pregunta Pablo anonadado.

Lleva su mano a la frente en busca de la idea genial.

El sudor le humedece las sienas. Se le hace difícil respirar.

Por fin su cerebro encuentra la solución.

—¡Váyase enseguida al Ministerio de Obras Públicas! Puede ser que el Ministro no lo haya visto aún. Reclame el oficio y tráigalo para cambiar el número.

—¿No sería mejor corregirlo en una de las máquinas de allá?

—¡Otra estupidez! —exclama agriamente Pablo;— el número tiene que ir en el mismo tipo de máquina. ¡Un oficio escrito con dos tipos de letra! ¡No faltaba más!

—Las máquinas que tienen en el Ministerio de Obras Públicas son iguales a las nuestras.

—¡Haga lo que le mando, carajo!

•

Alvarez, aterrado, coge su sombrero.

—No vaya a ensuciar la copia,—dice Pablo y grandiosamente vuelve a su escritorio.

Suspira Alvarez. Baja de prisa las escaleras.

En su espíritu de perro viejo, surge la imagen de su hogar, perdido en un arrabal de Quito.

Le invade una inmensa pena.

—¡Vida puerca,—piensa,—no poder mandarle al cuerno a ese pendejo!

Para consolarse entra a la tienda de la esquina. Pide una copa doble de aguardiente. La bebe lentamente, saboreándola, exprimiendo el cristal hasta la última gota.

Se esboza en sus labios una sonrisa dichosa.

Sale. Camina rápidamente.

Al voltear una esquina se topa con una bella muchacha. ¡Cómo quisiera ser su amigo para saludarle!

Pero ella le mira con piedad primero y después con burla.

Alvarez se detiene un momento. Ve alejarse el cuerpo maravilloso. La cintura ondula armónica.

El siente que se levanta la arruga del ángulo de su pantalón.

—Soy un hombre,—piensa,—pero es lo mismo que si no lo fuera. Las lindas muchachas no quieren a los amanuenses.

Le muerde la pena.

Vuelve a arrugarse el ángulo de su pantalón.

Llega Alvarez al Ministerio de Obras Públicas.

En el corredor principal hay un montón de gente.

La masa absurda que se reúne allí, presenta los ejemplares más contradictorios de la especie humana.

Hay muchachas bonitas, que antes de venir arrancaron sus entrañas al espejo.

Hombres mal vestidos, en cuya expresión el hambre dejó una caricatura de tragedia.

Indios demacrados que torturan su garganta para crear un ilógico vocabulario castellano.

Viejas extrañas que vienen a rogar por sus hijos. No tienen pan y su dolor, acuchillado por las arrugas, tiene una manifestación grotesca.

En la puerta del despacho ministerial el portero, como un tigre, insulta a todos prohibiéndoles la entrada.

Muchachas, hombres, viejas, ruegan al portero. Este contesta en tono feroz:

—El Ministro no ha venido todavía, ¿no entienden?—Y dirigiéndose a un bicho equívoco que está junto a él, añade:—¡Qué gente más jodida!

Alvarez se acerca a un empleado:

—Soy amanuense del Ministerio de Previsión Social,—dice.—Vengo a cambiar un número que está equivocado.

El otro le mira apenas.

—Vamos a averiguar,—contesta.

Le lleva donde un jefe de sección, pero éste nada sabe del maldito oficio. Luego donde otro, que enterado de lo que ocurre, ríe:

—¿Que el número está cambiado? ¡Qué disparate!

—Pero el jefe me ha ordenado que traiga el oficio,—explica Alvarez.—Si no lo llevo me multará.

—Pregunte quien lo ha cogido,—replica el empleado.

Alvarez, acompañado de un sujeto, recorre todo el Ministerio. Pregunta a unos, a otros, pero nadie sabe una palabra.

Por fin llegan donde un pobre empleadillo que es en este Ministerio lo que Alvarez en el de Previsión. Viejo, amargado, vencido como Alvarez.

Cuando le interrogan el hombre se turba, colorea y dice tartamudeando:

—El portero me entregó ayer varios oficios del Ministerio de Previsión.

—¿Dónde están?

—En el archivo,—contesta el viejo.

—¡Ahí debe estar el mío!,— grita angustiosamente Alvarez.

—Vuelven de nuevo a cruzar todo el Ministerio, hasta in-crustarse en el archivo.

Buscan, buscan. Ahí está el oficio, con su cara burlona, sucia, maldita.

Alvarez se arroja encima de él. Lo dobla con triste cuidado.

—Gracias, señores, gracias,—exclama.

Se despide. Al llegar al corredor, hay movimiento entre la masa humana que espera.

Ansiosas están las caras. Tiemblan brazos y piernas. Se yer-guen los senos.

Las viejas quisieran arrodillarse; los hombres inclinar hasta el suelo la frente; las muchachas abrir sus piernas.

Es que llega su excelencia el señor Ministro.

El Ministro tiene apariencia de tonto. Huele a agua de colonia. Su cara, acabada de afeitarse, está saturada de polvo de arroz. Al andar, menean las caderas y forja columpios en el aire con el bastón.

Pasa como un emperador entre la multitud. Tiene en su mirada desprecio para todos.

Las caras se clavan anhelantes en él. Quisieran los ojos absor-verlo, las bocas devorarlo, las manos oprimir su carne furio-samente.

Para este fragmento de humanidad hambrienta, el Ministro

es símbolo de redención. El es quien puede dar trabajo, alegría al hogar, pan a los niños que en casa lloran de miseria.

El es el amo. El tiene en sus manos el poder, la riqueza. ¡Qué importa que el cerebro del Ministro esté vacío de ideas, si sus bolsillos están llenos de cheques, si una orden suya, una firma de sus manos, basta para sacar de apuros a una familia, para solucionar el tremendo problema de la vida!

Pero el Ministro pasa indolente, frío. Le fastidia que tanta gente oscura quiera molestarle. A él sólo le gusta tratar con diplomáticos, socios del "Club Pichincha" y damas de "Quito Tennis Club". Con gente distinguida igual a él.

Mas he aquí que sonrío la noble boca del señor Ministro. Entre la multitud ha visto una bonita cara de mujer. Al pasar, le hace un guiño.

Ella sonrío dichosa. Quisiera enviar en esta sonrisa cuanto es y cuanto tiene al Ministro. Quisiera mandarle sus besos ardientes, los senos inflados de leche, su sexo repleto de estremecimientos, la paleta armónica de sus piernas.

Las arrugas del rostro de Alvarez tiemblan estúpidamente ante el espectáculo. Piensa que él puede verse en la misma situación, si al otro amo, su Ministro, se le ocurre botarle cualquier día.

El portero se insinúa con Alvarez, porque su olfato de zorro le ha revelado que él no viene a "palanquear".

—Ya no puedo con esta gente,— dice.

—Sí,—contesta Alvarez,— a usted deben importunarle mucho.

—No se imagina usted,—añade el portero—. Molestan todo el día. Y la súplica es siempre la misma. Todos quieren empleo.

—Tienen razón,—replica Alvarez,— ¡se mueren de hambre!

El portero se pone furioso:

—¿Cómo van a tener razón? ¡No sea usted zoquete! ¿De dónde va a sacar el Ministro empleo para tanto desgraciado? Ya hemos colocado un aviso. Mire usted.

En la pared está pegada una hoja impresa. Dicen sus grandes caracteres:

“No hay vacantes;  
y, por lo tanto, se encarece que en las audiencias del señor Ministro no se trate del particular.

El Subsecretario”.

—Otro igual hay en el Ministerio,— dice Alvarez.

—Pero no da ningún resultado,—añade el portero,— la gente no se convence. ¡Figúrese usted que han venido algunos sinvergüenzas a palanquearle al Ministro mi empleo! ¡Si vuelvo a sorprender a un canalla de esos, le doy una paliza!

En este momento suena un timbre.

El portero se asusta. Corre hacia el despacho del Ministro, sin despedirse siquiera.

Resignadamente, Alvarez sale. Toma el camino de su oficina, El pobrecito es un caballo que vuelve a la pesebrera.



Ante su escritorio, el Ministro es un personaje tan alto, que inspira pavor.

Ha desaparecido en él ese aire femenino que tuvo al entrar. Majestuoso, está más ridículo.

El portero, turbado, aguarda órdenes.

—Haga pasar a la muchacha que usted conoce, ¡pronto!,— grita el Ministro agriamente.

Sale el portero. Dice:

—Señorita Lucrecia, le llama el señor Ministro.

Instantáneamente, la muchacha se arregla ante un diminuto espejo. Entra.

—Buenos días, señor Ministro.

—Ya le he dicho que no me trate como a Ministro. Dígame Manuel. ¿No somos amigos?

—Gracias,— contesta la chica.

—Venga linda, siéntese.

—Señor Ministro, digo, Manuel, vengo por lo que usted me ofreció.

—¡Ah, el empleo! Si. Verá usted. Tengo la mejor voluntad de servirle, pero debe esperar un poco.

—¿Por qué no bota usted a esa vieja?

—¿Quiere que le hable con franqueza?

—Si, naturalmente.

—Pues bien. Yo le complazco a usted y usted me da gusto a mi.

—¿Y si llega a saber su señora?

—No se preocupe. Mi mujer es una imbécil. Aunque supiera, ¿qué importa? ¡Yo hago lo que me da la gana!

—Si Manuel; para uso es usted tan seductor, tan guapo, tan inteligente.

—Amabilidad de usted, linda. Bueno. Esta noche voy a su casa. Si se porta bien conmigo, mañana tendrá el nombramiento.

—¡Que bueno es usted!

—¿Voy esta noche?

—Si.

—A las nueve. ¿Quiere darme un beso?

—No, ¿aquí? Pueden vernos.

—Pierda cuidado. Nadie ve ni oye nada.

La boca de la muchacha se ofrece fresca, madura.

Es una fruta temblorosa.

Se abre la jaula del tiempo y estalla el vuelo de los pájaros de los días.

La naturaleza se transforma. Desfilan mosaicos de emociones en la pantalla sonora del espíritu. El amor se disfraza de ingenuo en la mañana, cuelga su cuerpo en el columpio del mediodía y por la noche adopta la entrañable estilización de Carles Chaplin.

Pero la vida de oficina sigue siempre igual.

Pablo llega a su casa excitado.

A grandes pasos hace desfilar la alfombra de la sala.

—¿Qué te pasa?,— pregunta Teresa.

—¡Algo terrible!,— responde Pablo.

—¿Me lo dirás?

—Si, luego.

Y sigue andando. Los suspiros se atropellan en su boca. No puede contenerse y grita:

—¡Carajo, maldita sea!

Teresa insinúa:

—Está listo el almuerzo.

—Ni ganas tengo de comer,— contesta Pablo.

Se dirige, sin embargo, al comedor.

Ante la mesa, Teresa insiste:

—Bueno, dilo de una vez.

Pablo respira con dificultad. Hace una mueca grotesca de dolor.

—¡Figúrate, —dice,— que el Gobierno ha aceptado la renuncia del Ministro!

—¿Eso es todo?,— pregunta con asombro Teresa.

Pablo estalla:

—¿Te parece poco?

—No hay razón para desesperarse.

—¡Que indolencia! Es buena. Dos años he pasado conquistando al Ministro, haciéndole comprender la fuerza de mi talento, congraciándome con él, gastando dinero,— ya ves, el regalo

que le hicimos en su cumpleaños costó cincuenta sucres, fuera de las invitaciones que le hemos hecho,— y cuando lo tenía en el bolsillo, viene esta infernal renuncia. ¡Todo perdido, todo!

—Pero supongo, —contesta Teresa,— que no te botará el nuevo Ministro.

—Tú ves las cosas superficialmente. Este asunto es muy complicado. Tiene una serie de aspectos a los cuales no das importancia.

—¿Cuáles?

—El nuevo Ministro va a ser Cornelio Andrade. Este hombre no me conoce. Suponiendo que me sostenga en el cargo, para él seré uno de tantos empleados, no el predilecto, la cabeza del Ministerio, como he sido hasta ahora. ¡Esto es terrible!

—Andrade se dará pronto cuenta de quién eres tú.

—Es difícil. Tú sabes que los otros jefes de sección me tienen envidia, porque soy el mejor de ellos. Irán donde el Ministro con chismes contra mí. Se acabó eso de mandarme a llamar el Ministro para consultarme los asuntos más importantes, que era lo que les hacía morderse de rabia a mis compañeros.

—Bueno, hay que conformarse.

—Decirlo es fácil. Tú que pasas metida en casa, no sabes lo duro que es perder una situación conquistada con tanta dificultad.

—No te amargues, todo se arreglará.

—Es que todavía no te he dicho lo más grave.

—¿Qué?

—Tú sabes que el antiguo Ministro era socialista. Y como él pertenecía a ese maldito partido, también ingresé yo. He pagado mis cuotas puntualmente y mi nombre consta en primera línea entre los afiliados. Ahora, el nuevo Ministro es liberal, odia el socialismo, ¡figúrate lo que será de mí, cuando él sepa que pertenezco al partido!

—¡Tienes que separarte enseguida del socialismo!

—Ya había pensado en eso, pero no basta. Tengo que hacer

algo para congraciarme con el Ministro. Debo convencerle de que no soy socialista.

Pablo queda absorto. Toma una cuchara de sopa. Al llevarla a la boca, se riega el contenido.

Coge un trozo de pan. Lo está masticando . . . . Inesperadamente, grita:

—¡Ay!

—¿Qué fué?

—¡Esta maldita muela careada!

—Hazte sacar.

—Si, si; pero, ¿qué hago con el Ministro? Piensa, dame una luz.

Brota la pausa.

Ha brillado la mirada de Teresa. Exclama con entusiasmo:

—Verás. No vuelvas a hablar de socialismo, ni regreses al local del partido.

—Bueno, ¿qué más?

—Espera. Procura ingresar al partido liberal y ojalá consigas que te hagan siquiera vocal suplente.

—Muy bien. Y si alguien me pregunta, yo digo que soy "liberal-radical-socialista", ¿qué te parece?

—Si. Apenas le nombren, tú vas a casa del nuevo Ministro a ofrecerle tus servicios.

—Todo está bien, pero no es suficiente.

—Aguarda. Aquí viene lo bueno. En la primera oportunidad, le invitas al Ministro a un té, aquí en casa. ¡Verás que linda fiesta le damos!

—¡Gran idea, carajo! ¡Así me gusta que me ayudes, que te preocupes por mi suerte!

—Yo me encargo del agasajo. Invitaremos a un grupo de muchachas bonitas. ¿Será soltero el nuevo Ministro?

—No, es casado.

—Bueno, no importa. Procura invitarle sólo a él, no a la señora.

- De eso no te preocupes. El vendrá solo.
- La otra semana podemos hacer la fiesta.
- Si, el sábado, ¿no te parece?
- Claro, así podremos pasarnos hasta el amanecer. Pero tal vez sería demasiado pronto.
- ¿Por qué?
- Porque tal vez nombre otro Subsecretario y también habría que invitarle. Así conquistaríamos a los dos de golpe.
- No, —contesta Teresa,— mejor es que esta fiesta sea sólo para el Ministro. Sentirá mayor halago. Después prepararemos un té más sencillo para el Subsecretario y también quedará encantado al ver que la fiesta es sólo para él.
- Tienes razón.
- ¡Figúrate la envidia que van a tener las vecinas, cuando vean que un Ministro viene a bailar en nuestra casa!
- Si, ¡hay que comenzar ahora mismo los preparativos!
- De eso me ocuparé yo.
- Pero, ¿de dónde vas a sacar la plata?
- ¿No tienes tú ciento veinte sucres guardados en la cómoda?
- Hija, es para hacerme un vestido.
- Te lo harás después. Tienes suficiente ropa.
- Bueno. Habrá que hacer un sacrificio. Pero ciento veinte sucres no nos alcanza.
- Ya llega la quincena. De ahí tomaremos el resto.
- ¿Y los gastos de casa?
- ¡Caray! Creo que lo más práctico es que saques dinero de la Caja de Pensiones.
- Si, tal vez sea lo mejor. Hoy haré la solicitud.
- Pablo tiene una ráfaga de tristeza, pero reacciona enseguida. Ahora está alegre.
- Si, —dice,— conquistaré al nuevo Ministro. ¡Me siento con fuerzas para arremeter contra todos los Ministros del mundo! Después de todo, la vida es lucha, ¿no te parece?

—¡Claro!

—¡A luchar y estoy seguro de que venceré!

Va Pablo a la oficina.

Se apresura, porque sólo faltan diez minutos para las dos y en esta época crítica hay que ser puntual.

Mientras camina, piensa:

—¡Un baile al Ministro!... Mi mujer es inteligente. Bueno, no faltaría más que no lo fuera, teniéndome a su lado.... Pero, ¡cuánto me gusta la criada de la hermana de mi mujer! Debo "entrarla". Seguro que me corresponde. ¡Hay que ver como saluda conmigo!... ¡Carajo, tengo que hacerme sacar esta maldita muela!... ¡Qué piernas más buenas tiene la criada!... Si el Ministro me llega a querer, le palanquearé para que en la proforma de presupuesto para el otro año, me suba el sueldo. ¿Cómo voy a ganar yo lo mismo que los cojudos de mis compañeros? ¡Es una injusticia!... Esta noche, en cualquier pretexto, saldré de casa, para ir a ver si asoma la criada... Si la pesco le enamoro, de no me voy al cine... ¡Es una estupidez eso de pasarse las noches en la casa, amarrado a la pata de la cama, oyendo discos de vitrola!

Cuando Pablo está abstraído en sus meditaciones, oye una voz que le llama.

Se sobresalta. Improvisa una media vuelta.

—No olvide usted, —le dice la voz—. Esta noche hay sesión.

Pablo se desconcierta:

—¿De qué se tratará?

—De la actitud que debe tomar el partido socialista ante la renuncia del Ministro.

—Si, pero él es quien ha querido separarse del Gobierno.

—No, le han obligado a caer. Hay que defenderlo.

Pablo siente angustia. ¿Es posible que esos imbéciles quieran complicarle a él? ¿Y si el nuevo Ministro se disgusta al saber que él defiende a su antecesor? ¡No, nunca!

Su interlocutor, insiste:

—No falte usted.

Pablo quisiera darle un garrotazo. Contesta:

—Si, iré.

Cuando el otro se aleja, Pablo le mira con odio:

—¡Carajo, hijo de perra!,— mastica a media voz.

Pero se serena. Sigue camino de la oficina.

Se le ocurre:

—¡Si en lugar de esta maldita sesión, pudiera dormir con la criada de mi cuñada esta noche! Debe oler a cebolla. ¡Qué rico!

Ha temblado su carne.

Saltan de la torre seis gritos de campana.

Alvarez se levanta del escritorio. Limpia la pluma en la manga del saco. Se suena las narices. Tapa el tintero. Arregla un montón de papeles.

Con el mismo pañuelo con que se sonó, sacude el polvo de los zapatos. Se rasca la nariz.

Amorosamente acaricia la vejez de su sombrero. Va al trono burocrático de Pablo:

—Hasta mañana señor.

—Hasta mañana, —contesta el jefe con voz de patrón—. Venga temprano para que copie los acuerdos.

Alvarez cruza al corredor. Trepieza distraídamente con alguien. Se vuelve. ¡Es el Subsecretario!

Se queda temblando:

—Perdone señor,— ruega humildemente.

El otro le mira con desdén.

Alvarez vive lejos. Para llegar a su casa, tiene que cruzar la ciudad.



Su mujer sale a recibirle al corredor.

—Vienes a tiempo,— dice.

—¿Qué quieres?

—Dame cinco sucses.

—No tengo.

—¡Cómo! ¿No tenías diez? ¿Qué has hecho?

—Los he gastado, hija.

—¡Qué bruto eres! ¿Con qué pago ahora a éste?

Alvarez mira. Un hombre está implacablemente apoyado en un pilar.

Es el dueño de la tienda.

—Tiene que esperar hasta la quincena,— dice la mujer.

—¡A cada rato me hace venir en vano!,— contesta el tendero. Y se va lanzando una maldición.

Alvarez tiene media docena de hijos.

La mayor es Lola. Tiene bonito cuerpo y una boca de tentación.

A las ocho de la noche viene a silbarle el hijo del peluquero, que ha entrado al colegio y es chico de porvenir.

Antes subía a la pequeña sala de Alvarez. Pero los hermanos menores vigilaban constantemente a la pareja. No había ni como darse un beso.

El mozo acabó por aburrirse. Dijo a la chica:

—Oíte, yo no vengo a enamorar a tu madre, ni a tu papá, ni a tus hermanos.

—¿Qué culpa tengo yo de que no nos dejen en paz?

—Tenemos que vernos a solas.

—¿Dónde?

—En el poyo.

A la vuelta de la casa, en el callejón, estaba el sitio adecuado.

Lola pone objeciones. El galán le amenaza:

—O me das gusto en lo que te pido, o se acaba todo entre nosotros.

Ella tiene que resignarse.

Ahí, en el callejón oscuro, torturan los dos a su carne. Los ven los perros y ladran de envidia.

Las miradas de la gente, que de vez en cuando pasa, y el recelo de la chica que no se resigna a entregarse completamente, pensando en su porvenir, hacen que el gozo sea incompleto, angustioso.

Mientras Lola juega con su sexo en la calle, Alvarez entretiene a los chiquitines, les oye llorar. Limpia sus suciedades con trapos, así como en el Ministerio limpia con la goma los borrones de las notas oficiales.

Hace su mujer de generala. Pega a un chico. Manda a otro a comprar pan para el desayuno.

Lola debió haber guardado la ropa interior. Hay que plancharla ahora.

—¿Dónde está Lola?,— pregunta la esposa.

—No sé,— contesta Alvarez.

—¡Tú nunca sabes nada!,— responde ella colérica.

Sale en busca de la muchacha:

—¡Lola, Lola!

En el poyo, ella dice asustada:

—¡Me llama mamá!

Es el preciso momento en que avanza la mano de él.

—¡Maldita sea!,— grita furioso.

Lola se escapa. Arde en su cuerpo un fuego extraño.

La madre está feroz.

—Sinvergüenza, ¿dónde estuviste? ¡Contesta!

Ella no responde.

—¡Tienes vocación para vagabunda!

La muchacha llora:

—¡Todas las noches verse con ese mozo! Si te quiere, ¿por qué no se casa contigo? ¡Te va a perder!

Alvarez es bueno. En medio de la pequeñez de su espíritu, acaso comprende lo que cruza por el cuerpo de su hija.

Lola se refugia donde él. Lola quiere que se diluya con las caricias del padre, el fuego que en ella han dejado las maniobras del amante.

Y se arroja en sus brazos.

Llorando, pregunta Lola:

—Dime papá, ¿por qué me prohíben amar? Dime, ¿dónde puedo encontrar trabajo, para ganarme la vida, ser libre, hacer lo que me de la gana? ¿Por qué no podemos trabajar las mujeres? El dice que no se casa por falta de dinero. ¡Y yo le quiero, le quiero papá!

Alvarez, aturdido, no sabe qué contestar. También él quisiera que haya trabajo, no sólo para su hija, sino para todos los que no lo tienen.

Compañera Lola: tu dolor de animal que ama, elevó tu espíritu y ha purificado tu cuerpo.

Para el sábado señaló Teresa la fiesta en honor del Ministro. La casa está transfigurada. El tocador se transformó en pequeña sala, para ayudar al salón.

El comedor está recién bañado. Tiene la cocina aspecto de ama de llaves.

Han sido invitadas a la fiesta las Pérez, que son el lujo del barrio; las Salazar, que tienen talle de tentación, y otras lindas muchachas.

Todas irán con sus enamorados, para que no falten parejas. Pablo está orgulloso de su situación social.



El Ministro llega a las siete de la noche.

Pablo lo recibe al bajar del auto.

En el zaguán, le dice:

—Me siento orgulloso de tenerle en mi casa, señor Ministro. Teresa es toda amabilidad en la escalera.

Comienza a girar la ruleta del fox.

Teresa se insinúa y el Ministro le saca a bailar. ¡Qué gusto da ser la pareja de un hombre ilustre!

Lo sorprendente es que el Ministro es galante. Su mano ondulada en la espalda de Teresa.

—¡Qué bella es usted señora!,— le dice.

Ella, confundida, no sabe qué contestar. El continúa:

—Siento envidia de mi amigo Pablo.

Las parejas exprimen racimos de amor.

Hay declaraciones, mimos, besos.

A media noche, el Ministro, plenamente borracho, hace el amor a Teresa.

Pablo comprende. Lo había sospechado ya, pero se sugestionó para dejar de convencerse.

—¡Carajo, —se dice,— el Ministro está enamorando a mi mujer! ¿Qué hago?

Pero hay que callar. Afortunadamente, confía en Teresa. Siempre le fue fiel. Es una verdadera dama.

Se consuela:

—No importa que coquetea ahora con el Ministro. El incidente no tendrá consecuencias.

¡Qué provocativa está Teresa! Desde mucho tiempo atrás, no la vió Pablo tan guapa.

Pero entre las Pérez, hay una que le quita el juicio. ¡Qué lástima ser casado! ¡Si pudiera él dormir esta noche con las dos, la una a un lado, al otro lado la otra!

Pablo es un animalito que sufre, al vez imposibles de realizar sus deseos.

Ve a la Pérez con su novio, a Teresa con el Ministro. Siente angustia. Para consolarse va a la cantina y se toma una serie de copas.

Cerca de la madrugada termina la fiesta.

(Pablo fue a un rincón secreto. Arrojó gran parte de lo que había comido y bebido. Casi está en juicio).

Se ve a solas con su mujer.

¡Qué extraño! Ahora que está frente a ella, que puede hacerla suya en cualquier momento, ya no le parece tan provocativa como cuando coqueteaba con el Ministro.

La fiesta ha dejado estrujada a Teresa. O bien las copas hicieron que él la viera tan buena hembra.

La imagen de la Pérez es la que adquiere enérgico relieve en el interior de Pablo. La ve destilando voluptuosidad, lanzando al capricho las piernas en el charleston, oprimiendo el cocktail entre sus labios, meneando enloquecedoramente las nalgas.

El deseo sexual que ha brotado brutalmente en él, tiene que satisfacerlo con alguien. Pero la única que puede complacerle es Teresa, su mujer, la de siempre. Después de todo, hay que conformarse.

Se sugestiona. Teresa es también joven. Tiene unas piernas bonitas y son frescas sus caderas. A pesar del parto, no se ha fruncido mucho su vientre.

Pablo abraza a Teresa. Quiere besarla. Le insinúa ir juntos al dormitorio.

Pero ella se resiste.

—No, ahora no,— dice.

—¿Por qué?

—Estoy muy cansada.

—No importa. Sólo un rato.

Insiste él. Ella no accede.

... Y basta que Teresa no quiera, para que Pablo la vea de nuevo guapa, como la vió cuando estaba con el Ministro.

Una ráfaga de ira cruza por el espíritu de él. Siente una picazón extraña, que desde el sexo sube al cerebro y de ahí baja al corazón. Deben ser celos.

—¿Te ha gustado mucho el Ministro?— pregunta sarcásticamente.

—¡No seas tonto!,— contesta fastidiada Teresa.

—Entonces, ¿por qué no quieres?

—No tengo ganas.

—¡Pero yo sí las tengo!

—¿Qué me importa?

—¡Tú eres mi mujer!

—Si, pero una no va a estar lista, siempre que el hombre quiera.

—Vamos, no seas mala.

—¡Te digo que no ahora!

Es imperiosa la voz de Teresa. Pablo ruega. En este momento la desea fuerte, caprichosamente, como si fuera la primera vez. No la cambiaría con la Pérez.

Se humilla, suplica. Teresa se sofoca:

—¡No seas fastidioso!,— grita.

—¡Carajo, tienes que obedecerme!,— contesta Pablo fuera de si.

—¡No soy tu criada!

Teresa se levanta. Va al tocador. Cierra con llave la puerta. Cerca está la cama de ella.

Pablo se queda de pie tras de la puerta, colérico, lleno de despecho.

—¡Es buena!, —piensa—. Uno trabaja, sufre, se vuelve esbirro para dar todo lo necesario a una mujer y cuando se tiene ganas, ella no quiere. ¡Qué caro cuesta esta pendejada del matrimonio! ¡Si no fuera por mi hijita, le mando sacando esta noche! Porque todo es mío, ¡yo estoy en mi casa!

Masticando rabia va a su dormitorio. ¡Qué sugestivos le parecen ahora los años de su juventud, cuando él era soltero y podía enamorarse de cualquier chica! Muchas mujeres hubieran sido suyas. Le faltó audacia.

Fue tímido en el amor. No pudo nunca remediarlo. Ahora se arrepentía entrañablemente, pero ya era tarde.

¿Por qué es absurda la realidad? La vida humana está hecha a base de contradicciones y por eso es tan dolorosa. Analizando profundamente, todo, todo se contradice.

Pablo está triste. Instantáneamente cruza un aletazo de verdad, que iluminando con fugacidad su espíritu, le dice que él no ha sido lo que quiso ser. El horrible sabor del fracaso muer-

de su lengua. ¡Cómo podría redimirse, volver a los veinte años, ser de nuevo muy joven, estar como cuando era niño, en las faldas de su mamá!

Extrañamente, el recuerdo de su madre, le trae al espíritu la imagen de su hija. Quisiera en este momento tener abrazada a la niña, como hacía con él la madre. Pero la niña está dormida y sería cruel ir a despertarla.

Pablo tiene ganas de llorar. Nunca se sintió tan amargado, tan solo.

Vacilante, vuelve al salón. Se ha salvado del derroche una botella de coñac. ¡Qué alegría siente Pablo al verla!

La toma cariñosamente. Vuelve a su cuarto.

Toma una, dos, diez copas, de prisa, una tras otra.

Pero en algunas siente un sabor amargo. Es que en el licor han caído sus lágrimas.

No es cobardía llorar a solas.

Al día siguiente, Pablo ha vuelto a la vida normal.

La crisis de la noche anterior se ha desvanecido.

Uno de los diarios publica un artículo suyo, escrito, naturalmente, por su Ayudante, pero firmado por él.

Pablo está dichoso. ¡Ver su nombre impreso en la página más importante de los periódicos!

—¿Qué dirá de esto el Ministro?,— piensa.

Pero su expresión se vuelve sombría:

—¡El Ministro no lee los diarios, —continúa dentro de sí—. Los treinta sucres que me cuesta la publicación del artículo es dinero echado a la calle...!

Se consuela:

—Bueno, desperdiciado no es, porque mi prestigio aumenta cada día... Además, yo encontraré la manera de que el Ministro se entere de que escribo en los periódicos.

Le amarga la idea de que el artículo no es suyo. Trata de sugestionarse:

—¡Lo he corregido yo!,— piensa.

Afortunadamente, aparece en dirección contraria un senador de la República. Pablo no puede ya preocuparse de sus conflictos interiores, porque es preciso prepararse para saludar con respeto al personaje.

Pablo se inclina profundamente.



Ha entrado ya a la oficina donde él es jefe y tirano.

Albornoz, el Ayudante, hojea una revista. Pablo se disgusta:

—¿No tiene usted qué hacer, señor?,— pregunta.

—No, contesta el empleado,— todo el despacho está listo.

—¿Y la conferencia?

—Estará terminada pronto.

—¿Por qué no sigue escribiéndola?

—Enseguida.

El Ayudante saca del escritorio un montón de cuartillas.

—Tenga mucho cuidado, —añade Pablo—. Haga una cosa seria. Nada de literatura. Que todo sea ideas, teorías científicas. Sobre todo cite muchos autores, para que el público comprenda que el conferencista es una persona ilustrada. Nada de ataques al Gobierno, ni de ideas revolucionarias. Que se vea que también yo quiero que mejore la economía del país, pero dentro del orden.

Albornoz escucha. Por su boca vaga una sonrisa, que él contiene duramente.

Pablo continúa:

—¿Cuál es el título de la conferencia?

—“La crisis económica”,— contesta el empleado.

—No me gusta el título, —responde Pablo—. Oyéndolo van a creerme comunista o cuando menos socialista.

—¿No es usted miembro del directorio del partido?,— objeta Albornoz.

—¡Ya me separé!, —exclama agriamente Pablo—. Bueno, cambie el título de la conferencia.

—¿Cuál quiere usted que sea?

—Piénselo usted, para eso es mi Secretario. Por ejemplo: “El mejoramiento de la economía”. No, tampoco. Parece nombre de receta. Acaso fuera mejor: “Problemas económicos”.

—¿Le pongo éste?

—No. La palabra “problemas” da idea de duda. El público va a creer que no se economía. Pero, ¿no es usted Licenciado en Ciencias Sociales?

—Si.

—Entonces, ¿usted debe saber qué título le pone a la conferencia! ¿Por qué me pregunta a mí?

—Yo la he puesto título, pero a usted no le ha gustado. ¿Qué culpa tengo, si no le agrada?

—Lo que pasa es que usted no quiere ayudarme.

—Hago lo que puedo, señor.

—Con mala voluntad. Cuando le traje de Secretario mío fue con la condición de que usted colaborara en esta clase de trabajos.

—He cumplido la oferta.

—Ya sabe que no me gusta discutir con mis empleados. Escriba y no me conteste más.

Albornoz calla. La sonrisa de burla que hace un momento ondulaba por sus labios, se ha transformado en una mueca de dolor.

Humildemente escribe la conferencia que después de algunos días dictará Pablo en el salón de actos de la Universidad Central.



Pablo está meditando en su escritorio.

Le asalta la idea de que el archivo de la oficina no está bien arreglado.

—El orden de colocación debe ser, estrictamente, según de lo que trate cada papel, de tal manera que los asuntos análogos se encuentren en un solo legajo,— se dice.

... Y por millonésima vez desarregla el archivo para volver a ordenarlo.

En medio de su labor, le asalta la idea de que no ha ido aún a la otra pieza. Puede ocurrir que los amanuenses no tengan qué hacer y eso sería terrible. ¡Qué dirían los jefes de las otras secciones del Ministerio, al ver que sus empleados están vagos?

Rápidamente pasa al cuarto vecino. Los amanuenses, Jaramillo, López y Alvarez, charlan de mujeres.

Cuando Pablo aparece, bajan la voz.

—¿Hay trabajo?— pregunta el jefe.

Se acerca donde Jaramillo:

—¿Terminó los telegramas?

—Le dí todos al portero.

—Entonces saque una copia de la lista de asuntos por resolverse.

—Ya he sacado dos copias,— objeta el empleado.

—¡Haga lo que le mando!, —grita Pablo—. ¿No comprende que las dos copias que ha hecho usted pueden perderse? ¡Enseguida!

Se vuelve donde otro empleado:

—Señor Alvarez, usted venga conmigo para que me ayude a arreglar el archivo.

El pobre amanuense pone cara de terror. Parece un asno al que lo hubieran dado un garrotazo.

Alvarez sabe que arreglar el archivo en compañía de Pablo significa oír una serie de insultos y groserías.

Media hora después, mientras ordenan los papelotes, Pablo grita:

—¡Señor Alvarez, le he dicho que me pase los papeles del mes de febrero, no los de marzo!

—Me pidió los de marzo,— contesta el otro.

Pablo grita fuera de sí:

—¡Usted es una bestia! ¡No se puede trabajar con usted!  
¡Me hiciera un grande favor si renunciara el empleo!

Por la tarde, al salir de la oficina, Pablo se siente conquistador.

Corre a la casa donde vive la hermana de su mujer.

No espera que la favorezca la casualidad. Sabe que su cuñada no estará ahí. Debía verse con Teresa para ir de compras.

Es en el barrio del Aguarico. ¡Cuánta carne humana hay en estas calles, cuando se quiere comprarla!

Pablo encuentra contradictoria la vida sexual de Quito. Las muchachas bonitas no son en gran número. Todas quieren casarse.

No hemos enseñado a las mujeres a trabajar. Casi ninguna puede ganarse la vida. La única profesión femenina es el matrimonio.

Cuando una muchacha, más audaz o más inteligente que las otras, quería triunfar, consagrarse al estudio, intervenir en el arte, la ciencia o la política, le llamabámos ridícula y era para nosotros objeto de burla. Las más bellas cualidades de la mujer, su prodigiosa intuición, su fino sentido estético, su poder emotivo, todo lo que ella podía aportar a la humanidad como factor poderoso de cultura, se transformó en mezquino esfuerzo para sostener la tradición.

Nunca comprendimos "la fuerza civilizadora del control de la natalidad". En la descendencia, sólo pensamos en la cantidad, nunca en la calidad. Nada hicimos para evitar la llegada del hijo indeseado. Con crueldad sometimos a la mujer al parto frecuente, sin comprender lo que éste significa para el organismo de ella. Por eso nuestras mujeres envejecieron prematuramente.

Nos hemos acostumbrado a considerar como objetos prohibidos los anticonceptivos. La legislación autorizó, tácitamente, que nacieran heredosifilíticos, descendientes de alcohólicos y toda clase de degenerados.

Han llegado hasta nosotros las conquistas técnicas del siglo. Pero el espíritu de éste, lo que constituye la cultura, está aún muy lejos.

Mientras camina Pablo, ve grupos de piezas a la calle, piezas como ataúdes: grises, fatídicas, podridas. En cada una de ellas hay sepultada una mujer a quien, generalmente, el hambre arrojó a la prostitución.

..Y Pablo piensa:

—¡Cuántas, cuántas mujeres podemos tener con un poco de dinero!

Su cerebro forja pesadamente un problema:

—¿Si en lugar de ir donde la criada y tratar de seducirla, entrara donde una de estas mujeres?

Sería evitarse el sinnúmero de dificultades que trae consigo hacer el amor; preveer un escándalo y, acaso, economizar dinero.

Pablo se pregunta:

—Después de todo, ¿no es lo mismo?

Esta idea le hace estremecer:

—Si es lo mismo, ¿por qué, para qué me he casado?

Se queda aturdido. De seguir pensando así, es capaz de no volver nunca a su casa.

Un racimo de emociones finas, de íntimas delicadezas, se agrupan en su imaginación. Resuelve:

—No es lo mismo.

Siente casi ilusión de novio por Teresa, su mujer. Ella es de él, para él. Ella le pertenecerá siempre. ¿Y si algún día la perdiera? No, ¡que absurdo!, ¿por qué? Cierto que a veces Teresa es fría, que le provoca pleito, y llega, como la otra noche, hasta a negarse a ser suya, sin causa justa. Pero no importa: todas las mujeres son así.

El está seguro de que su mujer le quiere. Le será siempre fiel. Ella cerrará sus ojos cuando él haya muerto.

Pablo se siente emocionado. (Como siempre, es ridícula su emoción).

Hace el ademán de sacar un pañuelo, por si acaso estén húmedos sus ojos.

Reacciona. ¡El, un hombre importante como él, haciendo estas cosas en la calle! ¿Qué pensaría la gente? ¡No, no!

Furiosamente, oprime el pañuelo en el fondo de su bolsillo. Apresura el paso.

— • —

Ya está en la casa de su cuñada.

Hay la ventaja de que esta familia vive sola en un edificio pequeño.

No son sino marido, mujer, un hijo, cocinera y criada de mano.

Pablo está en buena suerte. Apenas entra al zaguán ve a Dolores, el objeto de su peregrinación.

Cuando ella le saluda, él le tiende la mano. La muchacha, sorprendida, le ofrece la suya.

—La patrona salió,— dice Dolores.

—¡Que lástima,— contesta riendo Pablo—. Voy a esperarla.

—Suba.

—Ven, acompáñame.

—Voy a poner la mesa.

—Harás eso más tarde. Yo quiero conversar contigo.

Dolores sigue a Pablo. Está colorada.

En el gabinete, él ruega:

—Ven, siéntate a mi lado.

Ella se avergüenza. Calla.

—Te digo que vengas,— insiste él.

—¿Para qué?

—No seas arisca. ¿Tienes recelo de mí?

Se obstina ella en su silencio.

—¿No te inspiro confianza?

Pablo quiere volverse tierno. Se levanta. Toma una mano de Dolores entre las suyas.

—¡Eres tan guapa!, —dice—. ¡Me gustas tanto!

—No patrón, no. ¡Me voy!

—Desde largo tiempo te quiero. He pensado en tí.

—Puede venir gente, ¡suélteme!

—No temas, acércate. ¿No puede quererme?

Pablo hace esfuerzos por ser audaz. Debería besarla, tocar las piernas, hundir su mano en el regazo de ella. Pero no puede. Le falta algo para el amor: ¿qué será lo que no tiene? ¿Es aún tímido como lo fué siempre? Le estremece un ligero temblor.

Superándose, trata de besarla. Ella se esquivo, sacude el brazo. Huye hacia la puerta. La persigue él.

Las palabras que dice, a él mismo le sorprenden:

—Yo no quiero que sirvas. Te sacaré de esta casa. Para tí sola arrendaré una pieza. Te ofrezco darte todo lo necesario.

Casi se arrepiente de haberlo dicho. ¿De dónde sacará dinero para mantener a Dolores? Todo lo que gana tiene que gastar en casa. Al ver las piernas de Dolores, sus pechos erectos, se consuela.

Ella está más humana ya. La oferta ha producido una inmediata reacción.

—Después no me hará caso,— dice, para comprender el alcance de la intención.

—¿Crees tú eso? Te prometo quererte siempre.

—¡Usted es hombre casado, con obligaciones!

—¿Qué importa? Ya no quiero a mi mujer. Nadie sabrá que vives conmigo. Buscaré piezas en un barrio apartado para tí.

Durante una pausa, ella le mira con atención. El cree que es oportuno manifestarse patético. Suspira:

—¡Si pudiera divorciarme, me casaría contigo!

Ella ríe.

—¿No me crees?

—¡Usted se burla de mí!

Pablo piensa:

—Tengo que conquistarla con tino. Me equivoqué al creerla tonta.

Suena la puerta de la escalera.

Es la cuñana de Pablo que llega.

La criada corre.

A través de la piernas de él, se hunde en la tierra el fuego sexual.

(Un cuarto de conversión, —ocho días después,— Pablo es otro hombre).



Otro.

Aquel que ansía ferozmente el aplauso.

En la tarde de hoy debe verificarse, solemnemente, la conferencia de Pablo en el salón máximo de la Universidad Central.

Amablemente, el Rector ha firmado las invitaciones. Asistirán Ministros de Estado, senadores, periodistas, diplomáticos.

Se ha levantado Pablo más temprano que de costumbre.

Ha ido al salón.

Ante la mesa central, ensaya su oratoria:

—“Señores Ministros, señoras y señores: Tengo el honor de presentarme ante vosotros...”

Le interrumpe el ruido de la puerta.

—¿Quién es?,— pregunta desconcertado Pablo.

—¡No grites tanto!,—contesta su mujer—. Vas a despertar a la niña.

—¡No me molestes!,— grita Pablo agriametine.

—¿Qué haces?

—Ensayo mi conferencia de esta tarde.

—¡Ah, cierto!

Ella sonrío burlona.

—¡Que te luzcas!,— añade. Se va.

El piensa con tristeza:

—¡Que vida! ¡Uno no encuentra estímulo ni en su mujer!

De nuevo se pone patético. Habla, gesticula, tose. Mueve los brazos. Seca el sudor de su frente.

Es un fantoche. Un muñeco que habla por boca de Albornoz, su secretario.

Fué un éxito rotundo la conferencia de Pablo.

Todos le felicitaron, hasta el Ministro de Educación.

Aquella noche fué todo alegría.

Después de merienda, dijo a su mujer:

—¿Quieres ir al cine, Teresa?

Ella se quedó perpleja ante tanta generosidad y sobre todo, ante el hecho de que su marido estuviera dispuesto a acompañarla, porque ella siempre iba sola o con alguna amiga a los espectáculos.

Pero convenía fingir.

—No tengo gana, —contestó Teresa.

—¡Qué tonta! Vamos. Verás que nos divertimos.



Y Pablo sale de brazo con su mujer. Piensa:

—¡Que lástima ser casado! Si no hubiera cometido el disparate de unirme a Teresa, ahora las muchachas se enloquecieran por mí. Después de mi triunfo de esta tarde, ¿qué mujer no estuviera orgullosa de ir al cine con un hombre tan inteligente como yo?

Teresa, en sus intimidades, está sorprendida del éxito de su esposo. Le conoce demasiado. No comprende cómo puede ser él capaz de escribir algo que merezca hasta el aplauso de los Ministros. Sin embargo, piensa que acaso ella misma no se ha dado cuenta de que Pablo es realmente un hombre de valor. No le ha hecho justicia. (Era triste, desde luego, pensar que fueran otros los llamados a demostrarle quién era su marido).

Pero un oscuro presentimiento flota en ella. Acaso no es Pablo lo que los demás le han creído en la conferencia de la tarde.

Ya llegaron a la esquina.

Cuando Teresa cree que van a esperar el tranvía, ve con asombro que Pablo llama un auto.

—No hay duda,— se dice—. Esta noche está espléndido. Hay que aprovechar. Le pediré dinero para comprarme un abrigo.

Prepara el terreno, tratando de halagar a su marido:

—¡Cuánto trabajo te habrá costado hacer la conferencial!

—¡Imagínate!,— contesta Pablo radiante de alegría—. Soy el único que puede hablar de estas cosas. Tú no sabes lo difíciles que son. ¡La economía, ah la economía! Si yo fuera Presidente de la República, ¡ya verías con cuánta facilidad arreglaría la cuestión económica!

Teresa añade:

—Debes haber estudiado mucho. Habrás comprado libros.

—Figúrate, ¡he adquirido una biblioteca!

—¿Y dónde la tienes?

Ante lo imprevisto del ataque, Pablo se desconcierta. ¡Libros, libros! ¿Qué libros había comprado, dónde los tenía? Pero la respuesta brota:

—Los guardo en la oficina.

Bruscamente aparece en su espíritu la imagen de Dolores, la criada que trata de seducir. La compara con Teresa. Claro que ésta es mejor, pero la otra tiene el atractivo de la novedad.

Piensa:

—¡Si por lo menos el triunfo de esta tarde me hubiera servido para conquistar a Dolores! Pero ella es una criada rústica que no sabe de estas cosas.

Siente como si su victoria hubiera sido inútil. Se escapa de él un suspiro.

Dice Teresa:

—¿Qué tienes?

Y Pablo contesta:

—¿No sabes que los grandes hombres han tenido penas que nadie ha comprendido?

Teresa oculta su boca con el pañuelo para reír. Pero al pensar en el abrigo, acaricia con ternura a su esposo.

(La linterna del interior del auto cerró sus párpados cuando se dieron un beso).

La virgen pálida del cine los estremece en su regazo maravilloso.

He aquí la silueta de Pepe Jaramillo.

Pudo ser mayordomo o sacristán, pero se transfiguró en amanuense de Ministerio.

Es natural que se haya comprendido con Pablo. Acaso, íntimamente, le admira.

Jaramillo es la pesquisa de la oficina. El jefe sabe por él lo que hacemos y todo lo que conversamos. Cotidianamente, a las doce, sale en compañía de Pablo para acariciarle con la crónica diaria. Y Pepe se siente orgulloso de ser el predilecto, el canciller de este pequeño tirano. Porque esto es lo más duro que tienen las oficinas públicas. Cada jefe es un dictador. Tiene un poco de poder y abusa de él hasta el absurdo. Sus resoluciones son inapelables. Puede ocurrírsele lo más bárbaro, lo más ilógico, que hay que obedecer ciegamente.

Fué Jaramillo quien tuvo la idea de organizar una fiesta en el hotel de la estación, para festejar el triunfo de la conferencia.

Al principio los compañeros objetaron lo sugerido. Pepe llevó el chisme a Pablo. Este mostró mala cara a los empleados.

Hubo que dar una cuota. Recuerdo el gesto extraño de Albornoz al entregar su dinero.

Es sábado inglés.

¿Será sólo ilusión? Pablo ha creído notar una sonrisa de burla para él, entre los empleados del Ministerio.

Confía a Teresa sus dudas.

—Creo que no habrá nada,— responde ella.

—Sí, estoy seguro,— contesta Pablo—. Ayer sorprendí a los amanuenses hablando en voz bajo. Oí que pronunciaban mi nombre. Callaron cuando me vieron.

Teresa se ruboriza. Vuelve la cabeza. Pablo continúa sombrío:

—Sin duda ellos creen que pronto seré destituido.

—Tú eres el más apto de los empleados. ¿Cómo podría funcionar el Ministerio sin tí?

—Soy el único,— contesta Pablo—. Precisamente por eso me combaten y me odian. Sin el empleo, ¿cómo podríamos vivir? Mejor sería que nos fusilen. Si fuera solo, no importaría; pero tú, ¡mi hija!

Teresa siente piedad. Está acaso emocionada. Sería capaz de besar a su marido, si no fuera porque le obsesiona una imagen.

Brota en ella la necesidad de ofrecer una atención a su esposo. Acaso una huella del amor que le tuvo surge vigorosa. Pregunta al azar:

—¿Has hablado en estos días con el Ministro?

—No he podido hacerlo. Algo le sucede al Ministro. Antes pasaba toda la tarde en el despacho y era posible conversar con él, investigar algo de lo que ocurre en el gobierno. Pero desde hace algún tiempo llega a las tres, sale a las cuatro y vuelve a las seis para firmar el despacho. ¿A dónde irá todas las tardes?

En este momento llora la niña. Teresa huye el escape. Está dolorida, ansiosa.

Pablo esboza su ruina. Tiene el presentimiento de que será destituido del cargo.

En su espíritu aparece la miseria con ejecución sombría.

¿Cómo puede él ganarse la vida fuera del presupuesto? ¡Si por lo menos tuviera un pedazo de tierra donde ir a trabajar!

..Y sin embargo hay inmensos lotes que están incultos. To-

dos tienen dueño. ¿Por qué no le habrá tocado un pedazo en el reparto?

¿Quién habrá repartido la tierra? ¿Es que la tierra fué creada por un puñado de hombres que después se declararon dueños de ella y de sus riquezas? No, indudablemente no. Lo lógico es que la tierra, como el viento, como el sol, sea para todos los animales humanos.

Hay gobiernos. Si. Es un grupo audaz, con frecuencia inculto y anónimo, que usurpa el poder. ¿Por qué el gobierno no se apropia de toda la riqueza y en nombre de la humanidad, la ciencia y la razón, distribuye el trabajo y sus frutos entre todos los hombres, de tal manera que todos produzcan y todos consuman?

Pablo rechaza violentamente estas ideas. Son fantasías ilógicas de los revolucionarios. Se avergüenza de haber pensado en ellas. ¿Qué diría el Ministro si supiera sus pensamientos?

—¡No, es absurdo, absurdo!,— se repite.

Pero vacila de nuevo. ¡Parece tan sencillo, tan claro, tan humano que la riqueza sea para todos!

Indignado, quiere arrojar el veneno que amenaza devorarlo. El hombre es un animal egoísta, sádico, feroz.



Pablo tiene el deseo de estar a solas.

Han dado las cuatro.

Por primera vez, deja tranquilos a los empleados y se olvida del archivo.

El Ministro salió hace media hora.

Dos jefes de sección de han reído misteriosamente de él. ¿Qué será lo que les hace tanta gracia? Pablo está a punto de reventar.

Se siente fastidiado, aburrido. Para colmo de males le duele la muela.

En la pantalla de la puerta aparece la silueta de un hombre. Es buena la vida. Nunca falta una alegría, aún cundo creemos estar más angustiados.

Quien viene es Alfredo, viejo compañero de Pablo. ¡Tanto tiempo sin verle!

Pablo se levanta dichoso. Abraza entrañablemente a su amigo.

—¡Carajo, —grita radiante,— algún día debías asomarte!

—Y tú, ¿qué tal?

—Ya me ves, trabajando como siempre. ¿Y tú?

Alfredo no contesta. Pasada la primera ráfaga de gozo, sus facciones se vuelven sombrías.

... Y charlan. Pablo comprende que su amigo es más desgraciado que él.

¿A dónde habrá que huir para no encontrar dolor?

A las seis, salen juntos del Ministerio.

Van a tomar un trago.

—¿Cómo has podido sostenerte?,— pregunta Pablo.

—Es milagroso,— contesta Alfredo—. Yo mismo no lo sé. La familia de mi mujer nos protegía en algo. ¿No podrías ayudarme tú a conseguir trabajo?

—¿Dónde? Todo está ocupado.

—Si,— responde Alfredo taciturno—. He palanqueado desesperadamente en todas las oficinas, desde que me botaron del empleo. Me han ofrecido cargos un montón de Ministros y Subsecretarios, pero ninguno ha cumplido. Siempre fué para otro lo que yo quería. No faltó una mujer guapa que consiguiera el cargo para su marido o para su hermano. Para tener empleo, es necesario cambiarlo con unas buenas piernas de mujer.

—¡Vida puerca!,— contesta Pablo tomándose una copa.

Alfredo dice sombrío:

—Somos unos fracasados. No tenemos derecho de llamarnos hombres. Desde muchachos nos volvieron estúpidos y esbirros. Sólo podemos vivir como parásitos del gobierno. No servimos para otra cosa. Nos botan del empleo y nos secamos de hambre.

Una pausa dolorosa. Continúa:

—Pero no es culpa de nosotros. ¿En qué podemos trabajar en Quito? He analizado todas las posibilidades. No hay donde. Nuestra vida económica es burocrática, nada más que burocrática. No tenemos energía. Yo me río cuando oigo hablar de juventud. ¡Juventud, juventud! ¿Dónde está nuestra juventud? Es un fantasma mezquino, anémico, educado para esbirro. No tiene poder revolucionario ni energía creadora.

Es una pausa densa y gris.

Pablo pide otro turno de copas. Pero Alfredo dice desgarradoramente:

—Para mi pide un pollo frito. Tengo hambre. No he comido en todo el día.

Ya están borrachos.

Alfredo lleva un paquete de pan, queso y salchichón para sus hijos. Es obsequio de Pablo.

—¡Que contentos quedarán los pobrecitos cuando vean que les llevo que comer!,— dice Alfredo combinando un sollozo con un hipo de alcohol.

Pablo tambalea. Le entenece la evocación de los hijos de su amigo. Si Alfredo es como un hermano suyo, los hijos de éste deben ser como sus sobrinos:

—Yo quiero ver a tus hijos, —exclama—. ¡Yo te acompaño a tu casa!

—No, ¡yo a la tuya!

—Te digo que no. ¿Dónde vives?

—Lejos. En san Diego.

—No importa. Vamos.

Grita a un auto que pasa.

—¿Para qué?—, pregunta Alfredo. ¡Que ilógico le parece ir en auto a la casa donde su familia tiene hambre!

Pero ya Pablo se tumbó en el carro. Alfredo no encuentra otra solución que acomodarse al lado suyo.

Se precipitan las calles huyendo de las ruedas. Corren, corren, las casas.

Duerme la ciudad en el regazo del silencio.

Aparece el barrio de San Diego, que guarda el ritmo justo de Quito. A media noche la ciudad adquiere la enérgica realidad de una alucinación.

Es triste. Oscura. Helada.

Ciudad hundida entre la poderosa elevación de los Andes. Ciudad que se perdió en un laberinto de volcanes.

Montañas, montañas por todas partes. Quito es un prisionero condenado a cadena perpetua.

El quiteño ve limitado el mundo. La cordillera ha creado en su espíritu una psicología propia de él.

Quito es una ciudad muerta.



El auto inmoviliza sus ruedas ante la casa de arrabal.

La pobrecita casa ha llegado a bisabuela. ¡Cuántas enfermedades habrá pasado! Y como está tan cerca del cementerio, con un solo paso llegará hasta su tumba. ¿Por qué no habrá un panteón para las casas? ¡Son ellas tan profundamente humanas!

Alfredo golpea la puerta de un cuarto al zaguán.

En el interior de la pieza, una boca de mujer bosteza y una boca de niño llora. Un brazo busca los fósforos y una bujía abre los párpados.

Da la puerta media vuelta sobre su eje.

Siente Pablo la áspera bofetada del dolor.

Media docena de niños están amontonados en el suelo. Una estera y un costal reemplazan a la cama. Hay sobre los cuerpitos trapos, montones de trapos, que llevan hasta la carne infantil un poco de abrigo.

Los niños se agrupan entre sí como un racino de gatos, para calentarse unos a otros.

Al extremo opuesto de la pieza está la alcoba sexual de Alfredo. Ahí se acurruca con su mujer. Hace callar el hambre con un gozo dolorido. ¿Qué otro gusto hay para el pobre, que revolcarse todas las noches sobre el vientre de su mujer?

Se despertaron los niños.

... Y se avispan cuando ven que papá les trae pan y queso.

Sobre su regazo tiene la madre los alimentos. Distribuye trozos a las bocas, mientras charla con Pablo.

—¿Cuánto tiempo será que nos nos vemos?

—Por lo menos un año,— contesta Pablo—. Yo creía que Alfredo estaba ausente.

—Pasamos algunos meses en Ambato,— interviene el marido. Pero la vida se hizo imposible y tuvimos que volver. Aquí por lo menos nos ayuda la familia—. Después de una pausa breve, añade desesperado:— ¡Carajo, soy capaz de pegarme un tiro!

—¡Ya me orino mamita!,— grita uno de los niños.

—Sal afuera, molesto!,— contesta la madre. Y volviéndose a Pablo:— ¿No podría usted buscar algo para Alfredo? ¡Hágalo por lo que más quiera! ¡Ya no podemos vivir!

—Pero, ¿dónde?,— contesta Pablo—. No hay un solo cargo vacante. ¡Yo también estoy en el aire! Pueden botarme cualquier día. ¡Si supieran las angustias que paso!

—¡Mamita, el Jaime me ha quitado el queso!—, grita otro de los niños.

—¡Mentira!,—contesta el hermanito—. ¡Este pedazo es mío!

Pelean los dos. Resignadamente, la madre les da otro fragmento de queso para ponerlos en paz.

—Pero usted debe tener muchos amigos Pablo,— continúa la madre;— algunos de ellos podría tener algo para Alfredo. ¡Aunque sea un empleo de portero!

—¡Como!,— replica emocionado Pablo—. ¡No podría ser! ¡Tú, portero de una oficina!

—¿Qué importa?,— contesta Alfredo. Y con un hipo de borracho, que se mezcla con sollozos, grita:— ¡Tú no sabes lo que es el hambre, porque nunca has estado tan jodido como yo! ¿No da lo mismo ser subsecretario, jefe de sección, amanuense, portero o ladrón? Lo esencial es comer. En mis arranques de desesperación yo he probado todo, he buscado trabajo en todas partes. Sólo me ha faltado ensayar el ser alcahuete. ¡No hay donde trabajar! ¡Envidia a los indios que barren las calles!

El dolor intensifica la borrachera de Alfredo. Continúa entre quejidos angustiosos:

—¡Ya no puedo soportar esta vida sucia, carajo! ¡Haber entrado a la universidad, para terminar de limosnero! ¡Más valdría que mi madre no me hubiera parido!

Y, sorpresivamente, le ataca una arcada tenaz. Su pobre estómago se ha resentido del atracón de alcohol y pollo.

—¿Qué te pasa?,— pregunta la mujer.

—¡Tengo náusea!

—Sal afuera. Yo te acompaño.

Juntos van hasta el patio. Les estremece el fuetazo del frío y les sobrecoge el espectro de la oscuridad.

A lo lejos se estilizan los ahullidos de los perros vagabundos. Sus gritos parecen voces humanas. Es como si dijeran:

—Tengo hambre.

El dolor ha humanizado a Pablo. En esta sola noche ha aprendido más de la vida, que en todos los años que ha desempeñado el rol de verdugo de sus amanuenses.

Siente remordimiento. Recuerda que él, no hace mucho, hizo destituir a un empleado, bajo el pretexto de que era inepto, pero en realidad porque se negó a escribir artículos para que Pablo los publicara con su nombre.

También el ayudante que fué cancelado tenía hijos. Quizá en esta misma noche, en otro arrabal de Quito, en una pieza semejante a la de Alfredo, los hijos de aquel hombre lloraban de hambre.

En el espíritu de Pablo hay algo más cruel. Acaso, después de poco, también él se encuentre en la misma situación. ¿Cómo es posible que la vida de un hombre, el hogar de una madre, el pan de un puñado de niños, todo esté sujeto al capricho de un Ministro? ¿Qué ser sobrenatural, qué mago extraño es un gobernante para poder distribuir al azar la muerte y la vida? Toda esta trágica ruleta de los gobiernos burgueses, le pareció absurda a Pablo en aquel momento. Y sin embargo era real, no solo en el Ecuador, sino en casi todos los países del mundo.

¿De dónde había nacido este poder incomprensible? ¿Qué dios o qué demonio le había creado? Pablo no podía comprenderlo, pero sentía en su carne la zarpa oficial.

.. Y también él era opresor. También él podía destituir y había sido en su oficina un ridículo tirano. En un arranque de humanidad, extraño en él, hubiera querido que en aquel momento estuvieran ahí sus empleados, desde el secretario hasta el portero, para pedirles perdón.

Todo hombre, por estúpido que sea, siente en los momentos de intensidad que tiene la vida, una claridad interior que le hace comprender las cosas instantáneamente, aunque vuelva después a su cotidiana torpeza.

Pablo se encontraba en esos momentos excepcionales. Brevemente se dió cuenta de lo inútil y tonto que era el trabajo de su oficina, del cual él se enorgullecía tanto. ¿Qué sacaba la sociedad de sus estériles esfuerzos? En realidad lo que él hacía era masturbarse el cerebro todos los días. ¿Y cómo podía exigirse a

los amanuenses que pusieran su inteligencia y su alma en la confección de notas oficiales, si era una labor ajena al espíritu de ellos, en la cual ellos nunca podían verter su capacidad creadora y su emoción, porque intuían lo estúpido de su obra? En realidad, a los empleados del Ministerio sólo les interesaba rehuir trabajo, conseguir que todo lo hicieran otros, salir pronto de la oficina en cualquier pretexto. Y los amanuenses tenían razón. ¿Qué puede importarle a un trabajador pobre el mecanismo de los gobiernos que nunca de acuerdan de las clases humildes? Pero Pablo creía que estaba en lo justo al exigir a sus empleados el máximo de rendimiento. ¡Es lamentable que todos tengan razón!

Y él, Pablo, también por voluntad de un Ministro podía verse pronto en la calle. Entonces tendría que buscar una pieza como la de Alfredo. Teresa pasaría necesidades. Su hija se quejaría de hambre. ¡Qué horror! Sólo el pensarlo le estremecía. ¿Quién era él? ¿Para qué servía?

Se dió cuenta de que no era sino un muñeco, al que podía asesinar el capricho de un Ministro.

Hundido en la borrachera vuelve Pablo a su casa.

Ahora la ciudad desfila lenta, fríamente muerta.

El se siente desgraciado. No sólo es la angustia del aguardiente, —en Quito el aguardiente es muy triste,— y el recuerdo de la miseria de Alfredo. ¡No, hay algo peor! ¡Es que la duele la muela de un modo salvaje!

Pablo tiene ganas de despedazarse las mandíbulas con una piedra.

¿Cuándo llega una botica de turno? ¡Si por lo menos la muela tuviera la amabilidad de esperar a la tableta de cafiaspirina!

Apresura el paso. Corre.

Jura hacerse extraer la muela al día siguiente. Sin falta. Después de almuerzo, aprovechando la ausencia del Ministro. Apenas éste salga, a las tres y media o cuatro de la tarde, él irá donde el dentista. Y luego a su casa. La muela será pretexto para darse media tarde de vacaciones.

No dirá nada al Ministro ni a su mujer, para llegar a casa de sorpresa. Únicamente comunicará la ausencia al subsecretario.

Por fin aparece lejana una bombilla roja. ¡Ahí está la botica!

Pablo corre desesperado, borracho, dolorido. Como un perro a quien la nariz le arrastra hasta el hueso.



Ya está en su casa.

Compara su hogar confortable con el horrible agujero de su amigo. Se siente padre y esposo.

Su hija duerme. En la cuna le da un beso pequeñito, para no recordarla.

También duerme Teresa. La despierta el ruido que hace él al entrar a la alcoba.

—¿Quién? ¡Ah tú! ¿De dónde vienes a esta hora?

—Vino a verme Alfredo. Está en la miseria. ¡Que canallada

la que hicieron con él! Le botaron después de haber trabajado quince años. ¡Y era un empleado modelo!

—¡Tú estás borracho!

—Si, nos tomamos unas copitas. ¡Figúrate, volvernos a ver después de tanto tiempo!

—¿Se han pasado bebiendo hasta esta hora?

—No. Me llevó a su casa. ¡Tiene solo un cuarto al zaguán para toda la familia!

Pero Teresa tiene sueño y no quiere seguir oyendo nada acerca de la desgracia de Alfredo. Dice:

—Bueno, ¡anda a acostarte!

—Quiero dormir contigo.

Ella se pone furiosa:

—¿Así borracho? ¡No me da la gana!

—¡Si, dame puesto al rincón!

—¡No quiero! ¡Ya habrás ido con Alfredo donde mujeres!

—¡Te juro que no! ¡Fuimos a la casa de él!

—¡Mentira! ¡Venir a mi cama después de haber estado con una de mala vida! ¿No te da vergüenza?

Pablo quiere convencer a Teresa de que no ha sido así, pero en vano. (Las mujeres siempre piensan que fué una realidad lo que deberíamos haber hecho y no aceptan como cierto lo que hicimos en verdad).

.. Y la lucha se prolonga. Siente ella asco de la borrachera de su marido. Pablo cree que su mujer ya no le quiere.

El deseo es violento. Pablo ruega.

Al fin, ella se resigna y da al esposo sitio en la cama.

Todo el día estuvo Pablo de un humor feroz.

La muela no le dejó tranquilo un momento.

Han dado las tres de la tarde. La oficina agoniza de fastidio. El Ministro todavía no se va. ¿Por qué habrá retardado su escapatoria?

Colérico, Pablo llama a su secretario:

—Señor Albornoz, ¡tiene que terminar hoy mismo el artículo sobre los impuestos indirectos! Quiero que se publique en esta semana.

—Para mañana estará concluído,— contesta el ayudante.

—¡Debe ser hoy! No quedaría tiempo para corregirlo. ¡Póngase a trabajar inmediatamente!

Ahora está aquí Lopez.

—¡Usted llegó atrasado!,— le grita agriamente Pablo.

—Fueron cinco minutos apenas, señor.

—¡Tiene usted cinco sucres de multa! Le advierto que si vuelve a llegar tarde, le pediré su renuncia. Puede retirarse.

Por último entra Alvarez temblando.

Cuando Pablo va a lanzarle una grosería, ve que el Ministro se va.

—¿Qué quiere usted?,— pregunta.

—Usted me llamó,— contesta el empleado.

—¡Está loco! Yo no le necesito para nada a usted. ¡Váyase!



En el consultorio del dentista, tiene que aguardar su turno.

La sala de espera está llena de gente.

Pablo oye chillidos, ayes, en la habitación cercana. Maldice a su muela. Maldice a la vida. Quisiera tomarse veneno.

Aguardá una eternidad.

Por fin le llama el doctor.

—Una extracción,— ruega Pablo. En sus ojos, en su voz, hay la súplica del animal que no quiere sufrir.

—¿Con anestésico?

—Si.

Está Pablo en el sillón del suplicio. Tiene una horrible impresión de muerte, como si estuviera en la silla eléctrica. En su cerebro parece que se ha hecho el vacío. Se le oprime el corazón.

Le ordena el doctor abrir la boca.

Siente el pinchazo de la inyección. La aguja le da la sensación de un puñal. ¿Cuántos picotazos le ha dado el maldito dentista? ¿Fué uno, fueron diez? Pablo no lo sabe. Pero en sus encías ha penetrado un monstruo de metal. Pablo relincha.

Una macabra espera, hasta que haga efecto el anestésico.

Tiene en sus manos el doctor una tenaza horrenda, que parece un cangrejo mineral.

Ya le coge la muela. ¡Terror!

Pablo tiene la impresión de que uno de sus huesos se quiebra. Es brutal el crujido que se produce en su boca. Y un vacío tremendo en el sitio donde estuvo la muela podrida.

El doctor le muestra la pieza. Pablo la mira con rabia. La muela está ensangrentada. Hay un enorme agujero en su centro. ¡Y es esta porquería la que le ha hecho sufrir! ¡Que despecho de la vida!

Pablo arroja sangre por la boca. Se lava con el agua tibia que le ofrece el dentista. Este pregunta:

—¿Quiere llevarse la muela?

Pablo duda. Se decide. Envuelve en un trozo de papel la pieza. La guarda amorosamente. Ahora, en casa, mostrará ese algo de su cuerpo a su mujer. Acaso Teresa tenga pena de su dolor. Tal vez la tristeza la vuelva amorosa y sea ella quien le invite a dormir juntos toda la noche.

—Está usted servido,— dice el doctor.

Pablo paga la cuenta.

Huye el horrible consultorio.

En la calle, toma el tranvía que le dejará cerca de su casa. Se tapa la boca con el pañuelo. Por la ventanilla arroja la sangre que fluye de su boca. Piensa:

—Después de todo, es bueno ser casado. ¿Qué fuera de mí ahora, sino tuviera hogar? ¿A dónde iría con la cara hinchada? ¿A quién mostraría la muela que me han sacado? No tuviera una hijita que me consuele, ni una mujer que tire conmigo.

Se produce en su espíritu una pausa veloz.

—¿Regresará el Ministro al despacho? Bueno, que vuelva, ¡que me importa!

¡Demonio! Le duele la herida que dejó la muela escapada.

—Ese sucio anestésico no me ha hecho buen efecto!,— piensa Pablo—. ¡Pasaré una noche de perros! Apenas llegue a casa mandaré a traer un montón de tabletas de aspirina. Tomaré cinco, diez, ciento, ¡las que sean necesarias para no sufrir!

El carro huye. Ya viene su casa. Pablo siente alegría. Se acuerda con cariño de su mujer. Tiene ilusión de estar con ella. Cuando nos agarra el dolor, ¡es tan imperiosa la necesidad de estar cerca de alguien que nos quiera! Teresa tiene ratos de mal genio, a veces es fría. Otras le rechaza. Pero, no importa. En el fondo, ella es una buena esposa. Pablo está ahora más seguro que nunca, del cariño de su mujer.

¡Que largo le parece el camino!

Hoy le pedirá perdón a Teresa, por todos los disgustos que le ha dado. Se reconciliarán. Ella le dará besos con lengua, de aquellos besos tan ricos que ella sabe dar cuando tiene ganas.

Volverán los dos a quererse como novios.

Para el tranvía.

Pablo baja de prisa. Apenas le falta una cuadra para llegar.

Corre. Va escupiendo sangre.

¡Ya está frente a su casa!

¿Es alucinación? ¡Hay un auto junto a la puerta! ¿De quién será? Rápidamente Pablo examina el carro. ¡Es un auto que él conoce!

¿Qué es lo que sucede?

Pablo sube como un idiota la escalera.

Llega al salón. La pieza siguiente es el dormitorio de su mujer. La puerta está entreabierta.

Pablo oye un rumor de gemidos ardientes, de caricias brutales. Dos bocas respiran fatigadas.

Estúpido, trágico, demente, Pablo mira.

¡Su mujer está semidesnuda! Un hombre la posee.

Ha llegado el momento del alarido sexual. Los dos cuerpos saltan con locurà formidable.

Entonces el hombre vuelve la cabeza. ¡Es el Ministro!

Pablo queda aterrado.



*parte tercera*



Sólo tengo para mantenerme dos semanas más.

Desde mañana comeré únicamente una vez cada día.

Ya no pago luz eléctrica. Una bujía alumbrá mi soledad.

La noche está lluviosa.

Prefiero quedarme en mi pieza. Si salgo a la calle sentiré frío.

Lllaman a la puerta. Es Jorge, mi buen camarada.

—¿Tiene algo que hacer esta noche?— pregunta.

—No. Quiero acostarme. Estoy cansado.

—Salgamos juntos,— añade—. Venga conmigo a la casa del obrero.

—¿Qué hay allí?

—Una fiesta organizada por el sindicato de la madera. Estará interesante.

La sala se disfraza de patio teatral. Bancas de madera fingen ser butacas. Al fondo, el escenario pequeño está escondido detrás de una cortina roja.

Un remolino de gente gira sobre si mismo. Cabezas de trabajadores multiplican pensamiento y energía.

Es hora de comenzar. La velada del obrero asoma los rizos de su cabeza.

La mano de lo orquesta llama a las puertas del espíritu. Sale de paseo la "internacional". Va cantando por el camino que parte desde la estepa rusa y llega hasta la cordillera andina.

Surgen temblando dos cuadros vivos.

"Hogar rico" es el primero. Parodia una escena de aburrimiento, lujo y explotación. Champaña. Piernas al aire. Saltan los cheques en una cuerda.

El segundo se llama "hogar pobre". Quisiera recordarlo, pero

ya vi el de Alfredo. Desde el barrio de San Diego, ha saltado a la casa del obrero este fragmento real.

Una muchacha sale al escenario.

Recita versos color rojo de un poeta mexicano. Esta silueta de mujer se estrecura en mi espíritu.

Emocionado estoy. Veo su talle flexible, su boca ardiente, el trémulo jirón de noche que guarda su melena.

Los punteros del reloj anduvieron sobre la esfera una vez.

Cuando la fiesta me dió su adiós desde la orilla de la orquesta, yo prometí no olvidarla nunca. El rojo pañuelo de la "internacional" se alejaba en el barco del recuerdo. Iba a sumergirse en el océano gris de la evocación.

Para todos, el fin de la fiesta no era sino la despedida al amigo que apenas se conoce. Para mi significaba la llegada al puerto donde espera la novia.

Los obreros invitan a tomar té.

Ya soy amigo de la muchacha que recitó el poema mexicano. Su nombre es Julia.

Estoy a su lado en la mesa. Encerrada en mi pecho hay una fruta húmeda que se llama corazón. La boca de Julia, roja por la caricia del lápiz, ha mordido mi fruto interior.

Los labios de ella dejaron una sensación profunda en mí.

(El amor ondula sus caderas).

El domingo, que hizo volar al sol, ha llegado hasta el globo de la luna.

—¿A qué hora podemos vernos mañana?— pregunto a Julia.

—A las diez de la noche,— contesta ella.

—Sería muy tarde. Podemos encontrarnos a las cinco, a las ocho, a la hora que para usted sea más cómoda.

—No puedo,— dice tristemente ella.

—¿Y pasado mañana?— insisto ansioso.

—Tampoco.

Le pregunto por uno, por otro día. Hablo de todos los días de la semana. Pero ella me explica:

—Sólo los domingos podré verme con usted.

—¿Por qué?

—Los demás días estoy ocupada.

—Nuestras citas serán por la noche, Julia.

—Yo trabajo hasta las diez.

No quiero creerla. Me disgusta que no sea sincera conmigo. No supe nunca que en la ciudad de Quito hubiera muchachas que tratabajaran tanto.

—¿Y por la mañana?

—No es posible,— contesta ella—. Me levanto a las cinco de la mañana. Comienzo a trabajar a las seis.

Estoy seguro de que Julia quiere reirse de mí. Para probar esta dolorosa sospecha hasta lo inverosímil, insisto aún:

—Podríamos vernos a la hora de almuerzo, a la de merienda,— digo—. Usted saldrá a mediodía y por la tarde.

Julia sonríe.

—No, contesta—. Mamá me lleva la comida a la fábrica y mientras como trabajo.

Parece absurdo. La única explicación lógica es la de que la muchacha no quiere tener citas conmigo. Ella evita un posible querer. Naturalmente, el pretexto más fácil para ella, es decir que no puede verme por exceso de trabajo.

—¿Por qué no es usted sincera Julia?— pregunto.

—Lo que he dicho es la verdad—, responde.

—¿Dónde trabaja usted?

—En la fábrica de medias.

¿Es realidad, es ilusión? ¿Se trata de una coqueta que juega con mi ingenuidad o es Julia una víctima de la vida?

No sé. Estoy desorientado. Siento ganas de empujar a Julia, de odiarla, porque quiere engañarme. Tengo impulsos de arrojarme a sus plantas, de besar su mano, porque la creo una hermana de sacrificio y dolor.

Así, entre los impulsos más contradictorios, soy un vagabundo perdido en la ciudad muerta de mi propio espíritu.



Pero su imagen ha despertado tortura en mí.

Las calles están solas.

Ya desfilaron las nueve de la noche.

Una casa permanece despierta.

No son sus ojos las ventanas iluminadas que guardan la vela. Ni siquiera detrás de sus puertas se esconde el estremecimiento del amor.

En esta casa, la hélice del trabajo gira vertiginosa.

¿Es posible? Espero. El reloj bosteza las diez.

. . . Y de la casa brota un coro de muchachas. Aquí está Julia.

Junto a ella, le pido que me lleve a su casa.

—Mi cuarto es muy pobre,— dice con leve tristeza. Reacciona. Sonríe—. No es digno de usted,— añade.

Yo recuerdo a mi humilde habitación de desocupado.

—Soy tan pobre como usted,— contesto—. No tenga temor de mí.

Ya el zaguán de la casa de Julia llegó hasta nosotros. Cruzamos el patio primero. Un racimo de niños llena el patio segundo.

Al fondo del patio tercero, hay un rincón junto a la escalera. A su lado se esconde una pieza diminuta.

El rincón sirve de cocina a Julia. Para separarla del patio, cuelga una tela.

La pieza de Julia es pequeñita. Hay una cama de madera para ella y la mamá.

En un ángulo libre, entre la pared y la cama, Julia ha instalado su "tocador".

Dos mesitas. Una silla.

La madre de Julia se sorprende al verme.



Me da vergüenza salir a la calle. Tienen muchos agujeros mis zapatos. Ya no es posible darles más vida.

He resuelto tomar las noches una mísera cena.

Atormentado por el hambre y por el deseo sexual, largamente contenido, voy llevando mi soledad por las calles solas.

En el restaurante, me arrinconan en una mesa. Al otro extremo de la sala hay un grupo de borrachos. Acompaña su canción, la fragancia dolorida de la guitarra.

Y son así las fiestas de Quito. Hombres que se juntan para beber y mezclan con el alcohol su pena. La risa diamantina de la aurora les sorprende lanzando al viento el último sollozo.

Las mujeres están lejanas. Viven en otro plano de la ciudad. ¡Y es triste beber entre hombres solos!



Noche de sábado. No trabaja Julia en la fábrica.

Ha salido de compras.

En el diminuto cuarto, estoy con la madre de ella. Me cuenta retazos de su vida.

—Mi marido me abandonó,— dice—. Vive ahora en Guayaquil.

—¿Le manda dinero?

—No. Se ha olvidado de nosotras. Mi hija sostiene la casa con su trabajo. Es la única entrada que tenemos.

—¿Cuánto gana ella en la fábrica?

—Un sucre cincuenta diario—, contesta.

—Mi asombro crece:

—¡Uno cincuenta diario, trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche!

—Sí. Y aún esto fue difícil conseguir. ¡Hay tantas que quieren emplearse!

—Estoy aturdido. ¿Cómo es posible que haya patronos que exploten tan bárbaramente el trabajo de una muchacha?

—Algunas empleadas trabajan sólo hasta las seis de la tarde,— continúa la madre,— pero ganan un sucre diario. Como no era posible vivir con una cantidad tan pequeña, Julia tuvo que trabajar hasta las diez.

—Yo quisiera ser un novelista, para que el personaje Julia pareciera ser una caprichosa creación. Entonces hiciera de ella un muñeco literario. Y alguien que por desventura leyera mis capítulos, dijera con alegría:

—Es sólo invención.

—Pero no. El dolor de Julia es real. Para ella no hay alegría ni descanso. Recuerdo que charlaba con ella sobre un movimiento político. Parecía inmediata la caída del gabinete. La ciudad entera seguía ansiosa el desarrollo de la revuelta. Julia dijo:

—¡Que me importa! ¡Con cualquier gobierno seguiré trabajando desde la madrugada hasta la media noche!

Luego añadió:

—Yo quiero morirme. Los muertos deben pasar mejor.

— Cuando murió el tío Juan, yo cerré sus ojos.

Fueron días de angustia para mí. Estábamos en la más cruel miseria.

Por aquel tiempo, era alumno de colegio. Hasta ahora no comprendo cómo pude terminar mis estudios secundarios.

Después de haberme dado centenares de puntapiés, tío Juan llegó a quererme.

Me abrazó agonizante. Y con un macabro hipo de moribundo, dijo:

— ¡Toda mi vida he sido un desgraciado! Ojalá tú puedas abrirte campo. No bebas nunca. ¡El trago acaba por jodernos!

Al anochecer expiró. Tuve que pasar una noche horrenda junto a su cadáver.

Empeñé todo, hasta la cama, para darle sepultura.

Carlos acompañó al traslado, pero no quiso dar ni un centavo.

Se había separado de la mujer. Ahora vivía con Olga, su pariente cercana. Cuando yo le pedí que me ayudara para los funerales, contestó que el último desembarazo de Olga le había costado un dineral.

Maldijo su suerte. Recordó a Gloria, la hija traidora, que le había abandonado para seguir al amante.

Pero él tiene una niña que cuando sea grande sabrá quererle.

Recuerdo que me impresionó el nombre que había puesto a la chica. La llamó "Piedad Gloria".

Y es que sentía remordimiento, y su carne ardía en la locura de poseer a Gloria, que era para él la mujer inmediata, imposible.

Dan los diarios una noticia sensacional. ¡Pablo ha sido nombrado subsecretario del Ministerio de Previsión!

Se cortó la sugerencia cuando él encontró a Teresa en la unión sexual con el Ministro.

Pasada la ráfaga primera de terror, Pablo huyó.

Junto al chalet donde vive, hay un parque. La fuente eleva hasta el viento sonoras espirales de agua.

Pablo se arroja sobre la hierba. ¿Qué puede hacer? ¿A dónde ir con la cara hinchada y con los horribles cuernos que le ha puesto Teresa?

¡Su hija! Ella sí que es sólo de él. Por lo menos mientras sea pequeñita. Por ella había que sacrificarse.

Cuando abrió su regazo la medianoche, Pablo abrumado de dolor, vacilante, volvió al hogar que hasta esa tarde había sido suyo.

..Y ahora es subsecretario del amante de su mujer. Un paso más,— uno o dos años,— Pablo será Ministro. Otros que valen menos que él lo han sido. Claro que él no es doctor, pero es mejor que muchos doctores. Además, para ser Ministro no es necesario ser doctor.

¿Qué importa ceder un poco, por ejemplo la esposa, si ese pequeño sacrificio puede conducir hasta el poder?

Julia oculta su dolor. Tiene una sonrisa esfumada, únicamente suya, que quiere parecer alegre y es, sin embargo, triste.

Estamos solos.

Cuando Julia besa, su boca tiene ansia ardiente de gozo. Todo su cuerpo se retuerce en convulsiones violentas.

Quisiera abrir la herida maravillosa del sexo, para que todo el cuerpo suyo cante a la vida en vibraciones de gozo.

Pero Julia es pobre. No tiene derecho al placer. Si un hombre la hiciera suya, le arrojarían de la fábrica acusándole de inmoral. Entonces ella y su mamá agonizarían de hambre.

Cuando la golondrina del beso oculta su ala en nuestras bocas, ambos sentimos la amargura de la miseria. Se combinan el dolor de un hombre sin trabajo y la pena de una obrera oprimida. El fruto es un cocktail ácido que lo tomamos en la copa del corazón. Al fondo tiembla la aceituna. Es una diminuta bomba roja.

Vuelvo a la noche en que Gloria estuvo conmigo.

Unidos de la mano, fugaron los espasmos y los días.

—Yo he tenido que emplearme,— dice ella—. ¡Mi madre gasta lo poco que tenemos y después quiere que yo dé para todo lo necesario!

—¿Dónde trabajas?

—En casa de una señora.

—¿Cómo se llama?

Gloria quiere guardar el secreto. No insisto.

—¿Cuánto ganas?— le pregunto.

—Veinte sucres mensuales. Me dan también la comida.

¿Es posible que la colegiala que conocí cuando niño, aquella prima mía que me deslumbró con su riqueza y lujo, la novia que creía inalcanzable, sea ahora una criada?

.. Y Gloria me cuenta detalles de su empleo:

—La señora me hace coser, lavar ropa y cuidar de la niñita,— dice—. Cuando vienen visitas inoportunas, manda que las reciba yo. Dice que he sido una salvación para ella, porque le he librado de tener que soportar a tanta gante. Si después de media hora de charla no entra la señora, digo que ha salido a la calle y que volverá tarde. Entonces las visitas se van.

Después de una breve pausa, añade:

—Estoy contenta, pero tengo miedo.

—¿Por qué?

—La señora me ha hecho su íntima. Me cuenta todos sus secretos. Sé que pone cuernos a su marido. Pero ella, con frecuencia, me dice:— “Usted es una señorita. No debe haber sido siempre criada”.

—Es mejor, porque te tratará bien.

—No. Cuando sepa quien soy, no querrá que le sirva más. ¡Y yo necesito ganar algo!

Sufro por no tener qué darle. Parece que ella comprende mi dolor, porque dice:

—De tí nunca aceptaría nada. Sólo quiero tu cariño.

Fué grande mi sorpresa cuando después de mucho esfuerzo, descubrí donde trabajaba Gloria. ¡Era en la casa de Pablo, el subsecretario de Previsión Social! Supe que éste quería seducir a Gloria. Ella misma me lo contó. Y no pude pedirle que dejara la casa, porque no tenía como protegerla.

Por si misma arregló la vida esta dificultad.

Cinco gritos vuelan de las campanas.

Teresa, en el salón, recibe visitas. Están con ella las Pérez, aquellas muchachas que le acompañaron en la fiesta que dió al Ministro.

Son dos. Se llaman Fina y Gracia. No podría decirse cuál es más bonita.

Teresa ordena que traigan el té.

Entra Gloria a servir. Con gran asombro de Teresa, Fina se levanta. Abraza a Gloria, le besa en la boca.

—Volvió a quererme en ese momento,— me dice Gloria—. Fina fué una de mis amantes en el colegio.

—¿Y tú le correspondías?— pregunto.

—Si,— contesta—. ¡Figúrate cuanta vergüenza sentiría! Me puse colorada. ¡Casi rompo el servicio de té!

También Gloria está emocionada. Besa a Fina.

—¿Se conocían?— pregunta Teresa.

—Si, fuimos compañeras,— contesta Fina—. ¡Figúrese, señora, el gusto que tengo al verla después de tantos años!

Gloria ha enmudecido. Fina, alegremente, le pregunta:

—¿Eres muy amiga de la casa?

Gloria, aturdida, no sabe qué contestar. Teresa le salva:

—Si,— dice—. Es la amiga íntima mía. La quiero mucho. Y como es tan amable, tan gentil, ella me ayuda en casa. Cuando las criadas salen, tiene la amabilidad de preparar el té.

—Desde el colegio era muy buena Gloria, —añade Fina—. Por eso todas la mimábamos.

—Yo, —continúa Gloria,— no sabía qué hacer.

Se humedecen sus párpados. Le abrazo, le beso en los ojos, para sentir en mis labios sus lágrimas.

—Venga a tomar el té Gloria, —dice Teresa—. Yo les serviré. Usted ha trabajado ya bastante. Charle ahora con sus amigas.

Gloria, haciendo esfuerzos dolorosos para serenarse, se sienta a la mesa. Con Fina evocan el colegio, saturado de frescura y amor.

—¿Te acuerdas,— dice Fina,— cuando casi nos ahogamos en las fuentes de Tesalia?

—¿Cómo fué?— pregunta riendo Teresa.

—En un paseo que hicimos todas las compañeras,— prosigue Fina—. Yo no sabía nadar. Me ataron una cuerda a la cintura y me arrojaron al baño. Pero la cuerda se arrancó. Me abracé desesperadamente a Gloria, que nadaba cerca de mí ¡Y nos hundimos las dos!

Teresa ríe. Gracia y Fina ríen también. Gloria recuerda que dentro del agua Fina le besó y que, a través del traje de baño, acarició su sexo. También ahora quisiera besar su boca, unir los senos, juntar apasionadamente sus cuerpos, como en las noches de colegio. ¡No, no! Gloria es una criada y Fina una señorita.

—¿Todavía le quieres?— pregunto a Gloria.

—No se,— contesta—. Ayer encontré de nuevo a Fina en la calle—. Brota una pausa triste. Cuando se diluye la silueta del silencio, Gloria añade:— Entre dos mujeres hay más confianza, no se guarda ningún secreto. El cariño es más sincero.

Para mí es un dolor oír a Gloria.

—Vamos Gracia,— dice Fina—. Ya es tarde.

Se despiden. Agradecen a Teresa sus atenciones.

Solas de nuevo, pregunta Teresa:

—¿Por qué no me ha dicho antes quién era usted?

Gloria calla. Teresa comprende. No insiste.

—Vaya usted a cuidar a la niña, — termina.

Llega Pablo.

—¡Carajo!, — piensa—. No hay duda que mi mujer es inteligente. Para que me consuele ha buscado una criada que parece una dama. Es mejor que la Dolores. No vuelvo más donde esa chola sucia.

Sintiéndose seductor, aborda a Gloria:

—Venga señorita, siéntese a mi lado. Quiero conversar con usted.

—Perdone señor, — contesta Gloria—. Estoy ocupada.

Y sale.

—¿Qué hiciste después?, — pregunto a Gloria.

Ella contesta:

—Al día siguiente que fuí a servir, la señora me recibió en el salón, como si fuera una visita. No era sino una forma culta de decirme que no quería que le sirviera más. También parece que sospechó que su marido trataba de seducirme. Me despedí agradeciéndole todas sus finezas. Desde entonces no he vuelto.

La noche tiene sueño. En el cielo ondulan los ojos las estrellas. En la ciudad abren sus párpados las linternas de los autos.

A Julia le duele la garganta.

Ha pasado enferma toda la semana.

Hoy está de vacaciones. Es domingo.

—Será porque trabaja tanto,— dice la madre,— que no tiene ánimo para salir a la calle. Viene los sábados de la fábrica a medio día. Después de almuerzo se acuesta y sólo se levanta el lunes.

Julia ríe. Tiene los ojos hundidos. Está palida.

No les importa a los patronos la salud de las obreras. Ellas trabajan sin precaución alguna. El polvo que se desprende de los hilos, es absorbido todo el día por las muchachas y destroza su sistema respiratorio.

—¿A ido a la fábrica estando enferma?,— pregunto.

—Sí, —contesta la madre—. Si ella no gana, no tenemos con qué comer.

—Debía solicitar una licencia.

—No le hubieran pagado nada.

—Cuando se tiene permiso hay derecho a jornal,— añade.

—Los dueños de la fábrica no piensan así,— interviene Julia—. A esos imbéciles no les importa que nos muramos todas. La que trabaja, gana; la que no trabaja, no gana.

—Se ha hecho usted examinar con un médico?

—No,— responde la madre—. No hubiéramos tenido con qué pagar la visita.

—Los de Asistencia Pública atienden gratuitamente.

—No he tenido tiempo para ir al consultorio,— exclama Julia.

—Creo que le hubieran dado permiso para que fuera.

—Cuando se sale descuentan el salario, aunque la ausencia sea sólo de cinco minutos.

Pero los hombres célebres del país, los grandes políticos, afirman que el Ecuador es un país dichoso. En él no hay crisis, no existen desocupados, el proletario no aparece por ninguna parte, nadie explota a nadie. Es una farsa hablar de la miseria en Qui-

to. ¡Ya quisieran las potencias europeas tener una situación económica tan brillante!

Julia no conoce a los grandes políticos, a los sociólogos universitarios, ni a los economistas del parlamento.

Los políticos, sociólogos y economistas, no conocen a Julia. ¿Cómo puede ser posible que ellos, hombres geniales, que se deben a la nación, tengan tiempo para conocer a una obrera oscura, a un grupo de muchachas que trabajan diez y seis horas diarias? ¡Ya existe una ley que fija en ocho horas la jornada máxima!

Estas cosas nadie las sabe, nadie. Ni siquiera las supe yo.

Ha mejorado Julia.

Ella, que suele tener una sonrisa diáfana que oculta su dolor, está ahora triste.

—¿Qué le pasa?— pregunto.

No contesta. Insisto.

—Ha tenido una dificultad en la fábrica,— explica la madre.

—¿Cuál?

—¡No le cuente,— interrumpe Julia,— no quiero que sepa!

La madre, entre las protestas de Julia, habla.

Hay en la fábrica una sala que es el depósito de hilos. Cerca está el dormitorio del dueño.

A las seis de la mañana, Julia fué a recoger material para el trabajo. Como la puerta de la sala estaba cerrada, Julia avanzó hasta la alcoba, para pedir la llave.

—Entre señorita,— dice el patrón.

Cuando Julia está cerca de la cama, él se levanta.

—¡Que linda es usted, cuando la quiero!

Ella se estremece.

—Venga, acérquese. ¿Tiene miedo de mí?

Julia quiso llorar. Ahora que la madre reconstruye la escena de la mañana, ella quiere llorar.

—¡No le cuente más!,— ruega.

La curiosidad me lleva de la mano hasta ser cruel.

—¿Qué sucedió?,— pregunto.

El patrón se levanta. Trata de abrazar a Julia. ¡Está la chica tan linda, con su tez pálida, la mariposa ondulante de su melena y sus ojos profundos!

—¡Su esposa nos verá!,— grita Julia con la esperanza de alejarle.

—No se preocupe,— contesta él—. Ya está acostumbrada. Una vez que quiso hacer escándalo, le dí una paliza. Desde entonces hace como si no lo notara.

Agarra del brazo a la muchacha. Le oprime la carne. Quieren las manos llegar hasta la gruta del sexo.

Julia se queja. Reacciona. Hace un esfuerzo brutal. Sale corriendo. Las lágrimas le impiden trabajar. Pero no le pagarán si no termina su labor. ¡Y en casa se necesita pan! ¿Qué comerán mañana, si ella no gana hoy?

Más tarde el patrón le mostró mala cara. Entre las obreras corrió el rumor de que Julia iba a ser despedida.

A mediodía, el patrón le dijo:

—Puede irse a su casa señorita.

—Toda la tarde ha pasado llorando,— añade la madre.

Siento dolor, un dolor muy hondo que se clava en la carne. ¿Cómo es posible que después de hacer trabajar a las muchachas desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, después de pagarles un mezquino jornal, quiera el patrón hacerlas sus amantes? ¿Cuál es la norma que dirige la vida? ¿En virtud de qué combinaciones diabólicas ha llegado el animal humano a ser tan feroz con los otros animales de su especie? Mi cerebro está enfermo. Nada puede comprender. Veo a la realidad como un caos envenenado y satánico.

¿Para qué vive la humanidad, si sólo lleva en sus entrañas

hambre y dolor? Debería haber una fuerza prodigiosa que la perfecciona o la destruya. Para alejar a la ruleta de angustia que gira en mi espíritu a la velocidad de la luz, o bien para hacer más vertiginosa aún su energía, pregunto:

—¿Le despidieron de la fábrica?

—No sabemos,—contesta la madre.—Tal vez no quieran recibirle más.

Julia continúa:

—Solo las que dan gusto al dueño tienen garantías. Son las mimadas. A ellas les colocan en la sección de pedidos, donde el trabajo es fácil.

Julia me abraza. Por mi sangre circula su tristeza.



Desfilaron ocho días.

La madre fué atacada por el paludismo, enfermedad que ya tuvo en la costa. Julia fué arrojada de la fábrica.

Como ellas no tenían con qué pagar el arriendo, la dueña de casa les pidió que desocuparan la pieza.

...Y una noche que fuí a verlas, las encontré arreglando sus muebles y sus trapos, para abandonar el mísero cuarto.

La madre tenía fiebré, dolor de cabeza. A Julia le torturaba el estómago. No tuvo qué comer todo el día. También yo sentía el brutal zarpazo del hambre.

Los tres unimos nuestra miseria. Batió las alas un racimo de corazones trémulos, que huyó a través de la alfonbra del viento.

Mi angustia se sintetizó en el sacrificio de estas dos mujeres arrojadas a la calle, hechas pedazos por la vida y que no tenían abrigo ni pan.

Sus siluetas fabricaron en mi espíritu una temblorosa gruta de recuerdo.

¿A dónde fué usted Julia?

¡Hábleme! Quiero oír su voz. Mi mano ansía acariciar los rizos de su melena. Mis labios serían dichosos, si pudieran probar otra vez el beso dolorido que sabe dar su boca.

Su imagen, Julia, está dormida en las encrucijadas más profundas de mi espíritu. Desde ahí llama a mi sangre. Al escuchar su grito se estremecen el sexo y el corazón.

Julia, compañera: ¡hábleme, porque yo amo a su voz!

Mi estómago no puede más.

Es cruel la tortura del hambre. Tengo un horrible dolor, como si los intestinos se devoraran a si mismos.

He perdido las fuerzas. Mi cerebro tiene una desbocada rotación.

La realidad adquiere caracteres alucinantes. ¿Dónde estoy?

Frío. Soledad. Se diluye la luz. Parece que el cuerpo huyera de su propio volumen.

¿Hoy? ¿Mañana? ¡Nunca! Pero, ¿qué es lo que hay en mí?

Llévame de tu mano espectro interior. Destruye con tu energía mi carne.

Todo ha perdido su sentido.

El mundo es ilógico.

No puede tener razón la vida.

¿Locura? ¿Distancia? ¿Amor?

Me ahogo en la miseria. Vertiginoso desfila el pasado.

Imágenes. Siluetas. Emociones.

Se hizo pedazos la luz.

Fuí muchacho harapiento. La vieja criada me besó con su boca sin dientes. Tío Juan maceraba mi carne. Lucrecia oprimió mi sexo. Gloria hizo llegar hasta la miseria mía esos pasteles ricos que daba a los perros.

¡Teresa ha lanzado a los labios de Gloria un té al atardecer! ¿Qué hiciste de tu tragedia Julia? ¡Te llaman! Es el proletario de Berlín, el hombre sin trabajo de Nueva York, el desocupado de Londres. ¿No ves cómo quieren luchar contigo para la redención de la especie?

¡Tus hijos se mueren de hambre, Alfredo! ¿Ha sonado una voz? Si, es la de Pablo. ¡Salúdalo, no seas estúpido! ¿No vez como los amanuenses se inclinan ante él? Ordena:

—“Saque una copia de estos acuerdos”.

(Dió un trampolín la máquina de escribir, porque vió los cuernos del jefe).

En la ciudad de Quito nadie se muere de hambre. El piso bajo encierra un tugurio donde un niño no tiene leche para alimentarse. ¡Y la madre está tísica! Su tos encierra los ahullidos de una farándula loca.

¡Corren ríos de leche! Cuando el pequeño quiere beberla, la leche se vuelve roja. ¡No es leche, no! ¡Es un caudal de sangre!

¡Música, alegría, mujeres! Resucita la fiesta que dió Pablo al Ministro. Otro coro. Son los aplausos de una magnífica conferencia, en el salón de actos de la universidad central. El baile gira sobre sí mismo. Un Ministro introduce su mano en el sexo de Teresa. La mano de Pablo avanza hasta la cartera del Ministro.

Unos hombres quieren llevarme al orfelinato. Tío Juan agoniza. ¡Trae encendida una bujía! La carne de Juan arderá. Está saturada de alcohol. Así le daremos vida.

¡Juventud, juventud! Ya se prendió una hoguera. Arrojuremos ahí todos los libros. ¿Para qué sirve la cultura? Nosotros no debemos sino saber redactar las notas oficiales.

¿Un pedazo de pan? La boca de Julia se abre ansiosa. ¡Va a masticarlo! Pero la mano del dueño de la fábrica, arrebató el pan de los dientes de ella. ¡Desde las seis de la mañana, hasta las diez de la noche! Usted, señorita, se fue a casa a mediodía. ¡No tiene derecho para comer! ¿Dice que está enferma? ¡Ah, le duele la garganta! Entonces usted no puede tragar. ¿Tiene su madre paludismo? ¡Qué importa! ¡Esa vieja debe podrirse pronto!

Además, señorita, si a usted le gusta abrir la boca para comer, debe también gustarle abrir las piernas, para que yo pueda entregarle lo más precioso de mi cuerpo. ¡Soy su patrón! ¿Dice usted que nacerá un niño? ¡Hay asilos! Vea usted co-

mo las manos llenas de joyas dan caridad a los huérfanos. ¿Qué importa que estén amontonados los muchachos en el orfanato? Así aprenderán a obedecer. Desde pequeños hay que enseñarles que ellos no tienen derecho a la vida.

¡Sí, es Alvarez! El estúpido cambió el número de una nota oficial. ¡Y todavía se atreve a poner objeciones al jefe! Orden. Si algo sagrado existe, es el principio de autoridad. ¿No ve usted que hay hombres célebres saturados de ciencia y poderío, que consagran su genio al servicio de la nación? Ahí está el Ministro que hace dichosa a una muchacha besándole en la boca.

Medianoche de hambre. Quejidos humanos. Ladran los perros. En la taberna, la guitarra fabrica volutas dolientes.

—¡Baile con esta linda morena!

Inesita onduda su cuerpo. ¿Por qué el niño no se alimenta siempre en las entrañas de su madre?

—¡Mamá! No he comido desde ayer. ¡Dame la leche de su seno! Mis dientes no morderán tus pezones trémulos.

Yo me comprimiré. Mi corazón se volverá diminuto. Mi sexo quedará esbozado apenas. El cerebro parecerá una cabeza de alfiler. Estarán prisioneros los huesos en una sepultura, confundidos con los despojos de perros vagabundos.

Seré siempre pequeñito mamá. Y tú me adormecerás en el regazo.

¡Horror! Se han unido Gloria, Julia, Olga, Lucrecia... Todas las mujeres que yo conocí.

¡Y las piernas forman un solo abanico! Vida, vida brota del centro, en el cual está abierto el prodigio del vientre.

¿Es en realidad un ser de la especie humana, el que surge a través de este sexo alucinado y sangriento? ¡Trabajen, trabajen todos! Pero está paralizada la ruleta del trabajo. Manos bellas, manos duras, manos avaras, manos descarnadas, acumulan oro, máquinas, producción y joyas.

¡Tierra, madre de todos los animales que creaste! ¿Dónde está tu protección? ¡Te han asesinado, tierra! Estás ahorcada por una cuerda, que los hombres fabricaron para tí. Se llama frontera. Cuando esa cuerda satánica se retira del sitio que le señalaron los gobernantes del pasado, aparece el infierno, impulsado por causas económicas. Los hombres se despedazan a millones, con unos juguetes macabros que sólo ellos saben hacer.

¡Tierra! Un puñado de tus hijos bebe toda la leche que mana de tus senos. Pero tú amas a todos los seres que forjó tu mano. ¿No guardas un poco de energía para mí? Oye, tierra: ¡millones de hambrientos en todo el mundo te piden pan! ¡Arroja el fuego de tu corazón, por los cráteres de los volcanes que son como tu sexo! ¡Devora a todos los que te oprimen!

Te ahogan las ciudades. Bocas, manos, piernas. Espaldas oprimidas quieren que las alivies tú. Intestinos vacíos reclaman tus frutos. Entrañas podridas ansían absorber el sol de tus montañas. Genitales angustiados aprisionan caricias locas. ¡Arranca de las venas tu propia sangre! Tu animal mejor, el hombre, se revuelca en una tremenda agonía.

Las ciudades se derrumban. Caras poderosas se desploman desde los pisos altos. Y brazos robustos suben desde la calle hasta el gobierno.

¡Se hunde la civilización! Muchedumbres. Formidable confusión de cabezas, máquinas, fábricas, manos.

A media noche todo quedará convertido en escombros. Los trenes volarán hasta las constelaciones. Los autos se estrella- rán contra las nubes. En las plantas del mar, los aviones esta- rán quietos. Jugarán a ladridos las metralas. Bombas de dina- mita, como globos de carne roja, destruirán los palacios.

La especie habrá desaparecido. Su recuerdo hará meditar al infinito.

No.

He aquí la mañana. Resucita el hombre cuando aparece el sol.

De su corazón vuela el amor. La jaula de su espíritu apri- siona el arte. La ciencia domina al cosmos.

Para todos es la riqueza. La tierra abre sus brazos para que trabajen todos.

El hombre conquista el espacio, la belleza y la cultura.

¡Todo ha sido hecho de nuevo! Una poderosa energía, lla- mada revolución, ha vuelto a crear a la humanidad.

Ríe el océano. Cantan las montañas. Las ciudades ejecutan una sinfonía maravillosa.

Se acerca una caricia transparente. Es la voz amante de Gloria.

—¡ Estás delirando,—dice.

—¡ Tengo hambre!,—contesta mi boca.

Ella me besa en las sienes. Sus pupilas están húmedas.

Compañero: tuya es la tierra.

*Algunas opiniones sobre los libros  
de Humberto Salvador*



**Sergio Ignatoff.—Rusia.**

Su libro "Taza de Té" lo leí con gran interés y atención. ¡Magnífico libro! ¡Ojalá que usted nos diera otros tan profunda y fuertemente escritos! Ya escribí un artículo crítico que se publicará en la revista "El libro Extranjero". En este artículo se dice lo que sigue: (transcribo unos párrafos): "Marxista y freudiano, Humberto Salvador se detiene en su interesante libro en anormalidades sociales, morales y familiares de la sociedad contemporánea. Su libro es una protesta áspera y una especie de bofetada dada a esa sociedad. Tiene razón Manuel Ugarte: la obra de Humberto Salvador no es para todos. El autor toma muy profundamente los problemas principales de la especie humana, —el hambre y el amor,— y los trata muy extraordinariamente. El añade el psicologismo a la prosa narrativa de su país. Sus ejemplos literarios se debe buscar en la literatura rusa y aquí, en primer lugar es preciso mencionar las obras de Dostoiewsky. Pero sería una grande equivocación el contar al autor como un imitador. La obra suya es enteramente original y se separa de la literatura americana muy inspirada por la literatura francesa. Humberto Salvador asimilando de los autores rusos la profundidad del análisis psicológico y recogiendo para sus temas varios desvíos de la norma psíquica, rehúsa la influencia francesa tan corriente en Indoamérica. El autor se da cuenta de los caminos de la evolución futura de la literatura americana. Esos caminos no la conducen a París. Extremamente importante es el valor social de la obra de Humberto Salvador, uno de los pocos escritores marxistas en América, talvez el más fuerte artista de todos. El autor es psicólogo muy sutil, tiene gran cultura y erudición y se presenta como un gran maestro de la prosa fuerte, flexible, rítmica. Su lenguaje tiene agudeza y color brillante. Resulta el libro magnífico, lleno de contrarios sociales y sexuales, esbozados por su mano maestra. "Taza de Té" es un libro aislado en la literatura americana y que merece ser conocido por el lector ruso".—Creo que estas líneas de mi artículo, mal traducidas a su idioma, le darán a entender mi admiración y mi entusiasmo. Me gustaría mucho conocer la obra entera de usted y le ruego enviarme todos sus libros para escribir un ensayo sobre usted. En mis largos estudios de la literatura, no he encontrado un autor de tanta modernidad, de pensamiento tan audaz y de tanta profundidad. Muy americano, es usted un escritor internacional y la obra suya no pertenece sólo al Ecuador. Me sería muy grato tener intercambio intelectual y literario con un hombre representativo de la América moderna, como es usted.

**Dr. Stanislaw Pazurkiewicz.—Polonia.**

He leído su hermoso libro "Taza de Té", la taza del mejor té, con verdadero interés, admirando la riqueza de su temperamento literario. "Taza de Té", acusa en usted una fuerte, una vigorosa personalidad. Reciba usted mis más cordiales felicitaciones por su libro. Me es grato ofrecerle mi sincera amistad y mi admiración intelectual.

**A. Granja Irigoyen.—Méjico.**

Me permito decirle que he leído pocos libros tan armónicos en su todo, en que no decae ni un sólo momento el interés ni la belleza. Por los emocionantes ratos que tuve con la lectura de su bello libro "Taza de Té", le ruego reciba mis felicitaciones cordiales.

**Ramón Gómez de la Serna.—España.**

Muy bien su libro y hay que llenar con el té suyo las letras del mundo. Espero que "Taza de Té", haga cordillera con su triunfo.

**"La Prensa" de Buenos Aires.**

Obra de escritor culto, de viva imaginación, es la titulada "Taza de Té". El poeta ecuatoriano Humberto Salvador afirma con ella el buen nombre de que disfruta.—Humberto Salvador es ventajosamente conocido por los libros que lleva publicados, los cuales le han valido la aprobación del público que ha tenido oportunidad de conocerlos.—Empezó su carrera de escritor en 1925, con la obra "Amor Prohibido". Más tarde produjo "Canción de Rosas" e "Intimidades". En 1928 escribió nuevamente varias obras destinadas al teatro. Al año siguiente el señor Humberto Salvador escribió un poema "Sinfonía de los Andes", que fué laureada con la flor natural de Quito, y con el primer accésit a la flor natural en los juegos florales celebrados en la Argentina.—El nombre de este poeta va consolidándose y logra ser más conocido en 1930 con la publicación de su libro "En la ciudad he perdido una novela", obra que fué bien acogida y de la cual se dijo que pocas veces se podía encontrar en un libro tanta vivacidad unida a una melancolía tan irónica. La obra que presenta ahora el escritor quiteño se titula "Taza de Té", que contiene más de 300 páginas. Los dieciséis temas que desarrolla en este libro dan fe de la facilidad y soltura con que escribe el señor Humberto Salvador; demuestra, por otra parte, la cultura que le adorna y la viveza de imaginación que anima cuanto escribe.—En el volumen "Taza de Té", encuentra el lector material que llenaría varios tomos, pues es obra generosa, que tiene la virtud de expandirse por su sinceridad y sus formas nuevas sin

---

ser rebuscadas ni absurdas.—“Taza de Té”, es un libro amplio, está escrito en un estilo cortado, breve y atrayente y en él procura el autor decir con pocas palabras grandes verdades.—Libro que instruye y deleita a la vez.

**Guillermo de Torre.—España.**

“Taza de Té”, es un libro cuantioso por su ideología, original por sus motivos refinados y por su arte.

**Arturo Capdevila.—Argentina.**

“Taza de Té” es un libro incomparable.

**Juana de Ibarburou.—Uruguay.**

Toda mi admiración por su hermoso libro “Taza de Té”. Me ha dejado suspensa su lectura, porque me he encontrado ante una de las pocas manifestaciones del arte moderno. Llena de entusiasmo le envío un abrazo de felicitación.

**Fermín Requena.—España.**

Nuevamente el autor de “Ajedrez”, “Sinfonía de los Andes”, “Bambalinas” y “En la ciudad he perdido una novelita” nos deleita con la lectura de una nueva producción, original y bella, como todas las que salen de su brillante pluma. Constituye “Taza de Té”, una bella colección de excelentes y bien escritos cuentos, en los cuales no se sabe uno qué admirar más, si el fluído desarrollo de sus temas interesantes, o la fina galanura de su prosa maestra.—Todos ellos son intensos, estilizados, impecables de fondo y forma, sobresaliendo el titulado “La Navaja”, que ha merecido los honores de ser traducido al ruso por Elena Modjinskaya, después de ser premiado en el certamen literario internacional de Colombia.—Felicitamos muy de veras al notable escritor ecuatoriano por la publicación de este su nuevo y original volumen.

**Fernán Silva Valdés.—Uruguay.**

En una de las páginas en blanco de su libro “Taza de Té”, he escrito esta impresión: Entiendo que el autor de este libro es uno de los pocos escritores que utilizan, combinándolo con maestría, lo que enseñan los libros y lo que nos muestra la vida. La falla que yo encuentro con frecuencia en los intelectuales, es cierta unilateralidad libresco, resultante del desconocimiento práctico de los cotidianos y vulgares episodios del vivir. Por eso, yo que soy hijo de la vida, (e intuitivo, autodidacta), observo con cierta insolencia, a los intelectuales intelectualizados. En usted encuentro juntas, con admirable asimilación, las doctrinas científicas modernas y una eficaz observación de la vida, que le hace

---

---

pensar a usted profundamente. De esta doble experiencia, usted hace una experiencia cabal y expone sus resultados con una agilidad que sorprende, asistida de expresiones inéditas y asistidas éstas, a la vez, por una gracia jugosa. Ciencia, poesía y realidad hay en su libro disparado al mañana como un tren expreso, lo que hace de usted, en mi pensar, uno de los escritores de más porvenir de América y aún me quedo corto.

**Carlos Prendez Saldías.—Chile.**

Termino de leer su "Taza de Té", tan cálida y tan sabrosa y quiero que le vaya mi admiración.—Tiene usted el raro privilegio de la originalidad, que se da poco en las latitudes de América. Estamos afrancesados hasta la médula. Por eso, escritores como usted, que sienten la vida Americana, son casos geniales entre la imitación que impera.

**Ricardo Rojas.—Argentina.**

Saluda atentamente al escritor ecuatoriano don Humberto Salvador y le aplaude por su libro "Taza de Té", en el que ha saboreado la modernidad de su técnica y el ingenio freudiano de sus producciones.

**Rosa Arciniega.—Perú**

¿Quién tuvo la feliz ocurrencia de dar a usted mi dirección? Tendré que agradecer a ese generoso mentor tal sujeción. Porque, en efecto, me ha hecho un señalado favor. Ahí es nada, recibir un libro como "Taza de Té". Y lanzado al aire el espontáneo globo de esta exclamación, ¿qué más voy a añadir? ¿Frasas rituales y huecas? ¿Tantos elogios al uso? Sería perder el tiempo. No es su arte, un arte que esté al alcance de cualquier "manada porcuna", ni tampoco es susceptible de ditirambos tullidos.—¿Quiere que le diga una cosa sincera? Bien. Mándeme todos sus libros. Es para mí interesantísimo seguir el proceso de su desarrollo artístico. ¡Que gran injusticia —esa de que— el gran público europeo no le conozca a usted como debería conocerle! Le admira a través de su parcial presentación de "Taza de Té", su amiga.

**Concha Espina.—España.**

He saboreado su exquisita "Taza de Té" y la aplaudo con devoción.

**J. Cossío del Pomar.—México.**

Aplaude cordialmente al brillante escritor Humberto Salvador por su obra "Taza de Té". Es un libro que con honor debe ocupar su puesto al lado de las mejores producciones

---

literarias modernas de Indo América.—Con felicitaciones muy sinceras.

**Manuel Ugarte.—Argentina.**

Gracias, mi estimado amigo y compañero por su "Taza de Té", obra grande. Con usted se levanta en América una fuerza que desbarata las convenciones y aborda los asuntos más difíciles en una arremetida de sinceridad triunfal.—Le felicita y le estrecha las manos.

**Emilio Rayignani.—Argentina.**

He leído su vigoroso libro "Taza de Té", audaz en la forma, nervioso, ágil en su esencia. Moderno por la concepción y la sensibilidad que traduce, se lee sin levantar la cabeza hasta el fin.—Muchas gracias por el placer estético que su lectura me ha procurado.

**Fernando Diez de Medina.—Bolivia.**

Habría deseado ocuparme con detenimiento de su "Taza de Té". Causas distintas, que me alejan momentáneamente del periodismo y de la crítica, lo impiden.—No quiero, sin embargo cerrarme a la intensa refracción de su libro; y sin penetrar en sus diversas excelencias, señalo, fragmentariamente, la auténtica virtud de su fuerza expresiva. Porque su libro es eso: la expresión estética del universo desarticulado, demoníaco, de la vida contemporánea; y para comprenderlo en la vigorosa radiación de sus energías, es necesario tener conciencia de lo que es el hombre moderno, de lo que es también la moderna mujer.—Observo que la crítica le señala contactos: Dostoiewski, Joyce, Mann, Pirandello. ¿Contactos? Yo diviso más bien la raigambre: Freud, Jorge Carrera Andrade es, a mi juicio, el que más se aproxima a usted para juzgarlo, a señalar el rasgo: "Humberto Salvador o el psicologismo". Pero sus personajes no tienen contacto con los de Joyce o los de Dostoiewski, porque habitan un distinto universo,—menos consistente porque la vida moderna es más dislocada—y, en último término, son la expresión de una manera humana (1933) que no es ni la del extraordinario irlandés ni la del profundo y torturado místico ruso. Y bien, ello es mejor, en todo caso, para usted, que en lugar de entroncarse con patrones literarios, afirma la originalidad de una visión enérgica y valerosamente personal.—Un vigoroso talento de síntesis y una poderosa vena de concepción interior, consolidan netamente su obra, que por riqueza y audacia de forma resalta con la fuerza plástica de un bajorrelieve colérico y sensual.—Un estrecho abrazo de su devoto amigo.

**Guillermo Jiménez.**

"Taza de Té" es un libro encantador, lleno de sugerencias, saturado de ideología y de arte y que se lee con deleite hasta el fin.

**Fernando Nébel.—Uruguay.**

Su admirable libro "Taza de Té", he leído con vivísimo interés. Me deja usted una gran impresión de artista notísimo y grande.

**José María de Acosta.—España.**

Su nueva y notable obra "Taza de Té", viene a confirmar la valiosa opinión que de usted tenía formada, por las anteriores producciones suyas. Le deseo nuevos triunfos en su brillante carrera literaria.

**Nieves de Castro.—Brasil.**

Su lindo libro "Taza de Té", he leído con inmensa satisfacción y simpatía y considero que su publicación es un formidable suceso literario.—Mándeme algunos ejemplares de su libro, pues los escritores de mi tierra están ansiosos de admirarlo.

**Mariano Picón Salas.—Chile.**

Le doy mi felicitación por su "Taza de Té" super-realista. Su prosa tiene siempre gratos descubrimientos, y sobre todo, evasión, aventura, en medio de la intensa vida contemporánea. Estimo que su obra es una de las pocas excepciones entre la producción corriente de nuestra América.

**Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—España.**

Basta asomarse a las páginas de su libro "Taza de Té", para apreciar que se trata de la obra de un ingenio original y de un gran poeta. Felicitamos a usted con toda simpatía, deseando a su libro el éxito que creemos de justicia.

**Federico Gamboa.—Méjico.**

Leídos uno tras otro los dieciséis cuadros que forman su sabrosísima "Taza de Té", todavía no acierto a discernir que fué lo que más me sedujo, si la magia de su estilo, comprensivo y breve, o la manera de atar y desatar los asuntos, que acusa en el autor a un novelista ya cuajado, y a un sociólogo justiciero, precisamente porque no regatea a las criaturas que nos presenta y analiza el caudal de sus misericordias.— Me felicito de su juventud, prometedora prenda que aún ha de regalar y enriquecer a la literatura de su simpática tierra y a la no definitivamente formada de nuestra América con muchas más muestras fu-

turas de su plecaro y nada común ingenio.—Permítame que le vayan mis parabienes y que, se unan a los varios y muy bien ganados, que las autoridades del arte y la literatura le han prodigado a usted, haciéndole estricta justicia.

**Rogelio Sotela.—Costa Rica.**

No sé cómo agradecerle bien por la lectura de su preciosa obra "Taza de Té", bello libro. Está lleno de sugerencias. Son finos y profundos los motivos de que trata usted. Su estilo es muy artístico. ¡Cómo sabe penetrar usted en el corazón humano! Me prometo escribir un ensayo sobre usted. Mientras tanto, va mi saludo fraterno.

**José Mancisidor.—Méjico.**

Su "Taza de Té" ha caído en mí, con toda su belleza, como un alimento espiritual anhelado.—Admiro la maravilla de su forma, fácil, sencilla, accesible a quienes, dedicados a otras cosas, no nos habíamos detenido a inspeccionar los aspectos de la vida que usted los descubre y nos revela. Por temperamento, me gusta más su libro, en aquellos pasajes en que, en forma valiente, trata usted el tópico de la lucha de clases. Cuando habla usted, por ejemplo de las máquinas, "que se suavizan con el sudor del obrero" y cuando manifiesta valientemente que algunos quisieran que en el cerebro del proletario "surja poderosa la idea de que no es hombre".—Espléndido es usted en "La Navaja". Cuento maravilloso en que la forma se acopla objetivamente el fondo que subyuga y conmueve. No quiero dejar sin mencionar su "Paranoia" en que tan exactamente plantea usted el problema y la miseria de cierta capa de intelectuales, hinchados de vanidad y preñados de ignorancia y egoísmo en esta hora de reajustes y rectificaciones. Además, la cuestión sexual, tan realista y tan humana. Hay frases que son como golpe de maza para la burguesía deshumanizada: "Sentí hambre! Un muñeco más, intelectual y grotesco, estrujado por el espectro maldito!" —¡Verdad innegable! Problema universal del intelectual cobarde.—Formidable es el ataque cuando alguna frase drástica pinta con recios perfiles el lodazal de los regímenes, como cuando dice: "Destituido del cargo por hablar de tópicos que atentaban contra la moral y el orden público".—La moral, efectivamente, pero la moral convencional y raquítica impuesta por un régimen que se desmorona.—Créame que me ha hecho pasar momentos encantadores, porque he sentido, que aunque lejanos geográficamente, estamos unidos por el pensamiento y por la acción. Juntos trabajamos por el advenimiento de un mundo mejor, que nos haga olvidar las miserias del actual.

**Benjamín Carrión.—Ecuador.**

En Humberto Salvador he hallado, más adentro de la inquietud por la técnica nueva —que se resuelve en logros admirables— una fuerza humana acusada y palpitante que no se detiene ante los peligros del análisis interior y profundizado, ni rehuye la gran aventura de “pesador de almas”, según la expresión monetizada por Maurois.—Salvador es ya, tan joven, un escritor con obra. No es la celebridad obtenida con el soneto o el artículo: laboriosidad honrada en profundidad y extensión, clara línea de hombre de letras, en ascensión sin torceduras ni mixtificaciones.—Después de su obra teatral que ha dejado en receso, nos dió “Ajedrez”, que dibujaba ya la nueva trayectoria de Salvador. Luego, maduración mejor de orientaciones, “En la ciudad he perdido una novela”. Libro crucero, libro *carre four*. Por allí pasa la nueva inquietud del poeta, en ráfaga, en remolino, concéntricamente, hacia la definición acrisolada.—Pero Salvador, sensibilidad e inteligencia nuevas, enrumba sus pasos hacia lo social, hacia lo humano. En el partidero, frente a las rutas con fichas indicadoras y atractivas, Salvador he recogido sus fuerzas vocacionales para decirse: por aquí, Joyce; por acá; Dostoiewsky; más cerca, hacia la izquierda, Mann, Pilniack, Erhembourg, Fédine... Y Salvador, que tiene fuerzas humanas y literarias para ello, seguirá este camino, camino de hombres....

**Eduardo Barrios.—Chile.**

De todo corazón, querido compañero muchas gracias por su libro “En la ciudad he perdido una novela”....” Lo he leído como obra redentora del aburrimiento que se sufre entre tanta obra indiferenciada. Y cuénteme entre sus admiradores y amigos de verdad.

**Alfonso Reyes.—Méjico.**

Mil gracias por ese libro de rica fantasía—“En la ciudad he perdido una novela....” — libro, (¿cómo decirlo?) escrito de dentro para afuera, y visto desde el interior, desde la trama.—Le felicito cordialmente.

**Jacinto Benavente.—España**

Mucho le agradezco el envío de su libro “En la ciudad he perdido una novela....”, que he leído con verdadero agrado y al que califico de avanzado y artístico.—Mi cordial felicitación.

**Arturo Capdevila.—Argentina**

En esa novela que usted por elegancia dice haber perdido en la ciudad, hay una inquietud magnífica. Inquietud

tud artística e inquietud moral. La elevación relampaguea casi en cada página. Apruebo plenamente ese coraje con que usted se ha lanzado sobre los temas y esa vibración de intimidad que estremece sus renglones. Ante su hermoso triunfo, no tengo más que palabras de enhorabuena.

**Salvador Novo.—Méjico.**

...Permítame ahora felicitarle doblemente por su delicioso juego y asegurarle que, si en la ciudad ha perdido una novela, ha ganado en cambio un admirador en éste, que le estrecha la mano cordialmente.

**Concha Espina.—España.**

Con mucha gusto he recibido el ejemplar de su obra "En la ciudad he perdido una novela..." que me ha producido muy grata impresión. Rebosa todo el libro de una modernidad elegante y liviana, felizmente engarzada en la solidez de una fuerte base literaria.—Le felicito y le deseo nuevos éxitos.

**Fernando Diez de Medina.—Bolivia.**

Desde Quito llega esta nueva producción del prestigioso literato ecuatoriano Humberto Salvador.—Autor de "Amor Prohibido", "Canción de Rosas", "Bambalinas," "Sinfonía de los Andes," "Ajedrez" y otros libros y piezas de teatro, el notable escritor quiteño posee ya una vigorosa personalidad de escritor a la vez que se perfila como un probado valor dramático.—Tiene muchas artistas de novedad, de genialidad y de belleza "En la ciudad he perdido una novela..." que destaca los vértices de una aguda psicología, de una poderosa imaginación reflexiva propia de un recio temperamento interior.—Lo extraordinario de éste libro raro y de fuertes sugerencias, es el lenguaje tan hábilmente usado de vida flexibilidad, en períodos cortantes, incisivos, plenos de belleza hiriente y rotunda.—Tragedia íntima del autor que crea su cuerpo ideal en la mujer maravillosa solo percibida por su "yo" interior, Humberto Salvador, posee la finura espiritual necesaria para insuflar animación excepcional a ese muñeco admirable que llama Victoria, tan profundamente humano y sin embargo tan irrealizablemente verídico.— "En la ciudad he perdido una novela..." es una obra novedosamente tallada. Hay en ella clara concepción de una nueva técnica novelística. Ahondamiento de reacciones interiores. Extraña belleza de episodios desconcertantes, de matices audazmente pintados, de notables interpretaciones psicológicas. Todo un gran libro que ha de ocupar la atención

de la crítica continental por su revelantes condiciones y por ser Humberto Salvador una de las pocas expresiones del vanguardismo definitivamente logrado.

**Vicente Clavel.—España.**

“En la ciudad he perdido una novela...” está muy bien escrita. Es una obra que revela la exquisitez de su temperamento literario, la originalidad de su visión artística y sus magníficos dotes de observador. Estas relevantes cualidades le conducen a ocupar uno de los primeros puestos en esa cada vez más fuerte literatura americana. Mi felicitación más entusiasta.

**Jorge Carrera Andrade.—Ecuador**

Con su obra “En la ciudad he perdido una novela...” Humberto Salvador añade un matiz nuevo a nuestra joven literatura. La prosa ecuatoriana, uniformemente provinciana y declamatoria, ha ganado en síntesis, agilidad y cultura o más bien dicho en refinamiento. Ayer, con Palacio, apareció el humorismo en nuestras letras. Hoy aparece con Salvador el psicologismo. Es verdad que leyéndolo vendrá a nuestra memoria el Pirandello de “Seis personajes en busca de autor”. Más, hay una diferencia esencial: la de que el joven prosista ecuatoriano cuenta, por el contrario, las impresiones del autor en busca de sus personajes. Su libro es como el proceso literario de la creación novelística.—“En la ciudad he perdido una novela” contiene bellas páginas descriptivas de los aledaños de Quito y de algunas costumbres capitalinas. Sin embargo, no puede catalogarse este libro entre la literatura criollista. El criollismo tuvo su auge en ese lapso de tiempo que va desde la agonía del romanticismo hasta la aparición del modernismo, que nació justamente como una reacción contra las pequeñas “literaturas nacionales” y que volvió los ojos hacia Europa, sobre todo hacia Francia. Superado el modernismo, se afirmó al tendencia universalista en la que está comprendida la exaltación de las clases humildes. De allí el indigenismo y el nativismo en América y toda esa literatura que podríamos llamar de “color” y que no hay que confundir con el pasado criollismo.—De todos los libros de Salvador, “En la ciudad he perdido una novela” es el mejor, el de más aliento. El vocabulario de que dispone es rico y alcanza el tono y la emoción artística del poema en prosa. Esta inclinación lírica del autor es una garantía de belleza en sus futuras creaciones.

**Fermín Requena.—España**

“En la ciudad he perdido una novela”—Original entre todas las originalidades resulta esta nueva producción del

---

conocido y prestigioso escritor hispanoamericano Humberto Salvador.—“En la ciudad he perdido una novela” es la obra de un gran poeta; de una inteligencia creadora que busca, en el alma humana y en la razón de las cosas el cómo y el por qué de todas las originalidades. En ella, como en todas sus obras anteriores, Humberto Salvador desorienta con su arte novelesco, impresionando vivamente al lector y logrando hacerlo copartícipe de sus más íntimos sentimientos.

**Manuel Ugarte.—Argentina**

Estimado amigo: —Su libro “En la ciudad he perdido una novela” me ha parecido admirable. Pocas veces he hallado tanta vivacidad unida a una melancolía tan irónica. Tiene usted un don genial para exprimir la síntesis de las desafinaciones humanas y a la vez una gloriosa predisposición para trocar la cólera en sarcasmo ante las inverosimilitudes del mundo. Obra generosa y grande la suya, por lo mismo que todos no la han de comprender; para los que lean con sinceridad, dolorosa; en todo caso, obra perdurable. Mis felicitaciones al escritor triunfante de espléndido porvenir; y un apretón de manos muy cordial al amigo fraterno.

**José María de Acosta.—España**

Mi distinguido compañero:— Por su originalidad extraña, por su dinamismo y sugerencia y por su maestría, su bello libro “En la ciudad he perdido una novela”, me ha proporcionado unas horas de encantador solaz. Mil parabienes por este nuevo triunfo.

**Gregorio Marañón.—España**

Su hermoso libro “En la ciudad he perdido una novela...” he leído con deleite. Reciba mi aplauso.

**Rogelio Sotela.—Costa Rica**

Ya he escrito algo acerca de su precioso libro “En la ciudad he perdido una novela...” Pero lo releo ahora y siento el impulso de enviarle un gran apretón de manos que significa mi admiración y mi saludo cordial.

**Juana de Ibarbourou.—Uruguay**

A Humberto Salvador, toda mi gratitud por el envío de “Bambalinas” que he leído con intenso interés y todas mis felicitaciones por el refinamiento de su arte y por su extraordinario talento.—Cordialmente.

---

**Víctor Manuel Díez Barroso.—Méjico**

He leído con todo cuidado e interés su precioso libro "En la ciudad he perdido una novela..." no solo por el valer de la obra, sino porque en ella iba encontrando expresiones y pensamientos muy nuestros, es decir, muy de América, los cuales nos acercan intelectualmente y nos hacen desear un mayor conocimiento recíproco. Lo que más me interesa de usted es "su actualidad". Creo que el artista debe vivir su época, sentir las ideas de sus días y expresarlas también en el lenguaje del tiempo en que le tocó vivir. Todo esto lo ha realizado usted y por eso su personalidad me interesa mucho.

**Atilio García Mellid.—Argentina**

Ha sido un placer muy grande recibir su nuevo libro "En la ciudad he perdido una novela..." He leído con el interés que se merece su brillante producción. Le cuento a usted en el número de los camaradas y amigos que en toda América se esfuerzan por vincular los ideales de los hombres nuevos, fusionando en un solo haz sus aspiraciones y propósitos. Es usted un trabajador infatigable y de positivo talento. Mucho puede esperar su país de su consagración y laboriosidad. Yo sólo se decirle que me enorgullezco de su amistad y que en la ciudad de Buenos Aires ya se le conoce a usted ampliamente y se le admira mucho.

**Alfonso Reyes.—Méjico**

Gracias a Humberto Salvador por "Bambalinas" y todavía más gratitud por el espléndido rato de lectura. Las dos manos y los parabienes de Alfonso Reyes.

**Jacinto Benavente.—España**

Su interesante y sugeridor "Ajedrez" he leído con delección.

**Ramón Gómez de la Serna.—España**

Muy agradecido al envío de su bellissimo libro "Ajedrez". Queda de usted cordial camarada que le estrecha la mano.

**Jacinto Benavente.—España**

Gracias por el envío de su obra "Amor Prohibido". La obra está llena de delicadezas espirituales, que quizá se perderían en una representación defectuosa como suelen serlo todas las representaciones, pero que se avaloran en la lectura. Espero mucho y muy grande de usted.

---

**Eduardo Barrios.—Chile**

Agradece a su queridísimo amigo y colega Humberto Salvador, el envío de "Bambalinas" que acaba de leer y al que debe una admiración más.

**Alfonso Reyes.—Méjico**

Gracias a Humberto Salvador por su deleitoso "Ajedrez", precioso jardín. Gracias y mi más cumplida enhorabuena.

**Américo Castro.—España**

"Ajedrez" está compuesto de producciones tan variadas, originales como amenas.

**Alfredo Palacios.—Argentina**

Saluda afectuosamente al distinguido escritor señor Humberto Salvador y se complace en expresarle que ha leído su libro "Ajedrez", con todo el interés queen él despierta su talento; le agradece su gentileza y le felicita efusivamente por su noble labor intelectual.

**Vicente Clavel.—España**

He leído con el mayor agrado su nuevo libro "Ajedrez". Sus cuentos son bellísimos bien observados, con toda la desnudez de la realidad. Me ha complacido en extremo conocer a un literato que honra a su patria, fiel a la tradición artística de esa gloriosa Quito.

**V. Catalá.—Cuba**

Su libro "Ajedrez" es una preciosa colección de cuentos de evidente valor literario y en cuyas páginas asoma el observador admirable y el grave pensador.

**Jacinto Benavente.—España**

Su interesante y poética comedia "Canción de Rosas" he leído con sumo agrado. Muy de veras le felicito.

**Juana de Ibarbaurou.—Uruguay**

A Humberto Salvador con entusiasta aplauso a su bello "Ajedrez".

**Fermín Requena.—España**

A nuestras manos llega un ejemplar del bello tomo "Ajedrez" manojito lindísimo de cuentos novelas cortas y bocetos de comedia, debido a la pluma del notable escritor americano Humberto Salvador.—Por todas las páginas de "Ajedrez" campea vivilmente el genio de la raza hispanoamericana creadora de mundos e inspiradora de grandes ideales.—Los cuentos de Humberto Salvador, muchos de ellos pre-

miados en certámenes literarios, están saturados de una encantadora sencillez y escritos en estilo correcto y aménisimo, que hacen interesante su lectura, cualidad esencialísima de todo buen escritor.—Felicitamos al notable escritor del Ecuador por el éxito alcanzado con la edición de éste, su nuevo libro.

#### **"Letras"**

"Bambalinas" es un libro del joven escritor quiteño Humberto Salvador, merecidamente elogiado por la crítica literaria. El prestigio de este escritor se extiende día a día por todo el continente, y con justicia es considerado como uno de los portaestandartes de la nueva literatura ecuatoriana. Si tuvimos ocasión de aplaudir su libro de cuentos titulado "Ajedrez", esta nueva oportunidad nos es grata para saludar la aparición de un libro de más fino análisis y quizá de mayores bellezas que el anterior.

#### **Comunicado Oficial de la Legación de la República Argentina**

En dos ocasiones de haberse presentado en la República Argentina la especial circunstancia de celebrarse Certámenes Literarios Panamericanos ha dado motivo para poner en evidencia, el nombre del Ecuador mediante el triunfo de uno de sus hijos, que hace honor a las letras del país. Nos referimos a Humberto Salvador, distinguido poeta y escritor ecuatoriano que, hace muy poco tiempo obtuvo en los Juegos Florales de Bolívar, la Violeta de Oro por su "Sinfonía de los Andes" y a principios del corriente año, en un Certamen de la misma índole llevado a cabo en la ciudad de Bahía Blanca, conquistó la Medalla de Oro por su trabajo teatral titulado "Un preludio de Chopin".— Los altos premios alcanzados por Humberto Salvador, evidencian no solamente la capacidad literaria de la juventud ecuatoriana sino también, el alto valor intelectual de la misma, que se realza ante el triunfo obtenido, en una y otra circunstancia, en torneos donde han concurrido valores intelectuales y calificados de toda la América.

#### **Gastón Figueira.—Uruguay**

Cualquiera de las tres comedias que integran el libro "Bambalinas", es suficiente, por sí sola para demostrar que usted posee verdaderas cualidades de gran escritor teatral. Con verdadero acierto sabe usted reflejar fragmentos de vida, seleccionando,—con genuino espíritu artístico,— los aspectos de mayor interés. ¡Y qué decirle de la naturalidad, de la flexibilidad, del arte, con que maneja usted el diálogo! Su obra es muy bella y me ha proporcionado un gran placer, amigo mío.

**René Moulin.—Francia**

Reciba usted mi felicitación por su libro "En la ciudad he perdido una novela...." que es hermoso, nuevo y personal.

**Wanda Musso.—Brasil**

Leí su formidable y precioso libro "En la ciudad he perdido una novela", con grande emoción.

**José María de Acosta.—España**

Su precioso libro de comedias "Bambalinas", he leído con profunda atención. Encuentro en usted condiciones de dramaturgo poco comunes, por la soltura con que acierta a manejar los muñecos que su fantasía crea y a los que sabe infundir una vida intensa. Ello hace que la atención esté siempre pendiente del diálogo.

**Manuel Domínguez.—Paraguay**

En "Ajedrez" leí sus estupendas tragedias comprimidas admirando la inspirada intrepidez con que sabe clavar sus adjetivos. Estoy con sus novelas reducidas a su mínima expresión.

**Julia García Games.—Chile**

De una ideología audaz, con un emocionante interés novelesco, no sé cómo me impresiona más su libro "Ajedrez", si como colección de cuentos magistralmente escritos o como trozos de las vidas raras que ruedan por el mundo agujoneadas por mil espectros. Todas sus páginas son crueles, apretadas con mil miserias y con mil deseos. El arte, su arte, no basta para estilizar este mundo impalpable, siempre alerta en el fondo de cada uno, agazapado en la encrucijada de nuestras dudas. Es usted un escritor que desorienta, un escritor que ama lo morboso, que ahonda en ese mundo de las neurosis descritas por Freud, un escritor que arrastra a pesar de todo.

**Jorge Carrera Andrade.—Ecuador**

Humberto Salvador es un escritor joven, que ha dedicado lo mejor de su esfuerzo a la creación del teatro ecuatoriano. En nuestro concepto, lo mejor que ha escrito Salvador para la escena es "Bajo la Zarpa", obra de color neto y crítica intencionada de las costumbres locales.—"En la ciudad he perdido una novela", es un libro de prosa lírica. Imágenes felices inserta el autor en medio de finos análisis y cuadros curiosos. Hay rincones de Quito que parecen vivir. Páginas como las que se refieren a "El Tejar", "El Farolito", "La Viuda" merecen sitio especial es una antología folklórica

quiteña, al lado de las poesías de Jorge Reyes con las que tienen un real parecido.—Más el mérito del libro no sólo está en la imágenes bellas, sino en el procedimiento personalísimo que ha seguido el autor para escribirlo. En la riqueza psicológica que se advierte a lo largo de las páginas hasta el fin. La figura principal es el novelista que va a caza de personajes para su novela. Esta cacería la hace en la calle en casa de sus amigos, en el café. Introdúcese, con la llave de la imaginación, en el mundo cerrado de las personas que le rodean habitualmente y logra descubrir su vida interior y su drama escondido. Introspección y extrospección hábiles ejercita el autor hasta llegar a darnos, como sin proponérselo, no sólo una novela, sino un haz de novelas—un haz de vida— saturadas de realidad y de aquello que el gran glosador vasco, Unamuno, llamó en uno de sus libros “lo trágico cotidiano”.—El novelista se adueña de las vidas de los otros y las baraja diestramente para formar el juego ordenado de la novela. Un anhelo de disciplina le lleva a usar no sólo de los signos gramaticales, sino hasta de los geométricos: el triángulo, el cuadrilátero, que sirven para encerrar a sus personajes, como evitándoles que se escapen de la memoria. Freudiano y marxista, Salvador depura las concepciones de su libro anterior,—“Ajedrez”— y llega afirmar que “el amor es un fenómeno económico”.— El final de la obra es inesperado. El personaje de mayor importancia—Victoria—se le escapa al novelista en el momento mismo de apresarlo totalmente en las páginas de la novela. Victoria es el amor y el arte, y al evadirse de las redes tendidas para su captura, recobra su condición excelsa de ideal inalcanzable y eterno.

#### **Ministerio de Relaciones Exteriores**

Sección Protocolo.—Número cuatrocientos noventa y tres. —Quito, a 16 de Dcbr. de 1930.—Sr. Dn. Humberto Salvador.—Presente.—Es para mí un motivo de sincera satisfacción transcribir la siguiente nota llegada a este Departamento:— Número 113.—G. E.— Quito, a 10 de diciembre de 1930.— Señor Ministro:— El 11 de abril del corriente año, se celebraron en la ciudad de Bahía Blanca, unos Juegos Florales Internacionales, con motivo del 102 aniversario de la fundación de dicha ciudad y a esos efectos el suscrito recibió de la Comisión respectiva oportunamente, una invitación para que la hiciera llegar a los poetas y escritores ecuatorianos que desearan tomar parte en dicho Certamen Literario, de acuerdo con las bases que a él se le remitieron.— El veredicto de los Juegos Florales en referencia, adjudicó el Primer Premio al poeta y escritor ecuatoriano don Humberto Salvador, otorgándole la Medalla de Oro que, por la

Legación del Ecuador en Buenos Aires, le fué remitida al vencedor, por su trabajo denominado "Un preludio de Chopín" que es un paso de comedia de la vida quiteña en la época actual.—El señor Salvador, en otra ocasión, obtuvo también la Violeta de Oro en los Juegos Florales celebrados con motivo del Cincuentenario de Bolívar y los cuales fueron patrocinados por el Excmo. señor don Pedro César Dominici, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en mi país hasta hace poco tiempo.—El interesado me ha hecho entrega de un número de ejemplares de su obra premiada, para distribuirlos convenientemente en mi país, entre las instituciones literarias, culturales y teatrales, periódicos y revistas, escritores y autores, a lo cual sumamente complacido he dado cumplimiento.—Con tan fausto motivo, señor Ministro, cúmpleme expresar a V. E. y por su digno conducto al Excmo. señor Ministro de Educación Pública, los plácemes más efusivos de esta Legación y del suscrito por los triunfos alcanzados en las oportunidades de la referencia por el señor don Humberto Salvador, ciudadano ecuatoriano quien con su inteligencia y dedicación a las bellas letras, está difundiendo el nombre del Ecuador en el extranjero con el prestigio a que es acreedor por el esfuerzo loable de sus hijos, y en especial en mi patria, donde, por las circunstancias anotadas, se ha consagrado el interesado como un escritor de verdadera valía.—Saludo a V. E. con mi más alta y distinguida consideración.—(f.) Atilio Daniel Barilari.—Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina.

Al felicitar a usted muy efusivamente por este significativo triunfo que honra no sólo a usted sino también a su patria, el Ecuador, me es grato suscribirme atento y seguro servidor.—(f.) Gonzalo Zaldumbide.

#### "Letras"

Es "Ajedrez" una interesante colección de cuentos bellamente escritos, donde campea un espíritu selecto, original, observador y espontáneo. Su pensamiento, ya sea escéptico, voluptuoso o realista, está enaltecido siempre por un miraje superior,— el Arte,— tan sugestivo y estilizado, que nos hace sentir muy de cerca un ideal de perfección, una estética nueva, de amplios horizontes, una "supra comprensión" de la vida.—Las páginas de "Ajedrez" son dinámicas, altamente emotivas y harán época en la producción literaria ecuatoriana. Por lo demás, el triunfo de Humberto Salvador no es nuevo, ya que sus obras líricas y dramáticas le han dado un puesto distinguido entre los escritores de la actual generación.—Tributámosle, por lo mismo, nuestro aplauso muy sincero.

**Carlos García Prada.—Colombia**

Su libro "En la ciudad he perdido una novela...", he leído con mucho entusiasmo y deleite. Es un libro profundo e interesante, que dice mucho de la inquietud y exquisita personalidad de su autor. Su tecnicismo es sorprendentemente original y moderno. Desde que comenzamos a leerlo, nos "intriga". Nos preocupamos. Sus temas aparecen y desaparecen como las estrellas fugaces, dejándonos siempre en el alma la inquietud de un anhelo y en los ojos la sensación de lo bello.—Reciba por él mis más sinceras felicitaciones.

**Manuel Ugarte.—Argentina**

Gracias por su libro "Bambalinas". Todas sus comedias me parecen admirables de soltura, verosimilitud y recóndita emoción. Me gusta especialmente "El Miedo de Amar". Me ha dejado la impresión de algo sólido y definitivo. El primer acto sobre todo, se cierra con un rasgo digno de Saint Georges de Bouhelier o de Pirandello. Es una alegría para nosotros que surja en tierra latino americano un hombre que sepa jugar así con los sutiles engranajes del teatro, abriendo en la ficción veneros de vida auténtica.—Reciba un apretón de manos muy cordial de su amigo y admirador.

**Julia García Games.—Chile**

Humberto Salvador es un profundo buscador de almas.

**Juana de Ibarbourou.—Uruguay**

Humberto Salvador, voz y corazón de poeta, hasta en la prosa de acento más fuerte o en la de tono más irónico. Toda mi admiración y simpatía.

**"La Correspondencia de Valencia".—España**

Humberto Salvador es ecuatoriano.— Su inclinación principal es el teatro.—Y se presenta con el aval de Benavente, Ugarte, Gómez de la Serna, Juana de Ibarbourou, Rafael Altamira, Alfonso Reyes, Rodríguez Marín, Arturo Capdevila, Américo Castro, Edwards Bello, Vicente Clavel, Víctor Catalá, Ramiro de Maeztu. . . — He aquí su libro último, con el extraño título de "En la ciudad he perdido una novela. . ." ¿No se han fijado ustedes en la preocupación que los literatos modernos sienten por la técnica de su arte? Algo de eso hay en "Seis personajes en busca de autor" de Pirandello. No se olvide que Unamuno es autor de "Cómo se escribe una novela", libro, sin embargo, en que predomina otro carácter. Y así sucesivamente. . . ; lo cual hace pensar que esta época tal vez sea de dirección.—Pero tornemos al libro de Humberto Salvador. ¿Novela? Si; nove-

la, aunque el autor haya perdido una novela en la ciudad... Claro está que no se trata de una novela con el tradicional armazón, sino suelta y desconcertante. Y en ella hay mezcla de motivos propios, galanías francesas y de elementos norteamericanos. Esto de los elementos norteamericanos quizá haya de reducirse a la influencia del cine. Pero ya es bastante, ya es bastante para sellar una obra literaria.

**Manuel Gálvez.—Argentina**

"En la ciudad he perdido una novela..." me parece un libro originalísimo y moderno, que tiene mucho de cinematográfico. Le felicito por la bella obra que ha realizado.

**Américo Castro.—España**

Su libro "Taza de Té" he leído con mucho gusto. Toca usted en aquél temas muy actuales y analiza con maestría esas complejidades del sexo, que la literatura crea al mismo tiempo que las describe.—Mi sincera felicitación.

**Rosa Arciniega.—Perú**

Su literatura de usted es sólo literatura de usted. (Confidencialmente: para mí, de las pocas literaturas actuales que puedo deglutir).

**"Riscos"**

"Taza de Té".—Libro publicado el año pasado. De consiguiente este artículo puede considerarse como extemporáneo. Sin embargo, ahí va. Quiero que conste mi aplauso a Humberto Salvador que ha triunfado una vez más.—No he tenido la culpa de leerlo tarde.—Libro moderno, raro, original. No hay un lugar común. No hay un tema común. En algunos cuentos destruye la lógica. Esa señora burguesa y vieja cuyo poder felizmente va desapareciendo, para dar paso al desorden psicológico humano que hace de cada hombre un loco. Su autor no se estrujó los sesos para escribirla. "Cuento ilógico", por ejemplo, se ve que es hecho dejando correr los dedos sobre la máquina de escribir y dejando que ellos imprimieran todo lo que su cerebro eleboraba sin orden. ¿Por qué no hacerlo así? ¿Por qué no escribir todo lo que se concibe, sin obligar al pensamiento a esa monogamia con una sola idea? Debe hacerse obra ante todo humana. Obra sin retorcimientos. Sin amaneramientos. Y esto lo consigue Humberto Salvador admirablemente.—Otra faz del libro es su tendencia. No hay una página que no sea una enseñanza. Muchas veces extrangula la forma para hacer resaltar una idea. Este libro podría considerarse como una guía para ir al fondo de los problemas sociales y como una preceptiva de literatura de van-

---

guardia.—Al terminar la obra queda en el lector una impresión que no sé definirla. Duele algo al ver la vida tan descarnada, tan desnuda, tan real. Sobre todo tan real. Porque Humberto Salvador afronta los temas con una sinceridad y un valor tales, que pudiendo fantasear, ha degollado la fantasía con la cuchilla de su análisis frío y cruel.

**Higinio J. Medrano.—Cuba**

Un día pretérito, llegó a mis manos "En la ciudad he perdido una novela", libro de Humberto Salvador, de la lejana y altísima Quito, en el Ecuador. El autor de "Canción de Rosas" daba a mi espíritu, con una generosidad digna de todas las loas, el deleite de la lectura de unas páginas que, parafraseando a mi admirado Alfonso Reyes "están escritas de dentro para afuera, y visto desde el interior, desde la trama". Ahora se renueva en su magnífica "Taza de Té", que es obra más intensa, más profunda, de notoria vivacidad, positiva y realmente vanguardista en el sentido de la idea y de la honradez intelectual, porque el autor habla el lenguaje llano, clarísimo, preciso, desnudo, novedoso y que encadena al lector al libro de sorprendente manera. Sin duda alguna, que la virtud primaria y el mérito singular están radicados en esas facetas. Y psicólogo, con esa psicología que instantáneamente dice al leyente que el escritor ha acertado a descifrar, a revelar o a interpretar un estado de alma y que es lo que cotidianamente sentimos.—"Taza de Té" merece algo más que un juicio ligero, como este. Porque este libro, siguiendo a Carlos García Prada, nos da en el alma la inquietud de un anhelo y en los ojos la sensación de lo bello.

Para el tranvía.

Pablo baja de prisa. Apenas le falta una cuadra para llegar.

Corre. Va escupiendo sangre.

¡Ya está frente a su casa!

¿Es alucinación? ¡Hay un auto junto a la puerta! ¿De quién será? Rápidamente Pablo examina el carro. ¡Es un auto que él conoce!

¿Qué es lo que sucede?

Pablo sube como un idiota la escalera.

Llega al salón. La pieza siguiente es el dormitorio de su mujer. La puerta está entreabierta.

Pablo oye un rumor de gemidos ardientes, de caricias brutales. Dos bocas respiran fatigadas.

Estúpido, trágico, demente, Pablo mira.

¡Su mujer está semidesnuda! Un hombre la posee.

Ha llegado el momento del alarido sexual. Los dos cuerpos saltan con locurà formidable.

Entonces el hombre vuelve la cabeza. ¡Es el Ministro!

Pablo queda aterrado.